

92-B

FONDO ANTIGUO

95-A

LOS HOMBRES NEGROS

e/ 54224

LOS
HOMBRES NEGROS

TRADUCCIÓN CASTELLANA

DE

A. M.^a DE FONT Y DE BOTÉR

con un prólogo

DE

D. CLORINDO BOTÉR



BARCELONA
IMPRESA DE FIDEL

1888



R. 11.420

Este libro acabóse de imprimir en el
mes de Febrero de mil ocho-
cientos ochenta y ocho en
el establecimiento tipo-
gráfico de
Fidel Giró,
Cortes, 212,
Barcelona.

CARTA-PRÓLOGO

Se. D. Antonio M. Font y Boter,

Mi muy querido Antonio:

Una de las cosas que me tenían admirado y atónito, allá en los días de mi juventud, era oír á personas serias, nacidas y educadas en país cristiano; hablar mal de los sacerdotes; pero con una inquina, y un aire de convicción y de acrisolada experiencia, que yo, joven y aturdido, no me sabia explicar. Han pasado muchos años, y no he podido olvidar aquellas palabras acusadoras, y me parece ver de

aquellos sedicientes despreocupados la irónica sonrisa que asomaba á sus labios, cuando yo dejaba entrever el homenaje de respeto que ya entonces rendía al sacerdote en el fondo de mi alma. Pero ¿dónde están, me decía á mí mismo, dónde están, esos sacerdotes ignorantes, egoistas, avaros, amadores de sus pasiones y de sí mismos más que de Dios, que no los encuentro en ninguna parte?

Ni entonces, ni después, los he visto como los pintan sus encarnizados enemigos, cuya insidiosa mentira ha labrado por desgracia en espíritus sencillos y religiosos; pero he comprendido que al herir al sacerdote con la terrible espada de la calumnia, se proponen sus enemigos llegar al corazón de la Iglesia, que es el corazón de Cristo. Y he visto á los sacerdotes católicos como son aquí, y fuera de aquí, y en todas partes. Egoistas, que

se olvidan de sí mismos para volar al alivio de toda necesidad; codiciosos de llevarnos á Dios y darnos el cielo; avaros, dispuestos á abandonar su familia, su patria, y las comodidades ordinarias de su cuerpo y de su espíritu, para ir á través de incesantes privaciones, y hasta de suplicios, á conquistar almas para Dios, y en esta heroica misión morir, muchos de ellos sin lecho y sin sepulcro; ignorantes, continuadores de la ciencia de los apóstoles, á quienes fueron dirigidas estas palabras en que brilla la autoridad divina: «Como mi Padre me ha enviado á mí, Yo os envío á vosotros. Id, enseñad todo lo que os he encargado que enseñaseis, y el que no os crea se condenará.» Predicadores, no de una verdad cualquiera, sinó de la verdad por esencia, única necesaria, verbo de Dios, enseñada á todos los hombres con la autoridad de Dios

mismo; y cuando han llegado las horas de tribulación, que ponen á prueba al alma humana, subyugada por general infortunio, y agobiada por la desolación, los he visto realizar milagros de paciencia y de sacrificio, testigos irrecusables del amor divino que inspiró estas sublimes palabras: «Dilatad vuestras entrañas, y abrid vuestro corazón, sed padres; pero no basta, sed madres.»

¡Insensatos y temerarios perseguidores! Particularmente desde que Europa oyó asombrada aquel grito horrible *aplastad al infame*, no han cesado, unos tras otros de hostilizar al sacerdote en todo lugar, y por todos los medios que les ha sugerido el genio de la Revolución; han lanzado contra el sacerdote, como deshecha tormenta, obras literarias de todo género, en que no han hecho mas que mentir, siempre mentir; lo han ca-

lumniado en el teatro, en el periódico, en el club, escitando contra el clero las pasiones populares, hasta poner en manos de hombres desatentados y ciegos, armas homicidas que más de una vez se han clavado en el corazón de inocentes ministros de Jesucristo. ¿Y qué han conseguido con esta persecución? Arrancar de las almas la sumisión y el respeto á la autoridad de la Iglesia, y así conducir las á ser rebeldes á toda autoridad legítima, pervertir el corazón del pueblo inspi-rándole el odio y la repulsión á las cosas divinas, odio y repulsión que invocan como consecuencia práctica el odio á la justicia y el desquicia-miento social; justa represalia de la cólera divina contra tan estupendos desafueros.

En cualquier parte del mundo la guerra contra el clero es injusta, es sacrílega, es anti-social; pero en Espa-

ña además es antipatriótica. Si la impiedad supiese,—pero ella ¿qué sabe? —la inmensidad de beneficios de que España es deudora al sacerdote católico, debería avergonzarse de su obra de persecución, siquiera por amor patrio. Pero no, la Revolución no ama, es todo odio, porque, como dice De Maistre, es *satánica*, y no esconde este abolengó infernal, sino que lo hace saber al mundo con estas palabras de un revolucionario francés sincero como ninguno: «La revolución en su esencia no es liberal, ni democrática, ni republicana... La Revolución es *anti-clerical*, ó, en otros términos, *anti-religiosa*. En el sentido actual de la palabra, la Revolución es *impia*; es el reinado de la autoridad humana enfrente de la autoridad divina.»

Tal es la Revolución, pintada por sí misma con espantosa franqueza; el

anticlericalismo, la *irreligión*, la *impiedad*, en suma, el odio á Dios, que se revela de una manera particular y el odio excepcional, que la Revolución profesa al sacerdote católico, porque en su ministerio divino, en su oración, en su enseñanza y en toda su obra civilizadora, siente la impiedad *olor de Cristo*. Pues bien, repito, que la guerra al sacerdote es especialmente anti-patriótica, un crimen de lesa patria, en esta nación, en que brilla el Clero con títulos de honra y prez incomparables, y que debe á la fe todas sus grandezas, pero á la fe católica, viva y acendrada, solemnemente escrita en el frontispicio de un código monumental con palabras de oro: «Dios es comienzo é medio é acabamiento de todas las cosas, é sin él ninguna cosa puede ser; ca por él su poder son fechas, é por él su saber son gobernadas, é por la su bondad

son mantenidas.» Fe santa y una, que informando nuestras costumbres, nuestras leyes y nuestro carácter, se manifiesta como principio fecundo de virtudes y energias sobrehumanas, en los hechos más grandiosos de nuestra historia.

Tú que conoces y estimas nuestras glorias *clericales* no estrañarás que me deleite recordándolas, y me complazca en aprovechar ocasión de referirlas, siquiera sea á grandes rasgos, cuando tantos son los que las olvidan, y muchos,—da vergüenza decirlo,—las hacen objeto de sus desprecios y negaciones.

Los bárbaros que invadieron esta tierra, y fueron vencedores y dominadores deponen un día sus iras y su fiereza al pié de una Cruz, humildes y vencidos de corazón. Recaredo, más grande que Constantino por su acendrada fe y la sublimidad de sus vir-

tudes, al abjurar los errores arrianos realizó la unidad religiosa, y España creció y prosperó súbitamente, fecundada por abundantes bendiciones celestiales. Decíale con tal motivo al piadoso Rey el Papa San Gregorio Magno: «El nuevo milagro que ha sucedido en nuestros días de haber pasado los Godos por obra vuestra de la heregia arriana á la verdadera fe me mueve á exclamar con el Profeta; *Esta mudanza es obra de la diestra de Dios.*»

Entrado el reino en una era de civilización, obediente á las enseñanzas de la Iglesia, y á las sabias leyes, igualmente ventajosas para reyes y súbditos, con las cuales los Concilios de Toledo, asambleas sagradas, monumento eterno de nuestra historia, iluminaban los entendimientos y suavizaban los corazones, un día abandonó los senderos de la virtud y la

moral cristiana. La corrupción descendió de las clases más elevadas, inundándolo todo, hasta que Dios, justo y misericordioso con aquella sociedad prevaricadora, hizo sonar la hora de la purificación por el castigo. Y aquel pueblo aguerrido, fuerte, glorioso, contra todas las reglas y previsiones del cálculo puramente humano, pareció sucumbir al golpe de las armas agarenas, muy inferiores á las nuestras.

Pero no sucumbió; en las orillas del Guadalete se cernía el ángel del esterminio y de la muerte; en las del Ebro brillaba sobre el *Pilar* la estrella divina de nuestra esperanza. Y un hombre de indomable aliento, de fé española, íntegra y pura, después de aquella tremenda cuanto improvisa catástrofe, empieza en un rincón de Astúrias, á los pies de María, y en nombre de Dios, la epopeya gloriosa

de ocho siglos, sin igual en la historia del mundo; inmensa cadena de heroísmos sostenidos por el soplo de la fe y el amor á la patria invadida; lucha inmortal que acabaron los Reyes Católicos con la conquista de Granada, último baluarte de la gente mora. Allí, enarbolada en lo alto de la Alhambra la Cruz de Cristo, Reyes y ejército, de rodillas en la extensa vega, entonaron el *Te-Deum* del agradecimiento cristiano, expresión sublime de la fé de un pueblo, que en el arrobamiento de la victoria se postra para elevar á Dios el testimonio de su gratitud por el libramiento de la patria. ¡Gran Dios! ¡Que Reyes, que ejército y que pueblo!

Premio de la fidelidad y constancia de los españoles fué después el descubrimiento del Nuevo Mundo. Colón, protegido por frailes y por una Reina piadosa, que oía humilde sus conse-

jos, atravesó el Océano, y descubrió, como por inspiración divina, aquellas remotas tierras donde nuestros sacerdotes sembraron la semilla de la predicación cristiana. Allá vive aún hoy robusta nuestra fe, allá circula nuestra sangre, allá se habla armoniosa y pura la lengua de Castilla, y palpitan al nombre de España los corazones, anhelosos de reanudar con su atribulada madre antiguos lazos en mal hora cortados por traidores.

Más adelante el gran rey Felipe II, egregio defensor de la Iglesia, y también por esto calumniado, opuso á la invasión de los turcos el indomable valor de los guerreros españoles, siempre invencibles cuando luchan por la fe, y á las doctrinas protestantes, siniestra levadura de todas las rebeldías hoy desatadas contra los fundamentos del orden social, el formidable dique de la intransigencia. Por estos

caminos llegó España á aquella inmensidad de grandeza que fué asombro del orbe, con poderío político decisivo en los consejos de Europa, un imperio colonial superior á todos los conocidos, y un genio científico y artístico que despidió destellos inmortales. Y hubo en España pintores, ornamento de su siglo, como Murillo, Ribera y Zurbarán, de quienes se ha dicho que sus pinceles no eran de hombres, sino de ángeles; músicos y arquitectos de primer orden, como Morales, Victoria, Herrera, que dejaron honda huella de su paso en obras religiosas, admirables dechados de inspiración cristiana; y escritores de todo género que elevaron nuestra literatura á un nivel que nadie después ha superado.

Si los indoctos y malévolos detractores de la Iglesia estudiaran de veras la cultura intelectual española de los

tiempos que apellidan de *oscurantismo*, verían brillar entre los tesoros de aquella copiosa riqueza nacional los nombres de esclarecidos sacerdotes. Juan de Avila, Luis de León y Luis de Granada, Balbuena, Malón de Chaide, San Juan de la Cruz, Diego de Hojeda, José de Sigüenza, Diego de Estella, Juan Marquez y Juan Eusebio Nieremberg, Lope de Vega y Calderón, Tirso de Molina y Moreto, Góngora y los Argensolas, Mariana y Solís y otros, por no hablar sino de los más conocidos, clérigos fueron ó frailes, astros de primera magnitud en aquel esplendor literario, no aventajados, y muchos de ellos no igualados, por ningún otro de nuestros escritores.

Más cerca de nosotros, al fin de una época de marcada decadencia literaria, clérigos eran los que en el albor de la restauración que se inició á

mediados del siglo XVIII se dedicaban al cultivo de las letras con ardor infatigable. «Más de cuatro mil españoles,—dice el famoso escritor Menéndez Pelayo, en su *Historia de las ideas estéticas en España*,—iniciados todos, cual más, cual menos, en las letras humanas y divinas, profesores doctísimos muchos de ellos, algunos verdaderas lumbreras de su siglo, como Andrés, como Eximeno, como Hervás y Panduro, como Masdeu, como Arteaga, habían sido arrojados de su patria en un solo día, sin forma de juicio ni proceso. El efecto que produjo en la república de las letras italianas su llegada, sólo se comprende leyendo algunos escritos de entonces, especialmente la oración pronunciada por el Abate Antonio Montien la apertura de estudios de la Universidad de Bolonia en 1781. Apenas habría quedado en Italia (exclamaba Monti),

vestigio de las buenas letras y de los estudios, ni hubiéramos podido legar á los venideros monumento alguno digno de la inmortalidad, si por un hecho extraordinario que asombrará á todas las edades, no hubiera venido desterrada á Italia desde el último confín del mundo tanta copia de ingenios y de sabiduría.»

Esos miles de españoles, entre los cuales sobresalió el mataronés P. Lampillas, también citado por Menéndez Pelayo con especial elogio, eran Jesuitas, desterrados por el *inmortal* Carlos III, por los motivos que en su *real persona quedaban reservados*, eran clérigos, que se vengaron de su expulsión, escribiendo en país extranjero obras importantes en que derramaron tesoros de erudición, enaltecieron el nombre de España, y la defendieron del sacrilego vandalismo cometido contra ellos.

Alberto Lista, poeta y crítico insigne, y Nicasio Gallego, célebre literato, y secretario perpetuo de la Academia de la lengua, preceptores y venerados maestros de los literatos casi contemporáneos, fueron sacerdotes. Como lo fué Balmes, gloria de la tierra catalana, y de España, uno de los primeros pensadores de este siglo, escritor sobre todos eminente, de cuya autoridad se amparan con respeto cuantos apologistas católicos han escrito en Europa después de él. El insigne publicista francés Augusto Nicolás,—me complazco en esta cita, porque los escritores extranjeros no acostumbran ser justos con nosotros ni aun en casos en que el mérito es notorio y manifiesto,—estudiando en su obra *Del Protestantismo y de todas las heregias en su relación con el socialismo*, quien del Protestantismo ó el Catolicismo tiene el derecho para

reivindicar el honor de la verdadera civilización, ha dicho: «¿Se desea quedar completamente satisfecho sobre tan curiosa como importante cuestión? Hecho está el trabajo, y un trabajo á la altura de su objeto, un trabajo verdaderamente ámplio, profundo, elevado, extenso, lleno y filosófico. Jaime Balmes en su excelente y bellísima obra: *«El Protestantismo y el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea»*, ha dispensado á cualquiera de escribir después de él en esta materia. Preciso es leerlo si se quiere pasar del estado de ciega preocupación al estado de opinión ilustrada sobre la más grande cuestión que pueda interesar á todo espíritu recto y de buena fe.»

Los sistemáticos perseguidores del clero faltan culpablemente á la verdad, cuando le motejan de atrasado y de ignorante, porque es notorio y

patente, hasta para las personas de pocos estudios, que no solamente en letras humanas, sino en teología, en filosofía, en derecho natural y positivo, en política y economía social, y en ciencias naturales y exactas, ha tenido y tiene el clero español escritores sobresalientes; y tantos, que con sus obras podría formarse Biblioteca copiosa y de solidísimo mérito; arsenal inagotable donde los defensores y apologistas del verdadero progreso y de la civilización cristiana, pueden proveerse de armas invencibles.

Y cuantos con igual injusticia acusan al Clero de avaro y codicioso, vean los innumerables testimonios de su abnegación y de su caridad inagotable, que aun viven, á pesar de las iras desatentadas de la revolución en esta tierra, tan ingrata á los beneficios de la Iglesia. Las memorias y escrituras de innumerables fundaciones piadosas

y benéficas, les dirán á esos hombres cómo emplea el Clero sus caudales cuando los tiene, y por qué siente no tenerlos cuando se los han robado, y cómo sus ambiciones y las industrias de su celo son siempre movidas por las necesidades humanas, y en armonía con los sufrimientos contemporáneos, para aliviarlos y socorrerlos. Sería preciso un libro para escribir todo lo que ha hecho el Clero en este campo de batalla de su especial vocación. ¡Oh! ¡si el pueblo, el pobre pueblo, hijo predilecto de la Iglesia, llegase á conocer á los enemigos de esta Santa Madre tales como son, innovadores codiciosos y avaros,—ellos sí que lo son de veras,—raptores del patrimonio de los pobres, predicadores falaces de derechos del hombre y de esperanzas terrenales y egoistas que explotan los sufrimientos populares en provecho propio sin socorrer-

los jamás, cómo airado haría pedazos sobre las erguidas cabezas de esos reyes de la mentira, las tablas del *derecho nuevo*, y se acogería agradecido al regazo de la Iglesia, Maestra de verdad, que no le ha engañado, única capaz de resolver dentro de los principios eternos del orden cristiano, y con amor encendido en el corazón de Dios, el pavoroso problema de la paz y armonía social!

Para resumir todo mi pensamiento en elocuentes y ceñidas frases, acudo á otra cita, también de autor extranjero. El escritor belga, Barón de Hauteville, convencido de que el asombroso conjunto de heroísmo, de poder, de ciencia, de artes, que constituyen la civilización propiamente española débese principalmente á la influencia de la fe católica, tan arraigada en este bendito pueblo, sacó de su «razón *corrompida por el Catecismo*,» las si-

guientes notabilísimas reflexiones, que estampó en su libro intitulado: *Porvenir de los pueblos católicos*. «Vino un día Napoleón, y dijo: España es un país de frailes, es un pueblo de miserables, voy á conquistarlo muy fácilmente; y ya sabéis lo que sucedió; los españoles se mostraron dignos descendientes de los vencedores de los musulmanes. España fué la primera en herir mortalmente al absolutismo de Napoleón que amenazaba á toda Europa. El pueblo Católico de España, educado, alimentado, y vigorizado é instruido en el regazo maternal de la Iglesia, volverá á ser, merced á su unidad religiosa (esto se escribía en 1874), uno de los primeros pueblos de la raza humana. Su literatura aventaja en grandeza, en riqueza moral, y en esplendor estético, á todas las literaturas protestantes del mundo; sus pintores y arquitectos

figuran en primera línea en el panteón de los siglos; tiene un clero, cuyos prelados dejaron *estupefactos*,—son palabras del cardenal Deschamps, que me lo ha dicho, y es inteligente en la materia,—con su ciencia prodigiosa, á los padres del Concilio Vaticano.»

Nieguen, pues, con obstinada crítica los impenitentes enemigos de nuestra fe la influencia saludable y gloriosa de la Iglesia y del Clero en las manifestaciones del genio español. Siempre será verdad, publicada por irrecusables testimonios, que de justicia corresponde ceñir al Catolicismo la espléndida corona de nuestras glorias; y de aquí que todo golpe asesinado contra las tradiciones religiosas, tan identificadas con nuestra vida, se sienta en el corazón del país, y se revele en estremecimientos de dolor y en angustias mortales.

Lo estamos viendo, por desgracia. Señálase nuestra época por soberbio y egoísta menosprecio de la Justicia y del Derecho, y manifiesta repulsión á las cosas divinas, sentimientos ya generalizados y populares, pero descendidos de las alturas de la Sociedad. Han olvidado los legisladores que «el fazedor de las leyes, como dijo Alfonso el Sábio, debe amar á Dios, y tenerle ante sus ojos cuando las ficiere, porque sean derechas é complidas;» y legislan como si Dios no existiese, y por esto las leyes no son derechas, sino torcidas, ni se cumplen con voluntad, sinó á la fuerza, y lejos de enderezarse al bien común atropellan tradiciones, usos y derechos, y son leyes de ruina y de muerte. Malditos ideólogos sectarios, *legicidas*, que poseídos de horror á todo lo que es santo, justo y respetable, y haciendo tabla rasa de cuanto constituye el pa-

trimonio y el espíritu de los pueblos, nos van á dejar hasta sin patria. Y sino, ¿qué nos queda de la herencia de nuestras grandezas? Tradiciones rotas y casi olvidadas, un inventario de monumentos derruidos por manos impías, de fueros hechos pedazos, ó amenazados por un despotismo nivelador, de títulos de abolengo cristiano y de unidad de fe sacrilegamente pisoteados por hechuras de judíos. Fuera de quicio la autoridad, la familia, la enseñanza, la propiedad, la industria, en decadencia todo, y casi muerto. Y en este desequilibrio de todos los elementos de vida y de prosperidad, siéntese en las almas un malestar profundo y general, preludio de una crisis externa que pone espanto en los ánimos más serenos.

No hay para tan grave mal otro remedio que restaurarlo todo en Cristo. Hemos llegado á la hora de las reso-

luciones terminantes y definitivas. O ponernos resueltamente del lado del Clero y de la Iglesia en su lucha para restablecer la vida y la cultura cristianas por el imperio de la Justicia, que es la ley eterna, y por la Caridad, que es el amor de Dios, ó resignarnos á morir bajo las ruinas de nuestras costumbres, de nuestras leyes y de nuestro trabajo, y de cuanto constituye el ser y la vida de la patria.

Urge, pues, la necesidad de trabajar incansables los hombres de buena voluntad, para resucitar el espíritu popular cristiano, abriendo con el arado divino de la propaganda católica continuos sureos en las entrañas de esta tierra bien amada, que la preparen á una fecundidad de grandezas semejantes á las grandezas pasadas. Ellas vendrán, si sabemos llamarlas, si no somos ingratos á la predilección amorosa de Dios por este su segundo

pueblo escogido. Urge, repito, trabajar, con esperanza y sin desmayo; cada uno en su puesto, y según su vocación, pero con anhelo y energía proporcionados á la grandiosidad de la obra, á fin de conseguir que se resuelvan cristianamente todos los problemas planteados para el presente y el porvenir. Tenemos por dicha un maestro insigne, también sacerdote, gloria nuestra catalana, que nos ha trazado los caminos; último testimonio que invoco para concluir afirmando que hoy, como ayer, como siempre, el Clero católico, inspirado en las enseñanzas de la Iglesia, llama y conduce la sociedad á vías de salvación y de verdadero progreso.

Hé aquí explicado, en frases mal hilvanadas, como de quien se pasa la vida en ocupaciones que no le dejan tiempo para dedicarse á estudios que serian delicia y arrobamiento de su

alma, porque he sentido indecible gozo al leer tu esmerada y castiza traducción de *Les hommes noirs*. Operario estudioso de la moderna Cruzada, has querido contribuir, popularizando el excelente libro de Mr. Delaporte, á desarraigar una de las más funestas preocupaciones contemporáneas, y mereces ser felicitado por dar á tus talentos y trabajos tan útil aplicación.

De ese libro, en que se muestra á la enseñanza católica como fuente y origen de la verdadera civilización, y al sacerdote católico, ministro de la fé única que puede salvar al individuo y á la sociedad, como hombre de misión divina, acusado calumniosamente de falso é interesado por los enemigos de la Religión, no puede darse mejor y más autorizada recomendación que la de los redactores de la *Revista general de Bruselas*, cuando

á poco de publicado el libro, en el año de 1865, decían después de indicado brevemente el asunto: «No vamos más allá en un análisis en que por el interés de la materia y el atractivo del estilo podríamos dejarnos llevar fuera de los límites que tenemos señalados. Pero sentimos vernos precisados por falta de espacio á decir tan poco de un libro, que deseamos á todas las Bibliotecas populares, y quisiéramos ver en manos de nuestros jóvenes y de cuantos les guían y sostienen en el bien. Porque si hay una conclusión plenamente justificada, es esta: «Si el Clero católico no es, en general, ignorante, ni engañoso, si sabe la verdad y dice la verdad, *debe ser escuchado*, y la humanidad no puede alcanzar su destino, sino á condición de oír al Clero, y someterse á sus enseñanzas.»

Basta ya. Bendiga Dios tu buena

obra, mi querido Antonio, como de corazón se lo pide tu afectísimo

CLORINDO BOTER.

Mataró de 1887.

PRIMERA PARTE



I

El carro del progreso y los hombres negros

El progreso es la ley de la humanidad. Nadie lo ha imaginado siquiera en el largo espacio de cuarenta siglos y sin embargo, hoy no hay quien lo ponga en duda. ¿Qué ha sucedido pues? Aparentemente poca cosa. En una pequeña provincia del Asia, una voz,—la voz de un carpintero á quien sus conciudadanos hicieron condenar al patíbulo,—había dicho á algunas pobres gentes á su alrededor agrupadas: *«Sed perfectos como vuestro*

Padre que está en los cielos.» A partir de aquel día la creencia en el progreso brotó sobre la tierra hasta llegar á ser una convicción fija é inmutable.

La humanidad pagana, que desconoció la caridad, desconoció como consecuencia la ley del progreso.

El egoísta no se ocupa sino de sí mismo y lo que es más, quiere gozar acto continuo; pero el progreso tiene por condiciónés el sacrificio y la paciencia. La historia nos presenta la gran mayoría de los hombres ilustres á quienes debemos algún progreso material, olvidándose de sí mismos, sacrificándose por la obra que debe aprovechar á la humanidad. ¿Es acaso preciso recordar á Cristóbal Colón en todas partes rechazado, á Palissy obligado á quemar sus muebles, al inventor del hélice muriendo en la miseria? En los tiempos paganos algunos ambiciosos trabajaron para que su nombre viviera en la posteridad: ninguno pensó en hacer más felices á las generaciones futuras.

El progreso personal no estaba por

esto menos olvidado. Poco se preocupaban los hombres en llegar á ser mejores. ¿Para qué? No podían ser tomados como modelo los dioses del Olimpo, que daban de sí pésimo ejemplo; se corría á todo correr á los placeres; y como sobre nuestro globo la suma de los deleites es mínima, los fuertes, para gozar más y más pronto, atropellaban á los débiles. Los fuertes, ó sean los amos, lo podían todo y no se negaban nada; mientras que los débiles, ó sea el pueblo, los esclavos, debían soportar toda clase de vejaciones sin conocer goce alguno.

El Cristianismo ha inaugurado en la tierra la era del progreso: así lo reconocen sus más encarnizados enemigos.

Ha sustituido con el conocimiento del verdadero Dios y de nuestros verdaderos destinos los más tremendos errores del paganismo.

Ha enseñado el dogma consolador de la fraternidad humana.

Ha declarado á los fuertes que los débiles tienen derechos de los que es vengador el Todopoderoso.

Ha revelado la belleza y las secretas dulzuras de la beneficencia, elevando á la categoría de un servicio prestado á Dios el servicio prestado á nuestros semejantes.

Ha ennoblecido el Trabajo, mostrándonos un Dios aplicado á ganar su pan con el sudor de su rostro; ha consolado al trabajador prometiéndole más allá de la recompensa de la tierra, que puede faltar, la recompensa eterna, que en manera alguna faltará.

Ha robustecido la Autoridad, enseñando á los hombres cuán meritoria es la obediencia; y proclamando el derecho que trae todos los otros, el derecho de *obedecer á Dios primero que á los hombres*, ha robustecido también la Libertad.

Ha facilitado el desenvolvimiento de las Ciencias creando legiones de hombres únicamente aplicados á la oración y al estudio.

Ha remontado las Artes convocándolas á glorificar al Hombre-Dios, á la Virgen sin mancha, su madre, y los héroes de la virtud.

Ha elevado á los pueblos que le han recibido y conservado á una altura tal sobre los que no, que entre éstos y aquéllos la comparación es imposible. Fuera de la Cristiandad no hay más que la barbarie y el salvajismo.

De esta manera, la fuente inagotable del progreso es el *Evangelio*, es decir, la *palabra de Jesucristo*.

El instrumento del progreso ha sido la Sociedad cristiana. La Sociedad cristiana fué durante quince siglos la Iglesia católica únicamente, y aun en nuestros días las sectas disidentes no viven más que por sus protestas contra la Iglesia católica, lo que indirectamente es vivir por ella.

Este es el motivo de que nuestros antepasados representaran la Iglesia católica por un carro triunfal sobre el que estaba sentado el hombre Dios, vencedor del Mal y de la Muerte, que le sigue. Los patriarcas y los profetas precedían al carro, y le seguían los justos de la nueva ley. Empujado por el Sacerdote católico, avanza constantemente, llevando á todas

las generaciones la Salud, la Luz, la Alegría y la Esperanza (1).

Nuestros padres, hombres sin artificio alguno, no atribuían nunca una victoria á la *teoría* ó sea al libro en donde estaba expuesta la táctica militar, sino á los *soldados* que sobre el campo de batalla habían realizado esta teoría. Para ellos el progreso no era el resultado de las máximas evangélicas por sí solas, sino del Hombre-Dios que las había proclamado, y de los cristianos, que con su gracia habían sabido practicarlas. Para ellos la Iglesia era en todos los tiempos el obrero principal del progreso humanitario.

Al progreso por la Iglesia y por consiguiente, por los sacrificios que el espectáculo de la Cruz inspira, pretenden los hombres enemigos de ésta, y poco inclinados al sacrificio, sustituir el progreso por la filosofía, que es de un género completamente distinto.

Su filosofía es una ciencia indepen-

(1) Véase la bella vidriera de colores de la iglesia de Brou.

diente de la enseñanza de Dios y de su ley revelada, una ciencia y una moral hijas únicamente del espíritu humano. Al contrario de nosotros, que creemos y razonamos, éstos hombres hacen profesión de no creer jamás y de razonar siempre. Pero la condición invariable de sus razonamientos es que precisa *contentarse*.

El vagón de la filosofía no necesita de locomotora alguna para correr, porque su marcha es descendente. Abandonar la Comunión, después la frecuentación de los templos, más tarde la oración; olvidar la Virgen Santísima y los Santos, luego á Jesucristo y más adelante á Dios, he aquí su marcha en religión: desconocer los esplendores de la virginidad, tolerar los placeres peligrosos, disculpar por inocentes los desórdenes de la juventud, pisotear las mismas leyes de la sociedad conyugal; hé aquí su marcha moral: perder de vista el ideal sublime que hizo brotar tantas maravillas en poesía, en pintura, en música, para terminar en los estribillos picarescos de Beranger ó

las suciedades de la novela contemporánea, ó en una pintura y una música que no son sino color y sonido, sin expresión, sin vehemencia, sin estilo, sin entusiasmo, obra mecánica y no viviente; hé aquí su marcha en el arte: desatender en el seno de las familias el respeto tradicional, persuadir á la adolescencia de que es igual á sus padres á quienes nada debe desde el instante en que no les necesita, entregar las mujeres á las tentaciones de la soledad mientras que sus esposos se forman una familia ficticia, un foco común en los cafés y en los círculos; quitar á las ligaduras de la sangre el carácter divino y de eternidad que proclamó la fe de los antiguos tiempos y terminar en una situación de la que el parricidio,—este crimen contra el cual no tenía ley alguna la pagana Atenas por juzgarlo imposible,—no asombra á nadie, y obtiene de la opinión pública el beneficio de las causas atenuantes; hé aquí su marcha en la familia.

Viajeros sobre la tierra, los hijos de Adán son libres para elegir entre el

carro triunfal de la Iglesia, cuya solidez está probada por su antigüedad, y el vagón de la filosofía, revocado en todas las paradas por cada uno de sus conductores.

Hemos de reconocer que los actuales directores del movimiento descendente, practican con habilidad suma el arte de embellecer las cosas.

«Pueblo,—dicen;—nuestros antepasados, los filósofos del siglo XVIII, querían hacer una inmensa hoguera con el vehículo que ha cargado con sesenta generaciones, pero les faltó moderación. Si el Cristianismo católico no hubiese tenido partes verdaderas y partes útiles, ¿habría podido civilizar la Europa? ¿habría vencido diez y ocho siglos? ¡Pues basta ya de estúpida violencia! No destroceamos ni aplastemos nada, porque hemos encontrado ya el medio de avanzar más rápidamente engancho de aquí en adelante el respetable carromato á remolque de nuestro impetuoso carruaje. No tenemos la pretensión de destruir el instrumento del progreso pasado, pero sí la

tenemos de trasformarle juntándole al instrumento del actual progreso; y separaremos el maderaje inútil, dejando al pasado este conjunto de dogmas y de prácticas exteriores en que se complacían los pueblos que empezaban á nacer, guardándonos las ideas elevadas, el sentimiento de fraternidad y la moral pura y dulce, que se concilian con las luces de la filosofía contemporánea. No teman, pues, darnos la mano los cristianos, porque también lo somos, pero no cristianos papistas, sino cristianos evangélicos: ¿no es bastante?

»Dejad, pues, oh católicos, vanos escrúpulos, y venid á nosotros, que tenemos la ciencia, el poder, la alegría: venid á nosotros!»

Y la muchedumbre corre á ese tren de placer de la filosofía moderna.

Y, sin embargo, el resultado de tal empresa permanece incompleto. Numerosos viajeros rehusan ceder á tan atractivas promesas y penetrar en vagón tan deslumbrador; y los más lo abandonan de estación en estación, y en la última

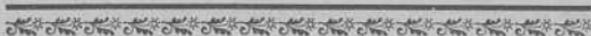
etapa, delante la estación de llegada, es decir, en la agonía, no queda más que un mínimo número de personas impropias para honrar á los emprendedores de la expedición.

¿Y á quién se debe este resultado?

A los *hombres negros* que guían el carro católico, y tienen la voz fuerte, y hablan sin cesar en las épocas de bonanza y en las de tempestad, y dicen al pueblo que son vanas las promesas de la filosofía. Estos hombres negros se atreven á decir que el rápido vagón corre á estrellarse á un precipicio donde será sepultado con viajeros y bagajes, y sostienen que el pretendido carro católico que sigue al vagón no es más que un juguete de cartón, grosera y frágil imitación del carro católico, expuesto á tomar parte en la catástrofe del vagón á que va unido.

Es indudable que no son siempre atendidos los hombres negros: los viajeros jóvenes, ardientes, ansiosos de ver tierras, aman la libertad, y se mofan de ellos tendiéndose alegremente sobre los

almohadones del vehículo moderno. Pero se les escucha siempre lo suficiente para turbar el sueño de los librepensadores, promotores de este movimiento acelerado; y estos librepensadores, vejados, humillados, estorbados en sus mejores proyectos, lo reconocen por fuerza.



II

La Conjunción

Si no en alta voz en voz baja se hacen los librepensadores para sí mismos estas reflexiones:

«¡Con cuanta facilidad correría el carro del progreso moderno si los hombres negros callaran! Los cristianos laicos, salvo una tan gloriosa como reducida falange, están poco instruídos y poco acostumbrados á la práctica religiosa. Con una poca destreza se conduciría la masa del cristianismo reformado, desfi-

gurado y transformado, al *panteísmo* puro, degradación actual de lo que se llamó en otro tiempo *irreligión* ó *impiedad*. Esta masa pasaría luego, por el puente protestante, del catolicismo al naturalismo, y el cambio completo estaría hecho. Pero ¿los hombres negros consentirán en callar? Evidentemente que no. Les interesa hablar, y por otra parte sostienen que este es su principal deber; tanto, que sus predecesores hablaban sobre el pótro del tormento y bajo el hacha del verdugo. Contra la palabra *sacerdotal* son impotentes las amenazas, los insultos, la prisión, el destierro, porque estos hombres callan solamente en la tumba.

«Pero es inútil pensar ni un momento en una matanza general de curas, porque sería este un acto bárbaro, perjudicial, imposible, y por complemento inútil.

«Matar millares de hombres porque respetan lo que la humanidad ha creído y profesado y respetado de diez y ocho siglos á esta parte, lo que genios inmortales han aceptado, lo que ha producido los más sorprendentes prodigios de cari-

dad sobre la tierra; matar á millares de hombres porque hablan como Carlomagno y Bossuet, porque profesan las creencias de San Luis y de San Vicente de Paul, de Fenelón y del abate de L'Epée, puede ser el sueño de tres ó cuatro bandidos, mas semejante desvarío horroriza á la naturaleza humana.

»Además, los que han derramado la sangre de los sacerdotes no han tenido ocasión de felicitarse por ello, porque la sangre llama á la sangre. Para no remontarnos á las muertes funestas de los verdugos coronados de la Roma pagana, basta recordar como han concluído los que en 1793 levantaron el patíbulo para los sacerdotes católicos. Unos subieron sus gradas poco tiempo después, y murieron miserablemente los otros. El pasado, en esta cuestión, profetiza suficientemente el porvenir.

»Luego una matanza no puede ser sino parcial, y el clero, diezmado en un país, se refugiaría y se reforzaría en otro, porque se encuentra donde quiera, desde los hielos del Polo hasta el fuego exube-

rante del Ecuador. Para cogerle á todo se necesitaría una mano tan grande como el mundo. Desde el momento en que algunos sacerdotes pueden permanecer de pie, el clero se rehace con una rapidez maravillosa.

»Es preciso, pues, dejar vivir á los hombres negros, pero desde que tengan la vida salva hablarán. Una persecución parcial, tal por ejemplo como la que se practicó en escala bastante regular durante los años subsiguientes á la revolución de 1830, sería aún un ridículo procedimiento. Befados, perseguidos, batidos, los curas hablarán. Y, como las almas populares admiran la majestad del infortunio, el sacerdote cubierto de salivazos, el sacerdote ultrajado, aparecerá ante las turbas con la majestad del mártir, y atónitas le escucharán de rodillas!

»Queda tan sólo el único partido que puede favorecer eficazmente nuestros deseos.

»Hacer del hombre negro un ser *sospechoso*; trabajar para quitarle la confianza popular.

»Cuando el pueblo no tenga confianza en los sacerdotes, su palabra no será más que un vano sonido, y no podrá impedir á las multitudes que vayan á las fáciles prácticas del librepensamiento, por impotente, desde el instante en que no se le crea sincero. ¡De las manos de Jesucristo el cetro del mundo habrá venido á parar á las nuestras! El carro cristiano llevará tan sólo mujeres, niños y pobres seres en quienes nada tiene que hacer la filosofía.»

QUITAR AL SACERDOTE LA CONFIANZA POPULAR, implícita ó explícita, esta ha venido á ser la consigna de todo el batallón del librepensamiento.

No se ve en el Cristianismo la autoridad de Dios encarnada en la Iglesia católica, ni que Dios gobierne, ni que reine, ni que juzgue después de la muerte, ni siquiera se ve que exista! Pero el fundamento, el armazón, el amparo del Cristianismo, es el sacerdote católico, y por lo mismo que es el Cristianismo el que desagrada, es su ministro el que recibe los ataques.

El arma principal de los agresores del sacerdocio es la Prensa y entre la Prensa el periódico. La Prensa forma la opinión. Sus baterías maniobran para esparcirla desfavorable al sacerdote. Todos los pisos de esta máquina de guerra hacen fuego á la vez. En el puesto más elevado el artículo de fondo, á quien inmediatamente sigue el folletín, más abajo los hechos varios, y sólo en días señalados el correo de los tribunales. El folleto y la novela lanzan proyectiles de gran calibre. A los agresores francos suceden los encubiertos. El teatro á su vez viene al palenque. La pintura fija sobre la tela la impresión fugitiva ó la equivocación calumniosa del *in-quarto* erudito; la música canta satíricas estrofas. Desde la torpe *Revue des Deux-Mondes* al desgraciado *Charivari*; del *Maldito* á la *Historia de Francia* por H. Martin; desde las tablas de la ópera á las más lóbregas tabernas; del autor de *Jocelyn*, que ignora el mal que hace, al novelista de *Jesús*, que sabe el que se propone hacer, la concordancia es completa.

Lector, un sacerdote católico se ha preguntado si sería prudente oponer solamente el desprecio á tan horrorosa zambra.—Pero, ya que difamándonos se trabaja para destruir la religión que debemos sostener, el silencio sería una prevaricación. ¡Defendamos el honor sacerdotal!

Si los guapos escarnecedores del honor del clero,—hablo de los que no se presentan encubiertos,—escribieran de los oficiales de la milicia terrestre la centésima parte de lo que escriben de los jefes de la milicia espiritual, recibirían inmediatamente el par de bofetones de que con su prosa se hacen merecedores, pero han elegido muy prudentemente el objeto al que sus envenenadas flechas dirigen, porque los sacerdotes católicos no harán pedazos con una bala á sus preciosos cerebros. Para ellos el hombre negro se define, desde luego, *un hombre que no cruza el acero con los insolentes.*

Más todavía. Repugna singularmente al sacerdote hacer intervenir la justicia en su país. Rarisimas veces, y sólo en el

caso en que los evidentes intereses de su rebaño le obliguen, difiere el sacerdote la difamación á los tribunales. Los difamadores están seguros; y, como que lo saben, se aprovechan.

No está, sin embargo, el sacerdote falto de apoyo, porque tiene dos sostenes imperecederos: la Providencia divina y la conciencia humana. La divina Providencia cicatriza sus heridas y renueva sus fuerzas: la conciencia humana, la verdadera conciencia, la conciencia atenta é imparcial, reduce á su justo valor las imputaciones de los calumniadores.

Nos parece llegado el tiempo del llamamiento á la conciencia pública en nombre del clero, que cien aceradas plumas difaman todos los días. No tenemos otro temor que el de ser juzgados sin ser comprendidos. A sus conciudadanos, á sus hermanos, el sacerdote no pide ni tolerancia, ni indulgencia, ni favor: pide que su causa sea *juzgada con atención*.

Este examen ningún espíritu formal puede rehusarlo, porque la cuestión del clero es para todos, hasta para los increí-

dulos, de una inmensa gravedad. He ahí unos hombres que durante largo tiempo han gozado de una preponderante influencia en el mundo, y en nuestros días ejercen aún sobre las almas un considerable imperio; hombres que confiesan á vuestras esposas y á vuestros hijos; hombres á quienes vuestros amigos han llamado y vosotros mismos llamaréis—si para ello se os concede tiempo—en la hora decisiva de la muerte; hombres objeto, á la vez, de atracción y horror, de persecución y respeto en las sociedades temporales, que se recelan de sus acciones y sin embargo las sienten necesarias. Es preciso saber, pero con certeza, precisión y seguridad, quiénes son esos hombres.

Para conocerlos es poquísima cosa oír á sus adversarios: es evidentemente preciso oírles á ellos mismos.

III

¿Qué es un sacerdote?

El sacerdote no es un hombre como los demás, y el sacerdote católico no es un sacerdote como los otros.

Los hombres se parecen por los atributos de su naturaleza humana, pero difieren por las cualidades recibidas ó adquiridas. Dos hermanos, por ejemplo, nacidos en un mismo día, se parecen en un todo mientras están en la cuna; pero después, al paso que llega el uno á ser un sabio, aprende el otro la lectura á duras penas. El ignorante no es un hombre

como el sabio. Mientras que uno por sus vicios se arruina, adquiere el otro por su laboriosidad un regular capital. El libertino arruinado no es un hombre como el trabajador enriquecido.—Supongamos á Pedro delicado y á Pablo robusto: á Pedro víctima de un accidente inevitable, por el que pierde todos sus bienes, y á Pablo millonario por un legado inesperado. La diferencia de hecho no vendrá de los dos hermanos, pero existirá. Pedro no será un hombre como Pablo.

¿Qué es un sacerdote? Un sacerdote es un hombre que dentro de la Sociedad religiosa sirve de intermediario entre la Divinidad y los demás hombres. Es, por consiguiente, un hombre público. Si Dios hubiese creado un hombre solamente, ó si los hombres vivieran dispersos, la religión existiría, porque es el lazo que les une á Dios; pero ¿existirían los sacerdotes? No.

Así, pues, la institución del sacerdocio es posterior á la creación. Las funciones sacerdotales se dibujan ya en la sociedad patriarcal, pero no se han con-

fiado á hombres especiales todavía. El padre de familia, en sus manos, concentra todos los poderes, y es instructor religioso y jefe político y presidente de los actos del culto.

El género humano se multiplica lentamente, las ciudades se construyen y las naciones se forman. Y entonces, así como en los reinos vegetal y animal sucede que á medida que un germen se desarrolla, se especializan los órganos en sus funciones, en las sociedades humanas también el gobierno doméstico, el político y el religioso se separan en distintos funcionarios, y el padre reina solamente en la familia, y el magistrado recibe en sus manos los poderes políticos y el sacerdote los religiosos.

Mas ¿por qué en la sociedad son precisos, para las cuestiones religiosas, funcionarios especiales?

Porque la religión no es un trabajo individual solamente, sino común; una necesidad y un deber de la sociedad, considerada como á tal; y salvo un número insignificante de soñadores que se

juzgan sabios, la humanidad entera ha estado de ello convencida.

Ciertas personas pretenden honrar al Ser Supremo en su casa y á su modo. No penetran jamás en un templo; pero cuando nadie les ve rezan conmovedoras oraciones, hacen exámenes de conciencia muy serios, actos de contrición vivísimos y penitencias por demás austeras. Son *invisiblemente* los más religiosos de los hombres. ¿Es esto seguro? Generalmente los que sólo á Dios se confiesan no confiesan nunca, ni rezan los que no dicen, como la generalidad, *Padre nuestro que estás en los cielos*.

No nos engañemos á nosotros mismos en materia tan grave. El servicio de Dios, del Maestro Todopoderoso, que después de la muerte fijó nuestro porvenir eterno, no está abandonado al arbitrio de la fantasía individual. No se trata de dilucidar la idea religiosa ó de contentar nuestro religioso instinto de un modo cualquiera y poco más ó menos, sino de *satisfacer al Criador* que debe juzgarnos.

Pero el Criador no ha decretado la *confusión religiosa*, consecuencia inevitable de las religiones individuales, pero sí LA SOCIEDAD RELIGIOSA, la Fraternidad en el orden principal y esencial, que es el orden religioso. De tal manera ha decretado el Criador la Sociedad religiosa, que, según las constantes tradiciones de la humanidad, ha querido por sí mismo fijarle las condiciones. Otros después han querido modificar ó, mejor, derribar su obra; las pasiones han trastornado la armonía religiosa primitiva, y alrededor de la Sociedad religiosa verdadera han pululado las falsas, confusas y desorganizadas; pero la humanidad ha recordado siempre que la obra religiosa es necesariamente social y eminentemente colectiva.

Desde entonces precisaron los sacerdotes.

Sacerdotes ó jefes religiosos. Sean perpetuos, revocables, hereditarios, electivos, designados por el Eterno, elegidos por el pueblo, es cuestión secundaria en teoría, aunque para nuestro bien Dios la

haya fijado; pero necesariamente los sacerdotes precisaron desde entonces.

Seguid todo el globo, estudiad una tras otra todas las religiones, hasta las más informes: donde quiera que la tradición religiosa exista, es decir, en todas partes, se encuentra el sacerdote. ¡Cosa bien digna de atención! Los protestantes, por lo menos, pudieran bien pasar sin ministros de su religión. Su predicador es su Biblia: y su culto, por lo general, se reduce á leer juntos ó á cantar algunos cánticos, que ninguna autoridad especial tiene el derecho de revisar, y, á pesar de ello, en todas partes tienen sus templos y sus ministros!

La religión, de hecho, es la Sociedad religiosa. No hay sociedad sin magistrado: luego no puede haber religión sin sacerdotes.

Una sola objeción es posible. Precisan sacerdotes; pero, ¿no podrían los magistrados de la sociedad civil asumir al gobierno temporal el gobierno de la religión? Habría sacerdotes, pero sin formar un cuerpo distinto del encargado

de vigilar por los intereses terrenales.

Así sería si lo hubiese Dios querido. El rey fuera papa, los ministros cardenales, los gobernadores obispos y los alcaldes cura-párrocos.

Sería esto bastante peligroso, porque no conviene que en una misma mano se hallen reunidos todos los poderes. Entonces la tiranía es moralmente inevitable. Para que los jefes supremos de la verdadera sociedad religiosa no se hallaran sometidos á tal ó cual de los jefes de las naciones, les ha hecho la Providencia soberanos temporales de un pequenísimo estado (éste era el modo de asegurar la libertad de conciencia del universo católico); mas en general, y sobre todo cuando el jefe es al propio tiempo jefe temporal, precisa que el que mande los ejércitos sea contenido por el que manda en las conciencias.

Por otra parte, y salvo excepciones, las funciones de la magistratura y las del sacerdocio son esencialmente distintas y reclaman tan opuestas aptitudes, que pocos hombres serían capaces de llenarlas

ambas cumplidamente. Se han visto pintores que eran á la vez hábiles músicos, militares cultivando con provecho la elocuencia y la erudición, y médicos versados en la ciencia del derecho. Se han visto igualmente genios como San Gregorio el Grande, S. Bernardo, el abate Luger, los cardenales Cisneros y Gonzalvi, guiar á la vez y con fortuna los destinos de la Iglesia y del Estado; pero *comunmente* el hombre no desempeña bien más que una profesión, y la sublime de director de los intereses religiosos es de suficiente importancia para reclamar hombres especiales.

Y hé aquí porque en todas las naciones, á pesar de usurpaciones más ó menos frecuentes, la historia nos presenta un cuerpo sacerdotal y hombres únicamente encargados del gobierno de la sociedad religiosa; en una palabra: SACERDOTES.

IV

El sacerdote católico

El sacerdote católico no es un sacerdote como los demás.

Los sacerdotes no católicos, presidiendo un culto que se acomoda á las humanas debilidades, obtienen señaladas muestras de respeto y no reciben ultraje alguno; mientras que los sacerdotes católicos son el blanco de una persecución constante como Aquél de quien se proclaman enviados.

Aquéllos se encierran en el estrecho círculo de un culto local: éstos ejercen,

sea cual fuere el punto del globo en que se encuentren, su ministerio universal.

Aquéllos viven de la vida común á la sociedad laica: éstos por el voto de celibato se elevan por encima de las condiciones ordinarias de la existencia terrestre.

Aquéllos son instituídos por los poderes humanos: éstos reciben sólo del sacerdote—*del obispo, que es el sacerdote perfecto*—una consagración irrevocable que de eslabón en eslabón desciende directamente y sin interrupción de Jesucristo.

Aquéllos no ejercen acción alguna directa y continua sobre la conciencia de sus correligionarios: el sacerdote pagano no predica nunca; el ministro de la herejía predica, pero advirtiendo á su auditorio que no está seguro de decir la verdad, y que cada cual en materia de fe puede creerse más ilustrado que él: el sacerdote católico hace para las conciencias aplicación de reglas fijas y las gobierna de una manera positiva.

Aquéllos viven aislados ó en pequeños

grupos: el católico forma parte de un cuerpo sacerdotal, único que, renovándose insensiblemente como un ejército, subsiste hace ya diez y ocho siglos, se recluta en todas partes y cubre la faz de la tierra.

Aquéllos se presentan como investidos por la sociedad religiosa de la dirección del culto que á la divinidad ella misma señala: el católico es el encargado por la divinidad de instruir, gobernar y ayudar á la sociedad religiosa conforme á las reglas eternas y á los libres decretos de la Providencia.

Así, pues, del flamine pagano, del mufti musulmán, del ministro protestante, del pope cismático y aun del rabí judío (1) al sacerdote católico hay una gran diferencia.

(1) Los judíos, antes de Jesucristo, tuvieron un sacerdote divinamente instituido; mas este sacerdote provisional no tenía sino un destino temporal, á la sazón desempeñado. Las ceremonias figurativas para llenar la esperanza de la venida del Mesías no tienen razón de ser desde que el Mesías ha venido ya.

La vida del sacerdote católico en su forma exterior es de todos conocida.

Ha pasado su infancia en los bancos de las clases, de donde ha ido al seminario para salir de él ya sacerdote, después de doce ó quince años de estudio, revestido de un traje de luto que solamente en lo interior del templo se cubre con un adorno blanco: lleva una vida retirada, reza mucho, celebra las santas festividades, enseña á los pueblos lo que á él mismo le fué enseñado, los niños le rodean, los cristianos acuden al lugar en que él aguarda á sus hermanos para escuchar la confesión de sus faltas y dispensarles las divinas misericordias; acude junto al lecho de sufrimientos del enfermo, la religión se personifica en él y de él se ampara todo el que busca una comunicación con Dios más poderosa ó más solemne que la oración individual y aislada.

Él es EL HOMBRE DE DIOS *entre los demás hombres.*

Esta es la esencia de su sacerdocio; mas á menudo veréis encontrar en su corazón la inspiración de prestar servicios

suplementarios á sus semejantes: la ciencia, la higiene, la agricultura, la industria, los intereses locales ó generales, no le son del todo extraños. Todos los historiadores, sin exceptuar los más notoriamente hostiles al sacerdocio, han reconocido los inmensos servicios prestados por el clero católico á la sociedad civil diez y ocho siglos há; y si pudiésemos continuar el cuadro de lo que hacen hoy día sus representantes en el mundo, se vería como en manera alguna han abandonado su puesto de antes. El que quiera de ello convencerse puede leer al azar uno ó dos números de los *Annales de la propagation de la Foi*. Ante estos misioneros albañiles, agricultores, herreros, médicos, que á las fatigas del apostolado juntan el trabajo manual bajo climas mortíferos, comprenderá el lector que, si exhortamos á la *mortificación personal*, colocamos delante de todo la *cariidad compasiva para el prójimo*.

Á menudo también, atormentado como sus hermanos y más que sus hermanos por repetidas tentaciones, el sacerdote

católico paga tributo á la debilidad humana y deja traslucir en sus acciones la vivacidad, el amor propio y la flojedad del hombre. Si hay razón durante estos eclipses de energía sacerdotal para disminuir la confianza de los hombres en el sacerdote, lo examinaremos á su tiempo.

Lo que importa demostrar primeramente, lector, es la afirmación que hace el sacerdote de sus prerrogativas sobrehumanas.

Asombróse el mundo cuando de los labios de un oscuro obrero judío salió esta frase que nadie ha pronunciado ni antes ni después: *Yo soy Dios* (1). Esta frase, en el momento que se pronunció, debió de parecer insensata. Los acontecimientos han demostrado que la afirmación no emanó de un loco, sino que emanó de Dios. El mundo ha adorado al

(1) Muchos hombres han dicho: *Yo soy un Dios*, es decir, un genio, un ser superior al hombre, una de esas divinidades innúmeras que el paganismo hacía emanar del primer principio: sólo Dios verdadero, sólo Jesucristo se proclamó, no un Dios, sino Dios.

obrero que, habiéndose declarado Dios, murió sobre un patíbulo.

La afirmación del sacerdote católico es casi tan asombrosa como la del carpintero de Nazareth.

Este hombre, joven aún y medianamente sabio, dice á todos sus semejantes, así al filósofo como al pastor, y lo dice en este mundo en que tantos sistemas inmortales se han desplomado.

«Escuchadme: Eco de la doctrina sacerdotal de los remotos tiempos, mi enseñanza, que toca las más graves cuestiones y las resuelve por afirmaciones inasequibles á la razón, es infaliblemente cierta. De todas las afirmaciones dogmáticas que siento en nombre del cuerpo sacerdotal católico, ninguna se olvidará ni se modificará, ni será vencida: ¡esta es la Verdad eterna! Todo cambia, mas los artículos de la fe que yo proclamo no pasarán jamás.

«Cualquiera que, habiendo podido conocer y probar mis enseñanzas, no lo haya hecho por prevenciones culpables ó torpe cobardía, no verá jamás á Dios.

»Yo abro y cierro la puerta del cielo: para recibir el perdón de Dios basta confesarme sincera y completamente todas las faltas y escuchar de mis labios la sentencia preservativa del mal.

»Las prácticas religiosas que impongo, las leyes morales que proclamo, no pueden ser objeto de desobediencia ó de menosprecio sin exponerse el infractor á una perdición eterna. Desobedecerme es desobedecer á Dios; menospreciarme es también menospreciarle.

»Yo soy el depositario y el distribuidor de los dones divinos. Aquel á quien bendigo es bendecido, y aquel á quien maldigo será maldito. Mi potencia invisible no tiene muros que la detengan y va á fortificar al justo y á castigar á los malos, de un extremo á otro del mundo, y puedo colmar de bienes ó reducir á la indigencia un alma á quien no conozca.

»Mi palabra, que como tal no obra milagro alguno visible en el mundo en que vivo, hace descender, cuando le place, al Rey de los mundos sobre el altar, y le conserva bajo la apariencia de un pan

que se ha transformado en cuerpo y sangre del Hombre-Dios, sin que hayan cambiado las apariencias.

«Porque yo soy el delegado y el continuador de este Hombre-Dios.»

Ante pretensiones tan elevadas, tan exorbitantes, tan difícilmente admisibles, tan superiores á lo que los sacerdotes de invención humana y los mismos sacerdotes de Israel habían pedido á la conciencia, ¿qué ha dicho durante diez y ocho siglos la parte más ilustrada de la humanidad?

¡Credo! ¡Yo creo! Ha acogido como la de Jesucristo la pretensión del sacerdote, se ha sometido á los pescadores del Tiberiades igual que al carpintero de Nazareth y no ha dicho: «Pescadores: vosotros sois ambiciosos hasta la demencia, vuestras intenciones nos hacen reir y nos subleva vuestras exigencias; y ya que queréis rebajar la humanidad á vuestras plantas, seréis abandonados por todos los hombres. Sed, pues, más modestos y más acomodaticios. Contentaos con presidir las fiestas religiosas y á lo más con

ser útiles consejeros, y pensad bien que entre vuestros sucesores se hallarán, sin duda, inteligencias muy medianas y perversos corazones, y si queréis reinar, si queréis durar, no os presentéis como seres sagrados invisiblemente revestidos de poderes sobrehumanos.» No: la nata y flor de la humanidad no ha empleado tal lenguaje con el sacerdote católico; se ha sometido espiritualmente á sus dogmas infalibles, y, por la voluntad, á su legislación divina; se ha acercado espontáneamente á sus tribunales para confesar los pecados y alcanzar el perdón, y ha rodeado los altares para recibir en la actitud de la adoración el pan eucarístico.

Después de tanto tiempo se nos advierte que lo mejor de la humanidad se ha equivocado. Sesenta generaciones viviendo en intimidad con millares de curas no han sabido distinguir la verdadera naturaleza del clero católico.

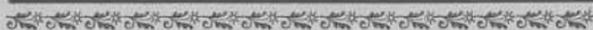
Los sacerdotes no son lo que piensa de ellos un pueblo desvanecido.

No son los delegados de Dios.

¿Qué son, pues?

Ó unos pícaros, ó unos bobalicones...

Existen en Francia actualmente más de cincuenta mil sacerdotes católicos. El número de ellos en el mundo, desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días, puede calcularse en veinte millones. Todos, del primero al último, *si lo que afirman fuese falso*, serían necesariamente una de dos cosas: ó bobos ó malvados. Vamos á demostrarlo.



V

¿Puede el cura equivocarse de buena fe?

El Sacerdote tiene adversarios moderados y adversarios violentos. Los moderados no le convierten en un ser peligroso, pero desgraciadamente, intentan convertirlo en un personaje ridículo.

Mirad los tipos de eclesiásticos en sus novelas, y novelas morales si así se quiere. Se les pinta como hombres excelentes, bienhechores sin ser regañones, filantrópicos, de una tolerancia inagotable, y hasta convencidos de la divinidad de los dogmas que predicán. Pero ¡qué!

metidos desde su infancia en la sombría atmósfera de los seminarios, estos hombres magníficos se han impregnado de todas las prevenciones de los siglos del oscurantismo. Se les ha acostumbrado á execrar la filosofía moderna, que desconocen. Atrofiados por esta educación embrutecedora, su razón no funciona ya, y resta sólo el corazón, corazón caritativo, afectuoso, gracias al cual el hombre es digno de estimación todavía, á pesar de que el Sacerdote no merezca otra cosa que la risa. En el fondo este cura logra hacer que por sus ovejas se respete la propiedad, pues son crédulas como él y las amenaza con un infierno que como ellas teme y consuela á los miserables hablándoles de un cielo que espera como ellos: puede, pues, estrechársele la mano por su bondad de corazón, y dejarle que predique por los buenos resultados de las preocupaciones que sostiene entre las clases pobres. Pero que no se les pida nada más: la tolerancia de un espíritu escogido no puede ir más allá.

Tal es el Sacerdote, según la incre-

dulidad moderada, que de todas, no es la menos peligrosa.

Hagamos acto continuo una observación importante. En esta prueba de engaño, el Sacerdote y el pueblo católico por entero son evidentemente solidarios. Si el catolicismo es cierto, los Sacerdotes, como los fieles, ven lo justo y si no es cierto, todos los fieles y sus mismos pastores son unos bobos, puesto que las creencias relativas á la misión, á la dignidad y á los poderes del Sacerdote, son comunes al clero y á los laicos que profesan la misma fe.

Pero, á pesar de las frases de los saltimbanquis, que fijan el nacimiento de la razón humana en el año de gracia mil setecientos ochenta y nueve, es difícil persuadirse de que la porción más civilizada del género humano, no los patagones ó los indios eternamente niños, sino los franceses, los italianos, los españoles, etc., hayan estado mil y tantos años siendo unánimemente víctimas de un mismo grosero error, lo que es tanto más difícil, cuanto los escándalos perso-

nales de Sacerdotes infieles, y los ataques de los herejes, habían puesto infinidad de veces sobre el tapete la cuestión del Sacerdocio.

No hablemos sino de los católicos de nuestros días. Se encuentran algunos que no están totalmente faltos de instrucción, y, á pesar de la traza que se da la impiedad para achicar las eminencias católicas, muchas de ellas han llegado gloriosamente á alcanzar las más elevadas posiciones en la jerarquía científica. ¿Acaso, los Le Verrier, los Cauchy, los Oppert, los de Saulcy, los Mac-Mahon, y cien otros, son todavía el juguete de una impostura reducida á polvo por Voltaire?

¡Incrédulos! son los milagros los que no son de vuestro gusto.

Pero esa terquedad de la flor de la humanidad en colocarse bajo un yugo imaginario, según decís, y absurdo, sería el más sorprendente de todos los milagros!..

Por lo tanto, si los Sacerdotes son bobos, bobos con ellos son doscientos mi-

lones de católicos. Hé aquí una autoridad fantástica, que tiene una vida más larga, muchísimo más, que todas las organizaciones filosóficas, basadas, según vosotros, en la razón pura, en la verdad evidente y que no obstante viven... la vida de una rosa.

Heos aquí unos hombres que mandan sin tener derecho para ello. Es facilísimo desobedecerles: á ello impelen los instintos de dentro y las excitaciones de fuera; y mientras que á cada momento son desconocidas y rechazadas las autoridades apoyadas en la fuerza, á ellos se les obedece en todo y por todo.

Esto da que pensar. Este poder que no tiene apoyo sólido en la tierra, dicen sus enemigos, para resistir eternamente á sus encarnizados demolidores, ¿dónde se apoya?

¿Es cierto, por lo menos, que el clero está tan falto del uso de razón como se asegura?

Leyendo los Padres de la Iglesia, como San Agustín y San Crisóstomo; los doctores de la edad media, como San An-

selmo y Santo Tomás; los escritores eclesiásticos de los tiempos modernos, como Fenelón, Bourdaloue y Bossuet; no puede cabernos duda ninguna sobre ello. Las ediciones del gran Voltaire, del Rey Voltaire, como le ha llamado no recuerdo cual cómico literato, no se agotan sino con una notable rebaja. Todos los días salen nuevas magníficas ediciones de Bossuet, para las que no faltan nunca compradores (1). Encuéntrase éste en todas las bibliotecas, y aquél en todos los baratillos. Pero volvamos á nuestra época; hablemos únicamente del clero contemporáneo.

Hé aquí una primera observación. El Sacerdocio católico ha visto entrar en sus filas á hombres ilustres que habían adquirido la celebridad apartados de los seminarios y al amparo de la filosofía

(1) A propósito de Bossuet, hé aquí un hecho que prueba las tendencias elevadas del obrero francés. Existe en París una biblioteca especial para el obrero, en la que Bossuet es constantemente pedido. Si los malos libros no les maleasen como les malean, los obreros serían excelentes.

moderna. El capitán de dragones de Prilly, el abogado Lacordaire, el sustituto de la Audiencia de París, Ravignán, el embajador de Menneval, el médico Fernando de Missol, Mr. Bautain, doctor en letras y en medicina, Mr. Gratry, antiguo alumno de la escuela politécnica, el judío materialista Ratisbona, el músico Hermann y el pintor Bauër, igualmente israelitas, y cien otros que podríamos nombrar, ¿no han sido formados desde la infancia por manos sacerdotales?—Pues son sin embargo Sacerdotes católicos!

Y todos esos ministros protestantes que en número de doscientos próximamente han renunciado á la brillante posición que les aseguraba la legislación inglesa, para entrar pobres y vivir pobres en la verdadera iglesia, ¿no habían vivido en la atmósfera librepensadora del protestantismo? Pues son también Sacerdotes católicos.

Los derechos y las necesidades de la defensa autorízannos á introducir la cuestión personal; por lo que, amigo lector, añadi-

remos que el sacerdote que sostiene ante vuestra razón la causa del sacerdocio, ha crecido, no en un pequeño seminario, sino en un liceo; que es sacerdote, no porque á ello le hayan impelido, sino á pesar de que se haya procurado disuadirle de tal idea; que antes de estudiar teología frecuentaba en París las reuniones fourieristas, panteístas etc.; y que, en fin, había leído á Cousin y Pedro Leroux antes de hojear á Santo Tomás.

Hoy, pues, como en tiempo del cristianismo naciente, en aquella época memorable en que tantos filósofos eminentes, en la madurez de su edad y de su razón; adoptaron con la fe católica la peligrosa carga del sacerdocio, no hay necesidad, para creer en la misión del clero, de estar educados en su fe desde la infancia.

Ante estas vocaciones tan manifiestamente espontáneas, ¿qué puede decir la incredulidad? Tales sacerdotes no son producto de manipulaciones clericales y son todos hombres de bien. La grandeza de su sacrificio y la belleza de su vida atestiguan su perfecta hombría de bien.

¿Qué son? Unos *entusiastas*. ¡Cierto! Conocemos dos clases de entusiasmo. El primero es el ardor con que una alma generosa se interesa por una grande y justa causa. Este le admitimos de muy buena gana, pero se nos quiere hablar de otro entusiasmo, de una vehemencia irreflexiva por la cual una alma débil pasa de sopetón de un extremo á otro.

Concedemos que tan imprudente entusiasmo ha llevado algunas veces huéspedes á nuestros seminarios, y más aún á las comunidades religiosas; pero las cosas de la realidad distan mucho de ser tales como se pintan en la desdichada novela *Jocelyn*. Antes de la consagración sacerdotal, antes mismo de la ordenación irrevocable del subdiaconato, son obligatorios *años de reflexión y de prueba*, duchas muy frías para el cerebro de los entusiastas.

A uno de ellos conocimos que entró una hermosa tarde en el noviciado de benedictinos después de una vida bastante mundana. Salióse de él pasado apenas un mes, y algunas semanas más

tarde debutó con un papel de fraile en las tablas de un teatro. Tal es la historia de estos estravagantes. De momento la parte poética del sacerdocio católico les hechiza, y héles ya decididos; mas para recibir órdenes sagradas es preciso entrar en el seminario. Entran, pues, en él, y encuentran la soledad, el trabajo, las enseñanzas serias, una vida de mortificación y la obediencia. Se cansan pasados algunos días, y se van con la música á otra parte. Aquellos que resisten á la prueba y aceptan esta vida austera, tanto más áspera para ellos cuanto menos acostumbrados estaban, son los que tienen las almas templadas convenientemente, espíritus graves que se fortifican por la reflexión en los designios inspirados por Dios mismo. Estos son los entusiastas de buena ley.

Si alguno lo pone en duda, que lea la admirable vida del P. Ravignán.

Pero es preciso no detenerse en esta primera justificación. La inmensa mayoría de los sacerdotes está preparada desde la infancia, por una educación especial,

para la misión que llenará más tarde; y así debe ser, porque cada edad tiene su espíritu que conviene desarrollar prontamente. El hijo del pescador adquiere el espíritu marinero jugando con las redes de su padre; el futuro soldado se impregna del espíritu militar con un fusil de palo, y el seminarista adquiere la vocación eclesiástica en un medio especial. Las vocaciones improvisadas son excepciones con las que es imposible contar. En esta época, sobre todo, en que, á pesar de los laudables esfuerzos de maestros concienzudos, el aire que sopla de indiferencia, de ambición y de amor desenfrenado al oro y los placeres, hiere á la infancia misma en las escuelas públicas, es manifiesta la necesidad de los seminarios. Si el niño convertido en adulto no se cree llamado al sacerdocio, quédale siempre libertad de entrar en la sociedad laica, porque es del todo libre la entrada y la salida en el seminario. No deja, sin embargo, de ser una ventaja para el laico el haber respirado por algunos años la atmósfera más cristiana del seminario,

como sería peligroso para el aspirante al sacerdocio el respirar, sin muralla protectora, el aire del mundo actual, cargado de tantos mefíticos vapores.

Los seminarios son, pues, los criaderos normales del clero. Y ¿qué pasa en ellos? Estos seminarios, chicos ó grandes, ¿son acaso máquinas de alta presión destinadas á apagar la razón de la adolescencia clerical? Haríanos ya dudar de ello la elocuencia de los prófugos que ocupan las primeras plazas en el batallón del libre pensamiento. Los Prudhón, Renán, Abut, J. Simón, como ayer Lamennais, de triste recordación, ¿no son acaso, entre los obreros de la Babel filosófica, los mejor aviados? ¿Se les ha dado pues, en el seminario, con las enseñanzas propias para desarrollar la inteligencia, cuanto se les debía dar, siendo un negocio puramente personal la perseverancia de la voluntad?

En los seminarios, el primer objeto de la solicitud de los maestros es inclinar los corazones hacia el amor de Dios y del prójimo, puesto que la virtud es aún más

necesaria que la ciencia. Será siempre útil un hombre virtuoso, mientras que un sabio sin virtud será una plaga, porque de su instrucción hará la proveedora de sus vicios. Pero en los seminarios también se cultiva la razón, y se la cultiva en las condiciones favorables que resultan de la tranquilidad de conciencia y de la represión de los bajos instintos, cultivase energicamente, en vista de las luchas que se deberán sostener para devolver á la verdad las inteligencias extraviadas.

¡Ah! Si fuese como se pretende la educación de los seminarios, ¡cuál no fuera la indignación, la legítima cólera del joven sacerdote, al hallarse de improviso en medio del mundo con los sistemas filosóficos que se le habrían ocultado hasta entonces! ¡De qué menosprecio no colmaría públicamente á los embelecados que habrían abusado de su candor y forjándole unas cadenas que tanto cuesta romper! El *maldito* sería el maestro de la adolescencia, este hombre modesto y adicto cuyo recuerdo tan dulce es para el buen sacerdote, y, tenemos el derecho de

afirmarlo, tan igualmente respetado por el sacerdote decaído.

En parte alguna son tan honrados los estudios filosóficos como en los seminarios, pues en la mayoría de las diócesis se les dedican dos años—comprendiendo el estudio de las ciencias físicas como en los colegios—y los jóvenes se aplican sin ser distraídos por las preocupaciones del bachillerato. Allí se exponen los sistemas modernos con la más leal sinceridad; y esto es lo que conviene, porque se trata precisamente de poner á los futuros sacerdotes en estado de poderlos objetar. Y los discípulos no pierden el tiempo leyendo largas divagaciones sobre las utopías contemporáneas, pero conócenlas por análisis exactísimos de ellas.

No: la juventud de los seminarios no es un rebaño ridículo que sigue ciegamente el camino trazado sólo por serlo, sino que es la juventud francesa, viva, ardiente, impetuosa; son los adolescentes que, ricos de un capital científico considerable, se sienten capaces de abrazar con fruto, desde que se lo propagan, carreras

más agradables y más lucrativas que la sacerdotal. Cada año disfrutan de largas vacaciones, durante las cuales ven el mundo exterior y leen los periódicos y reciben toda clase de consejos. Puestos frente á frente de un voto de gravedad extraordinaria, deben reflexionar y reflexionan tan perfectamente, que muchos, lealmente y sin perder absolutamente nada de la pública estimación, entran, en efecto, en la vida ordinaria.

Los que perseveran hasta el extremo saben también lo que hacen. Para imaginar casas en las que en pleno siglo XIX millares de niños se desarrollan encerrados por sus maestros como la mosca por la astuta araña, entre las telas de una tontería secular, precisa haberse saturado de nuestras novelas modernas hasta el punto de no poder discernir lo posible de lo imposible.

El sacerdocio católico, después de mucho estudiar bajo todas sus fases la cuestión religiosa, no formó una legión de innúmeros alucinados. No somos, en verdad, un personal de cincuenta mil bondadosos imbéciles.

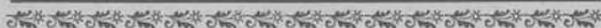
¿Qué somos, pues?

Los cleróforos violentos, como Garibaldi en Italia, Michelet y Quinet, Le Pommerais y Latour en Francia, los solidarios en Bélgica, Feurbach en Alemania, y toda la literatura inspirada, ó, más bien, *pagada* por las sociedades secretas, nos creen unos *bribones!*

Esto sería grave y podría poner la patria en peligro. Acometeremos la aserción formidable de esos señores después de haber examinado cierta explicación anodina de los anticlericales modernos.

El sacerdote católico, dicen, esparce cuentos en los que no cree pizca; pero tiene para obrar así motivos suficientes. Miente por caridad.

Esta explicación ha sido aceptada por inmensa multitud de tontos.



VI

Moralidad de la superchería sacerdotal

A gran personaje gran distinción. Cedamos la palabra á Mr. Renán, cuyos insignificantes proyectos de beneficencia oculta parecen cosa decretada en los subterráneos en que la Francmasonería, oculta á la vista de los demás, elabora los suyos con patética humildad: ex-seminarista cargado de un pequenísimó bagaje filosófico, pero prodigiosamente dotado de aquella maravillosa audacia que fascina á los espíritus ligeros, monsieur Renán ha recibido en el campo libre pensador el homenaje de grande hom-

bre; pero es él tan gran figura literaria como Garibaldi gran militar. Garibaldi derriba heroicamente las puertas abiertas, y Mr. Renán fabrica un cristianismo de fantasía, almibarado, bizarro, incoherente, imposible; pues con algunas frases galanamente redondeadas sopla sobre el fantasma obra de sus manos, y le dice al espectador: Ved: no resta casi nada, sólo tres ó cuatro sílabas sonoras: *Dios, Providencia, inmortalidad: buenas palabras antiguas algo pesadas* (y por lo tanto perfectamente huecas), *que la humanidad* (acostumbrada por mí, Renán, á dudar de todo) *interpretará en el sentido más en extremo malicioso.*»

Mr. Renán, que ha sabido economizar, viajando, su salud,—no creyendo en la inmortalidad, debe desear una muy larga vida,—ha publicado una novela intitulada: *Vida de Jesús*, la cual ha visto la luz pública bajo dos formas, en 8.º al precio de 7'50 francos y en 18.º á franco.

La edición de lujo ha proporcionado mucho dinero á su autor y muchísima gloria á la fe católica, que cien notabilísi-

mas plumas han vengado magníficamente. La edición económica ha merecido las silbas que de los cuatro puntos cardinales del mundo científico abruman en formidable *crescendo* al autor que de tal manera, desde la cruz á la fecha, ha falsificado la historia evangélica.

So pretexto de abreviar, Mr. Renán ha suprimido en su pequeño *Jesús* cierto número de frases poco cariñosas para las clases populares. En la edición á 7'50 francos podía menospreciar al vulgo, que no compra volúmenes tan caros. El volumen en 18.º adula al pueblo, que tan vilipendiado sale del volumen en 8.º

Se lee, pues, en la edición no destinada al pueblo, lo siguiente (1):

«Hay muchas medidas para la sinceridad.»—*Sí ó no, decían hasta ahora el evangelio y la conciencia!*—«Todo lo grande se hace por el pueblo, pero no se le conduce sino amoldándose á sus ideas.»—*¡Error! Señor gran dignatario de la Francmasonería: olvidáis una diferen-*

(1) Capítulo XV.

cia. Se LLEVA (1) al pueblo adulándole y acomodándose á sus actuales preocupaciones, y se le conduce amándole é ilustrándole. Este es el secreto de la influencia que la Iglesia, luz fija y amor inagotable, ejerce sobre las clases trabajadoras.

—«El filósofo que sabiendo esto se aísla y se encierra en su nobleza, es altamente digno de alabanza.»—*No acertamos á ver qué hay de noble en aislarse del pueblo no siendo una raza invenciblemente ignorante y perversa, de la que puede servirse y á la que intentaría inútilmente servir. Si tal es vuestro modo de juzgar al pueblo, decidlo redondamente. «Pero aquel que toma la humanidad con sus ilusiones y pretende obrar sobre ella, no podrá ser censurado...»— ¡Oh maravilla! El ratón que se recoge en un queso tiene razón, pero si saliese no tendría culpa. Todo depende del punto de vista. Despreciando al pueblo le abandonaríais á su incurable*

(1) El texto francés dice: «On MENE le peuple;» y no hallando palabra española equivalente al *mène*, pongo *lleva*. El valor de la palabra francesa equivale á la catalana *mena*, *se mena*.

estupidez: ¡perfectamente! Mudando de pareceres explotáis hábilmente sus ilusiones: ¡perfectamente también! Dichosos los acusados que tuvieran que comparecer ante un jurado formado por discípulos de Renán.—

«Nos es fácil,—continúa con arrogancia el sedicente escritor religioso,—siendo como somos impotentes, llamar á esto mentira, y orgullosos de nuestra tímida hombría de bien, tratar con desdén á los héroes que han aceptado bajo otras condiciones las luchas de la vida.»—*Los héroes que mientan osadamente como había recomendado tan bien Mr. de Voltaire.—*

«Cuando con nuestros escrúpulos habremos hecho lo que ellos hicieron con sus mentiras, tendremos el derecho de ser severos para con ellos.» *¡Vedlo!—Ved un ingenuo cura párroco que, escrupuloso en el mentir, predica á sus parroquianos la totalidad de obligaciones que la Iglesia impone. Muchos, encontrando muy pesado el yugo, se apartan, y el pastor no logra siquiera sostener junto á su púlpito y á su confesonario algunos centenares de aldea-*

nos. Mr. Renán, cuya cortesía nada tiene de tímida, imita á los héroes ilustres por sus mentiras, y por el estruendo que alzan alrededor de su libro las trompetas fraternales puede algunos momentos creer que ha derribado al Hombre-Dios de sus altares. ¡Mas si engaña á la humanidad para lograrlo, seremos demasiado osados reprochándoselo! —«El solo culpable es la humanidad que quiere ser engañada.»

Pues bien: no. Sofista, tú y los tuyos calumniáis la humanidad porque en ella, como en cada individuo en particular, la observación revela una doble corriente. Los bajos instintos consienten en ser relegados á la ilusión, porque esperan verse satisfechos: sea. La parte alta, la parte divina, la parte sana de la humana naturaleza; aquella sobre la cual debe obrarse; reclama, no palabras ingeniosas, sino la llave de sus destinos, ó sea lo Verdadero, lo Bueno y lo Bello; la humanidad no quiere ser engañada: abruma con su menosprecio á los impostores, y quiere ser ilustrada, fortificada, amada, robustecida y guiada hasta el término á

donde sus aspiraciones se dirigen, hasta vos ó Dios vivo!

¡Gran Dios! ¡Y cuán terrible es vuestra justicia con aquellos orgullosos! Ellos, gritando que no existís, se separan de vos y se aíslan del pueblo sobre el cual presumen dominar. En este vacío contra natura el vértigo sobrecoge á su débil inteligencia, y no hay absurdo al que no se acojan con locura. Para ellos el engaño, es decir, la noche, viene á ser el faro del progreso y el Mal es el instrumento favorable para realizar el Bien!

«No basta concebir el bien,—dice en el mismo libro;—es preciso hacerle probar entre los hombres, para lo que son necesarias vías menos puras.» El lector comprenderá al instante lo que significa la expresión: *vías menos puras*. Cuando las sociedades secretas emplean la bomba y el puñal, pretenden también que para hacer probar el bien son necesarias vías menos puras...

En verdad que el más elemental buen sentido reclama que, para fundar y sostener la verdadera religión, la Providencia

no puede ni ordenar ni permitir el uso del engaño. Se concibe que Numa, Confucio, Mahoma, Sakia-Mounia, mientan para establecer cultos falsos, y que necesiten mentir también sus discípulos para propagarlos; pero estos grandes impostores son unos grandes malvados.

¡No, no es posible, ni aun bajo el pretexto de civilizar á la humanidad, el condensar ante sus ojos la nube de errores de que está tan envuelta, y separarla así del verdadero Dios que la ha creado y á quien debe servir! Todas las religiones construídas sobre mentira son, no medios de civilización, sino medios de dominación, de odiosas estratagemas políticas, cuyo triunfo ha sido en donde quiera el triunfo de la lujuria y del rigor, el punto de partida de las supersticiones más abominables, la deificación del infame abuso de la fuerza.

Citemos tan sólo dos hechos muy notorios. El paganismo del buen Numa terminó bajo Augusto en las carnicerías á las que llamaron *juegos de gladiadores*, y el islamismo de Mahoma terminó, no hace

mucho tiempo, en las matanzas de la Siria.

Cuando se habla á los hombres de su Criador, nada puede justificar la mentira voluntaria: la impostura sagrada es un crimen de lesa majestad divina y humana, con el que no hay otro en enormidad comparable.



VII

De la superchería en la Iglesia católica

Aun cuando los ministros de las falsas religiones pudiesen ser considerados como bondadosos y honrados impostores, que engañan á los hombres por su bien únicamente, esta apreciación sería inaplicable al clero católico.

El sacrificador pagano, el mufti, el pastor protestante, exigen poquísimas cosas á sus correligionarios. Simples ordenadores de las ceremonias religiosas; cuando más, oradores que no se dan, ni con mucho, como infalibles; libres para tratar en sus discursos únicamente las ideas

sobre las que tienen una convicción real; no ven como indispensable ninguna creencia precisa ni prácticas determinadas, y tienen el buen sentido de no imponerse á sus ovejas.

Pero con el sacerdote católico sucede todo lo contrario. Dice la Misa y recibe un honorario de las personas á cuya especial intención aplica el sacrificio: muy á menudo este honorario es el óbolo de la viuda ó la última moneda del obrero. Estas pobres gentes se han privado de lo necesario, con la persuasión, en que les ha puesto el sacerdote, de que esta misa aliviaría á algún llorado difunto. Si les engaña, comete una infamia.

Afirma que el Hombre-Dios, Nuestro Señor Jesucristo, desciende sobre el altar, y que en él permanece realmente bajo las apariencias de la hostia, y declara que todo aquel que siendo bautizado no va á adorarle sobre el altar cada domingo y á recibirle en sus labios una vez al año por lo menos, merece el fuego eterno. Si so pena de excomunión y de condenación exige un acto de idolatría, como lo fuera

la simple adoración del pan, comete una segunda infamia.

Tiene por un crimen en los fieles una simple duda en los artículos de fe, prohíbe abrir los libros en que es esta fe combatida, y obliga á renunciar á toda opinión opuesta á las enseñanzas definidas por el cuerpo sacerdotal. Si enseñando una mentira *se dicente* piadosa cierra nada menos que todas las puertas que pudieran conducir á la verdad, comete una tercera infamia.

Dirige las conciencias, induce en público y en particular á hacer limosnas mas ó menos considerables para las obras pías, la construcción y la decoración de los edificios sagrados, y afirma que por ello los donadores se harán agradables á Dios y recibirán de Él gracias particulares. Si estas promesas no tienen fundamento alguno, es un verdadero estafador. Cuarta infamia.

La cuestión del dinero no es la única, sino que las hay más graves, como la de las vocaciones por ejemplo. Ved á una jovencilla á la que todo le sonrío en el

mundo, y que, gracias á las enseñanzas del sacerdote, se encierra hasta la muerte en una celda de carmelita; ó á un joven lleno de ardor y de talento, capaz de prestar importantes servicios á la humanidad y al cual la enseñanza clerical trasporta á climas inhospitalarios, donde con la cruz en la mano muere antes de tiempo. Si no está el sacerdote plenamente convencido de la grandeza sobrenatural de tales sacrificios, secuestra y asesina. Quinta infamia.

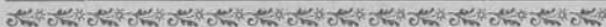
Declara que toda unión conyugal contratada por miembros de la sociedad religiosa que preside, contraviniendo á las leyes que ha dictado esta sociedad sobre el particular, no es más que un concubinato, lo que es gravísimo, pues que está en ello empeñado el honor de las familias, muchísimas veces de superior importancia á los bienes de fortuna que pueden repartir los reglamentos civiles. Él afirma, en nombre de Dios, que los cónyuges que no han recibido el sacramento católico en las condiciones exigidas, están desligados el uno del

otro, y que los hijos habidos son bastardos. Si miente, atenta audazmente al honor de los esposos y al de su posteridad. Sexta infamia.

Y por fin, porque la lista sería interminable, ¡el sacerdote confiesa! Y no sólo confiesa, sino que obliga á todos los fieles á que se confiesen, pues les dice: ó confesión ó condenación. Pero ¡qué confesión! No *al por mayor*, como la que hacen á sus muy humildes servidores los popes, los grandes señores rusos, sino una confesión completa de todas las faltas graves, sin excepción, y confesión obligatoria cuando menos una vez al año. Si es la confesión invención sacerdotal también, el sacerdote católico fuerza arteramente el santuario inviolable de las conciencias é impone á sus hermanos la humillación más intolerable, pues les coloca bajo la promesa de un perdón quimérico en la seguridad más perjudicial. ¡¡¡Infamia de las infamias!!!

Dignaos, pues, adversarios moderados del sacerdote católico, no convertirle más en un bondadoso impostor, un Vi-

cario grosero que por filantropía engaña á las almas candorosas. No, este disfraz no nos conviene. No podemos ser unos bobos porque hemos estudiado bastante, ni unos embusteros, porque de serlo seríamos infames. Somos, ó lo que presumimos ser ó una formidable asociación de desalmados. Merecemos ó la obediencia del género humano ó el patíbulo: no hay medio posible.



VIII

Si el sacerdocio católico puede engañar al
género humano

Cuando el Hombre-Dios empezó á predicar por la Judea, su patria, la doctrina evangélica, encontróse con muchos sabios que le trataron de seductor. Son ya bastante conocidos esos críticos tan finos: eran los Fariseos, ricos ciudadanos en mucha fama de honradez, que exigían del bajo pueblo los mas respetuosos homenajes, dotados de la habilidad necesaria para salvar las apariencias y corrompidos interiormente por la

arrogancia, el egoísmo y algunos otros vicios más. Estos hipócritas, pues, decían de nuestro Señor Jesucristo, que les reprimía: «Este hombre engaña al pueblo.»

Desde entonces la acusación ha seguido su camino. Los emperadores-verdugos atormentando á los Papas, los obispos, los sacerdotes de Jesucristo, han tratado de impostores á tales héroes, á quienes una mentira hubiera salvado la vida. Celso, Porfirio, Juliano el apóstata, acusaron á la sociedad cristiana y á sus pastores de trapacería y de crímenes los más odiosos. En la edad media, bajo el pontificado de Inocencio III, se escribió: «*El crucificado del Calvario es un demonio,*» y un libro atribuído á Federico II designaba, bajo el epígrafe de *los tres impostores*, á Moisés, á Jesucristo y á Mahoma; y más tarde Voltaire y su escuela han cantado en todos los tonos esa antigua canción del farisaísmo que repiten los libre pensadores modernos. Todos esos desdichados se dirigen á la pasión, no á la razón, porque la razón

demuestra con evidencia, á quien quiere reflexionar, que la pretendida trapacería clerical es imposible.

No es tan estúpida la muchedumbre como lo pretende la envanecida cohorte de libre pensadores; puede ser engañada, mas sólo entre ciertos límites: la sola impostura hubiera sido insuficiente para establecer las falsas religiones. La historia, á despecho de las denegaciones gratuitas de la crítica libre pensadora, muestra en el establecimiento de tales errores la intervención positiva y sobrehumana de los malos espíritus, y además las falsas religiones sólo se imponen á los hombres acostumbrados á vivir sin razonar. Siempre esas creaciones de embuste han sido desbaratadas por el raciocinio. Sólo el catolicismo muestra sabios y filósofos que á medida que estudian y reflexionan aumenta su confianza en las enseñanzas sacerdotales. Sócrates, Platón, Aristóteles, filósofos eminentes, son malos paganos. San Agustín, Santo Tomás, Mr. de Bonald, Mr. de Maistre, se aferran tanto más á su fe cuanto más

profundamente penetran en las ciencias filosóficas.

Es preciso reconocer que el hombre acepta muy á menudo, sin examinarlas de cerca, las doctrinas que le adulan. Todo impostor debe principiar por la adulación y así se les ve adular las ideas, las esperanzas, las malas inclinaciones, prometer mucho y exigir bien poca cosa. ¡Preguntádselo á Mr. Renán! ¡Preguntádselo á estos espíritus dañadores!

Desde los Apóstoles, el sacerdocio católico parece haberse propuesto la tarea de impedir á los hombres el escucharle. Proclama dogmas incomprensibles y que á primera vista parecen completamente absurdos, é impide sin miramiento alguno toda clase de preocupaciones. Añade nuevas prescripciones á las obligaciones de la moral natural, y, en una palabra, muestra á la humanidad el ensangrentado patíbulo sobre del cual espiró Aquel que le envía, y nos dice: «Cargad esta cruz sobre vuestra espalda y llevadla siempre;» después de lo cual establece, sin sacar ventaja alguna personal, toda

suerte de prácticas incómodas perfectamente propias para ahuyentar á la multitud á quien llama.

El hombre en el fondo es naturalmente religioso: se avergüenza de vivir y morir *como un perro*. Si, pues, el sacerdote se dignara callar sobre unos pocos artículos como *el infierno, el sexto mandamiento, la confesión*; si se limitase á predicar sencillamente la caridad fraternal y la misericordia divina; si quisiera relajarse un poco de su antigua severidad para marchar con el siglo; inmediatamente desaparecieran sus enemigos, besaríale la mano todo el mundo, y se aplaudirían las máximas consoladoras de un sacerdocio tan inteligente como tolerante.

Los impostores tienen sobrados motivos de escurrirse para no pactar con las pasiones humanas. Ved ahora todas las concesiones hechas por Lutero para acreditar su iglesia en descenso.—«¡Fuera la confesión! ¡Fuera la abstinencia y el ayuno! ¡Fuera las reglas seculares de la pureza conyugal! ¡Fuera el celibato religioso! ¡Fuera las buenas obras! La fe

basta. ¡Pecad mucho y creed mucho más, que rabiará el diablo! Rey, cambia á voluntad de esposa; príncipe, tómalas á pares; grandes y chicos, atreveos á los bienes del clero y seréis ricos sin haber trabajado. ¡Esta es la libertad cristiana!»

¡Héos aquí un hombre hábil que puede persuadir! Tiene el sacerdote católico un lenguaje que es para ser entendido lo suficiente desagradable para que sea invención suya, y es su moral demasiado severa para ser el fruto de una impostura.

¡Quién hay que desconozca las concesiones del paganismo y del islamismo!

Un solo sacerdocio, entre todos los demás, despliega una firmeza inquebrantable; un solo sacerdote, ante todas las seducciones y todas las iras, sostiene prescripciones molestas á la naturaleza humana; y dejará, si es preciso, que se aleje de su autoridad hasta la última oveja de su rebaño antes que alterar la ley de que es intérprete: este hombre en manera alguna es un impostor.

Si fuésemos bastante viles para querer engañar á nuestros hermanos, ¿cómo po-

dríamos hacerlo? Diez y ocho siglos hace que el odio más obstinado nos espía, como el odio de los Escribas y Fariseos espía al Señor para prenderle durante sus discursos. Pero después de tantos trabajos, lejos de ser desenmascarado y confundido el sacerdote católico, más escuchado que nunca ve crecer diariamente el número de hombres eminentes que en nuestras academias, en nuestros ejércitos, en nuestras escuelas, abrazan su causa y se confían á él. ¡No, no somos impostores! ¡Son ciertamente ciegos los que no logran comprender que el sacerdocio del crucificado, viniendo al mundo en la persona de doce pescadores pobres, rudos, sin poder y sin crédito, no ha podido obtener fieles más que por la fuerza de la verdad; y que si vive todavía, después de tanta borrasca, vive de la vida eterna de la verdad!

Precísanos poner término á esta acusación deshonrosa.

¡Impostores los sacerdotes católicos! Y ¿por qué? La maulería repugna á la naturaleza humana, y sólo por el interés se resigna á ella.

El sacerdocio católico sería, pues, muy atractivo para algún miserable decidido á sacar provecho de su conciencia!... Cuando este sacerdocio se fundó, constituía el camino del sufrimiento y del martirio, Los cincuenta primeros Papas, casi sin excepción, así como los Apóstoles y Nuestro Señor Jesucristo, perecieron á manos de verdugos: aceptar el sacerdocio era hacerse blanco del furor de los perseguidores. Y esto duró cuatrocientos años. Debían, pues, tales hombres, evidentemente obrar con sinceridad: mas, si los sacerdotes mártires fueron hombres sinceros, ¿cómo sus sucesores, que enseñan la misma doctrina que enseñaron ellos, podrán ser unos trapaceros?

Más tarde, durante la Edad Media, mejoraron las condiciones terrestres de la vida del eclesiástico. Una parte más ó menos numerosa del cuerpo sacerdotal logró disfrutar de cierto bienestar. En estas circunstancias, cierto número de criminales, lobos lanzados sobre la grey, penetraron fraudulentamente en el santuario que con su vida escandalosa des-

honraron. Pero no son estos ciertamente los que fijaron el dogma y la moral católica. Nótase que entre las innumerables decisiones de moral otorgadas por Alejandro VI, Papa de apenadora memoria, ni una siquiera se encuentra que merezca el más mínimo reproche.

Hoy por hoy la condición del sacerdote, humanamente hablando, es muy pesada. En Francia mismo (no hablamos de Irlanda, donde el sacerdote católico, al lado del pastor protestante retribuido con largüeza por su ministerio nulo, debe vivir del pedazo de pan que comparte con él el hambriento aldeano; ni de la pobre Polonia, ni de los países infieles); en Francia mismo, decimos, la inmensa mayoría del clero vive en un estado de mortificación vecino á la indigencia. Salvo ciertos cargos eminentes y alguna que otra parroquia excepcional, *mil francos* y un eventual casi nulo, ó poco menos, constituyen el recurso con el cual un cura debe sostener su casa, dar hospitalidad, comprar libros necesarios para sus estudios, emprender los viajes que le

exigen sus negocios, cuidarse en sus enfermedades y tomar parte en las buenas obras de la parroquia. Tal es la situación financiera de un hombre que para llegar al puesto que ocupa ha debido sacar de las privaciones que se impuso una familia cristiana, ó de las limosnas de los fieles, la suma necesaria para atender á los gastos que ocasionan quince años de estudios. *Mil ó mil doscientos francos al año*, sin tener tan siquiera en perspectiva un modesto retiro al fin de toda una vida de trabajos, ¡qué fortuna! ¡qué atractivo en esta época en que el dinero es el dios del siglo y en que un oficial de escritorio de tercera ó cuarta clase cobra á la edad de veinte años un salario superior al sueldo de un sacerdote cargado de almas á quienes dirigir!

Si al sacerdote le consideramos bajo el punto de vista de su amor propio, no hallaremos más halagüeña su condición. Indudablemente los verdaderos católicos, y aun la parte honrada de los indiferentes, le conceden marcadas deferencias.

Pero, en contraposición, qué de frialdades ofensivas, qué de insultos, qué de sarcasmos, qué de calumnias, que de negocios espinosos para arreglar con los malévulos, con los testarudos ó con los necios! En otro tiempo las faltas del hombre se encubrían con la dignidad de su traje: hoy el hombre está obligado á obtener á fuerza de santidad personal el respeto debido á su hábito, y no lo logra muchas veces.

¡Y el corazón! Él también, el sacerdote necesita de afecciones! En lugar de las de familia, de las que ha hecho tan generoso sacrificio, debiera encontrar el reconocimiento en las almas á quienes se consagra, y casi siempre encuentra la ingratitud. Apenas el adolescente, objeto de su solicitud paternal, ha hecho su primera comunión, cuando desierta de la Iglesia y cree dar muestra palmaria de virilidad pasando arrogantemente por delante del cura sin sacarse el sombrero. Colocado entre intereses los más opuestos, ¿tiene acaso la desgracia de sobar á alguno? pues se inflaman las susceptibi-

lidades y se desencadenan las lenguas. Pobreza, oscuridad, aislamiento de corazón: hé ahí la condición de la masa de los sacerdotes católicos. Algunos que por la fortuna adquirida de sus antepasados, por su talento excepcional, se elevan sobre el común nivel, ¿no podían, viviendo en el siglo, ser por él más ricos, más distinguidos, más admirados?

No sospecha el mundo cuán de espaldas está sembrada la senda del sacerdote. Levantarse á la mitad de la noche para ir lejos á asistir á un moribundo; respirar allí una atmósfera que puede ser contagiosa; aguardar en ayunas, para celebrar una misa de velación ó unos funerales, á los parroquianos que no habiendo ayunado no tienen prisa; el Domingo, también en ayunas, celebrar el oficio y anunciar la palabra de Dios; y esto dos veces consecutivas en tantos sitios en los cuales la *renda* (1) se ha

(1) El texto francés dice *binage*, y su verdadera traducción es *renda*, la segunda labor de las viñas. Se refiere á la necesidad de decir un mismo cura dos misas los días festivos en algunas parroquias rurales.

hecho necesaria; además, en las parroquias fervientes, pasar una parte de su vida encerrado en el confesonario para escuchar pacientemente la interminable sucesión de las mismas faltas. Trabajar sin fruto en santificar y moralizar las almas rebeldes, sostener luchas atroces, ser testigo del desfallecimiento de los buenos y de los atentados de los perversos; pasar de golpe de una parroquia, en la que se ha aclimatado, á otra desconocida y poco agradable; violentar constantemente sus personales inclinaciones para tener paz con todos; sentirse invisiblemente espiado por un sin fin de ojos, prestos á trasformar en crimen la más ligera imprudencia; tener enemigos obre como quiera, y no atreverse á desahogarse en el seno de la amistad por temor á la indiscreción y á los celos: este es sólo un ligero bosquejo de la vida real del sacerdote.

Semejante existencia ofrece á la naturaleza pocos atractivos. ¡Ya se ve! Y donde la fe disminuye desaparecen las vocaciones sacerdotales, y los mismos

mendigos prefieren la cruz de su indigencia á la pesada del sacerdocio.

La profesión del sacerdote, si no fuese una profesión divina, sería la más tonta de todas. No se vieran en Francia de cincuenta á sesenta mil hombres, que habiendo tenido la estupidez de abrazarla, tuvieran el horrible valor de perseverar en ella hasta los bordes del sepulcro.



IX

La religión, el sacerdote, el dinero

Digamos, antes de pasar adelante, cuatro palabras sobre el dinero que el sacerdote pide, exige en muchas ocasiones.

Los agentes de la propaganda protestante se autorizan para calificar á cada paso al catolicismo de *religión de dinero*, y á sus insinuaciones presta atención la clase obrera las más de las veces. La bolsa del trabajador es bien ancha; y si deja sin ninguna pena la pieza de plata sobre el mostrador del café, no le place ver que su esposa y su hija dan un óbolo al vica-

rio que hace la colecta de la limosna, ó el cuarto de la silla. El evangelio no dice á los Apóstoles: *Gratis habéis recibido; dad, pues, gratis.*

Es preciso empezar descartando de la cuestión á los señores ministros protestantes. No gozan de renta, es cierto, por lo menos ordinariamente; pero no viven del aire del cielo. Sus gajes son mucho más considerables que los del sacerdote católico, y además vienen siempre diversos suplementos, como por ejemplo; la cuestación hecha para el señor pastor, á domicilio, por el sacristán. En una ciudad mixta del mediodía el ministro la pegó en entretener á su pequeño rebaño hablando de la religión del dinero. El cura le hizo decir lo siguiente: «Estoy presto, Señor, á cambiar mi sueldo con el total de la pequeña cuestación á domicilio que se hace en provecho vuestro. Si rehusando el cambio volvéis á decir una palabra sobre *la religión de dinero*, daré á la publicidad la oferta que os he hecho y vuestra evasiva.» Sencillo como la paloma, estoy de ello convencido, pero cau-

to como la serpiente, el pastor se calló.

Establezcamos claramente los principios.

No habría religión sin culto exterior. Aquellos que pretenden practicar la suya en el santuario de su corazón, sin dispendios, son extravagantes malvados que no la practican en parte alguna.

No puede haber culto exterior sin dispendios; y si este culto se ejerce con la imponente dignidad que conviene á la majestad del Dios á quien se adora y á los nobles instintos de los pueblos que oran, esos dispendios son considerables.

Durante diez y ocho siglos, en la Iglesia católica, estos gastos han sido cubiertos por el más sencillo y más bello de todos los medios: por la donación. El sacerdote daba gratis, como lo hace todavía, lo que ha recibido gratis, esto es, las bendiciones espirituales y los sacramentos (1): los fieles pudientes daban espon-

(1) No se paga sacramento alguno. Si hay algo que desembolsar para un bautizo ó un casamiento, es sólo con relación á algunos accesorios, como la presencia de

táneamente el dinero que edificaba y adornaba los templos, saldaba los gastos diarios del culto y procuraba á los trabajadores del santuario techo, alimentos y vestido.

Estas donaciones llenaban largamente todas las necesidades, y permitían además al clero proteger eficazmente las artes, emprender gigantescos trabajos científicos, y sobre todo repartir entre los menesterosos cuantiosas limosnas.

Vino la revolución francesa, y tratando

los servidores de la Iglesia y niños de coro, ó la aplicación particular de la misa á los esposos. Cuando se conceden dispensas, se reclama de las personas que pueden una pequeña cantidad de dinero. Esta exigua suma no permanece entre las manos del sacerdote que la reclama, puesto que se destina á sostener obras útiles á la religión y á los pobres. Pedirlo equivale á decir: « Vosotros queréis hacer una cosa que presenta inconvenientes, por ejemplo desposaros con una parienta próxima, lo que perjudica á la fusión de las familias y os expone á dar el ser á niños enfermizos. La Iglesia, atendidas sabias razones, cree poder tolerar esta alianza; pero en compensación por medio de un ligero tributo la ayudaréis á la realización de las obras buenas que ha emprendido. »

á la Iglesia del modo que los socialistas de hoy quisieran tratar á los grandes hacendados, la libró del cuidado de sus riquezas despojándola de todo. Tras el despojo vinieron las proscripciones, las deportaciones, los ahogamientos, las matanzas, la profanación general de los templos, la razón delirante entronizada en los altares bajo la asquerosa imagen de una mujer pública.

Opulento la víspera el catolicismo, ya nada poseyó: su material fué quemado ó robado, su personal ó muerto, ó desterrado, ó prisionero en los subterráneos.

Entonces apareció un hombre de genio á quien la Providencia había señalado la misión de poner fin á las convulsiones de la Francia. Napoleón I comprendió que ante todo correspondía volver á su lugar la piedra angular, la religión católica. Rodeado de descreídos, encontró terribles oposiciones; pero él sabía que en ello estaba la salud, y por esto abrió de nuevo las puertas de las iglesias y firmó el Concordato.

Parece que la Iglesia debía recobrar

cuanto la injusticia humana le había arrebatado, pero en la práctica esta restitución ofrecía dificultades y peligros. Con el desinterés que de siempre ha caracterizado la actitud de la Santa Sede en estas coyunturas delicadas, el jefe supremo de la Iglesia consintió en dejar á los poseedores de bienes eclesiásticos el pacífico disfrute de ellos, bajo condición de que el gobierno francés proveería á los gastos indispensables del culto y aseguraría *un sueldo conveniente á los obispos y á los curas* (Concordato de 1802). Desde el comienzo de este siglo tiene, pues, el gobierno, en sus presupuestos, un artículo para el sostenimiento del culto católico; y fiel á la obligación de observarlo que tomó Napoleón I, concede cada año muchos millones, sea en construcción y arreglo de iglesias, sea en sueldos eclesiásticos.

No obstante, es preciso notar que al cumplir generosa y lealmente sus compromisos, el gobierno no cubre todos los gastos que entraña el ejercicio de la religión católica, el cual supone recursos su-

plementarios. Supone que aquellos de los fieles que demanden, durante el ejercicio del culto, cuidados particulares, contribuirán con su óbolo á la conservación del templo y de sus ministros. Esta es la razón del óbolo ó retribuciones especiales por un trabajo particular ó por un favor que no era exigible. Tomemos, por ejemplo, la retribución por las sillas. Esta retribución va *in totum*, deducidos los gastos, á la junta de Obras: el sacerdote no toca de ella un céntimo. En otro tiempo, en las iglesias de Francia, al igual de lo que sucede hoy todavía en las de Italia y en las de España, no se colocaban sillas. Entonces los fieles oraban de rodillas ó humildemente sentados en el suelo. Hoy las juntas de Obras ofrecen á los fieles cómodos asientos, pero exigen en cambio algunos céntimos, que reunidos y acumulados forman una suma bastante considerable, que constituye en muchas localidades el principal ó el único recurso que permite celebrar decentemente el oficio divino. Bien sabemos que algunos pobres vergonzantes se encuen-

tran contenidos por el cuarto de la silla; pero ante las cuestiones de interés general, es preciso mirar más allá. Si hoy día se suprimía en toda Francia el cuarto en cuestión, más de veinte mil parroquias no tendrían más que unos ornamentos sagrados deformes por su vetustez, las iglesias sucias, y un personal de chantres y de niños de coro reducido á un monaguillo mal vestido. Esta sería la pompa del culto, pompa necesaria en la aldea como fuera de ella para hablar al corazón por los ojos y conservar la fe en las cosas invisibles por el espectáculo de las visibles.

El sacerdote católico hace cuestaciones, pero no es la democracia quien debe de ello lamentarse. El cura de la edad media cuando quería practicar una buena obra subía al castillo, porque en él estaba concentrada la riqueza. Hoy, que está más extendida, es preciso alargar la mano á todo el mundo. Por medio de las cuestaciones se ayuda mucho á las personas perezosas á decidirse por una buena acción, y los que no tienen la costumbre de dar pueden rehusar su óbolo

sin vergüenza. Pero quéjense los avaros de que estas cuestaciones perpetuas ponen perpetuamente en evidencia su economía... ¡Ah! ¡tanto peor para ellos!

La verdad sobre las limosnas de pie de altar héla aquí: La mayor parte de ellas van á las fábricas, á las empresas de pompas fúnebres ó á los empleados laicos. El sacerdote recibe sólo una parte muy módica, á menudo desproporcionada á las fatigas especiales que ha tenido. Esta pequeña cantidad le proporciona un sinfín de malos comportamientos que pesan dolorosamente sobre su alma sacerdotal. Esta pequeña cantidad, que le es estrictamente debida, deja de percibirla en gran número de casos en que la tacañería, más aún que una verdadera indigencia, rehusa satisfacerla; esta pequeña cantidad á tan alto precio adquirida, muchas y muchas veces la reparte por entero entre los desgraciados á quienes sólo estos gajes le ponen en el caso de poder socorrer.

Evidentísimamente, si el sacerdote fuese un hombre de dinero, entre sus nume-

rosas atenciones daría siempre la preferencia á las más íntimamente relacionadas con el pie de altar.

Pero venid, señores distribuidores de libelos; venid, acompañadnos á cualquiera aldea católica y entrad en la Iglesia. ¡Ved al sacerdote rodeado de multitud de chiquillos! Cada semana pasa multitud de horas balbuciendo con ellos los elementos del catecismo. Si alguno falta á su llamamiento se enfada, reprende á sus padres y exige que todos sean exactos. ¿Cuánto le corresponde por esta unción hartamente enojosa? Nada.

Entretanto viene la noche, y apenas se acuesta cuando llaman á la puerta de su casa rectoral. En el límite de su parroquia, á muchos kilómetros de distancia, un moribundo le espera. La noche es negra, sopla el viento y cae á torrentes la lluvia: el sacerdote, que tal vez es un anciano, se levanta y corre á la casa del enfermo y no se queja de que le hayan molestado, antes al contrario, quizá á la víspera, dijo: «No faltéis en venir por mí si el enfermo me desea;» y nada

le importa que el enfermo sea el primer propietario del país ó el último mendigo, porque él va alegre y contento, en términos, que la falta que más reprende á sus parroquianos es la de haber dejado morir alguna de sus ovejas sin haberle llamado. ¿Cuánto le corresponde por esta carrera que acaso le cueste la vida? Nada.

Acércase una gran festividad, principia el tiempo Pascual. El sacerdote exhorta á toda su grey para que confiese, y conjura y amenaza, insiste y es obstinado. ¿Cuáles son sus honorarios por tantas horas pasadas en el confesonario? Nada.

Tales son, por lo tanto, las cotidianas preocupaciones del sacerdote: ver frecuentados los oficios divinos, los niños asiduos asistentes al catecismo, los enfermos visitados y los pecadores absueltos. Pues bien: este trabajo, que crece constantemente por los esfuerzos de su celo, es financieramente considerado completamente inútil.

Luego la religión católica no es en

modo alguno una religión de dinero, como tampoco el capellán es un hombre interesado.



X

Los malos Sacerdotes

Hay malos reyes, malos magistrados, malos militares, malos trabajadores, malos obreros, malos esposos, malos padres y malos hijos. ¿Por qué? Porque cada uno de los hombres, siendo como es libre, puede llenar bien ó mal los deberes de su estado.

Pues bien: de ahí viene el que existan malos sacerdotes. Ciertas personas vuelven las espaldas á la religión porque son testigos de la prevaricación de algún sacerdote, conducta singularmente falta

de razón. Para que todos los sacerdotes sin excepción fuesen constantemente edificantes, precisaría que Dios les hubiese librado de las tentaciones que aquí bajo prueban á los hombres todos. Cuando muchos millares de combatientes se encuentran en un campo de batalla, hay que contar forzosamente con que habrá muertos y heridos. Si Dios hubiese hecho á los sacerdotes invulnerables, sería asaz cómodo para ellos, pero poco alentador para los laicos. Cuando de lo alto del púlpito ó en el secreto del tribunal de la penitencia el sacerdote le dijese al fiel: «Hijo mío, no retrocedas ante sacrificio alguno para permanecer puro, para practicar tus deberes, para evitar una ocasión peligrosa;» la oveja respondería á su pastor: «Os es facilísimo el decir: ¡combate! á vosotros que no tenéis necesidad de combatir: si vuestro corazón se encontrara combatido como el mío por las más terribles tempestades, quizá tuvierais otra moral!»

Figuraos un jefe militar que, encerrado en una fortaleza inexpugnable, dijese

á sus soldados: «¡Id, descendad al llano, afrentad las fatigas, las heridas y la muerte! Yo desde aquí, antejo en ris-tre, observaré como hacéis...» Un capi-tán semejante no inspiraría ciertamente el entusiasmo en sus tropas.

En el ejército de los hijos de Dios, sa-cerdotes y laicos, oficiales y soldados, combaten juntos. Si los ejemplos de los buenos sacerdotes animan, si inflaman á los pueblos que les rodean, es porque los fieles saben que para ser virtuoso el sa-cerdote debe, como los demás, vencer al mundo, al demonio y á la carne á fuerza de valor.

Si confiando al clero la impecabilidad, hubiese la Providencia hecho imposibles los desórdenes de los malos sacerdotes, se desvanecería la legítima y saludable influencia de los buenos curas y la huma-nidad rehusaría seguir al combate á jefes dispensados de combatir. Quizá, lector, no te habías hecho nunca semejante re-flexión.

Por otra parte el mal sacerdote no pue-de dañar á un hombre de voluntad recta.

Su indignidad no invalida los efectos de sus funciones santas, porque no es él más que un canal por el que pasa la gracia divina; y sea el canal de oro ó de plomo, brillante ó mate, siempre llena su cometido, las aguas vivas se deslizan misteriosamente y van á rociar las almas.

El bautismo conferido por un mal capellán es tan bautismo como el conferido por uno bueno, porque es siempre el bautismo de Jesucristo. Que suba al altar un cura santo ó uno indigno, asistís siempre al sacrificio de Jesucristo. Que el sacerdote delegado por el obispo para oír las confesiones esté en estado de gracia ó en pecado, quedáis vosotros perdonados si os absuelve, porque la absolución que da es la de Jesucristo.

Así los vicios de un alcalde, de un notario, de un magistrado cualquiera, no cambian en nada la fuerza de las actas que firman en el ejercicio de sus funciones; así las enfermedades personales del médico no impiden en modo alguno la eficacia de los remedios que prescribe.

Las faltas del sacerdote son motivos de

aflicción para las almas justas y sólo lo son de caída para los espíritus débiles.

Cuando más, de las caídas de los curas se podría hacer un arma contra la religión si la Iglesia autorizara las prevaricaciones de sus ministros ó evitara el castigarlas, pero contra ellos ha dictado en todos los tiempos severas penalidades. El estado actual de la sociedad somete á los tribunales civiles de justicia los delitos comunes del clero. Contra la negligencia en el ejercicio de las santas funciones, contra el sacrilegio, contra el abuso de su sagrado carácter recurre la iglesia, según los casos, á la reprimenda, al cambio de empleo, al retiro de los poderes, á la interdicción ó supresión de las funciones sagradas, á su supresión perpetua y á la excomunión, porque hoy no puede hacer nada más. El destierro perpetuo del santuario es con todo un castigo terrible y se aplica en circunstancias verdaderamente graves á los culpables no arrepentidos. Sabemos bien que estos culpables ó sus amigos buscan á menudo engañar la opinión difamando á la auto-

toridad que ha debido obrar con tal rigor. Se reparten publicaciones en las que el cura interdicto se pinta como víctima de la autoridad episcopal, pero la autoridad episcopal no condena por simples presunciones, y, más libre para perdonar que el magistrado, es clemente para con el sacerdote sinceramente arrepentido.

La colección de los concilios ofrece en todas sus páginas leyes penales contra las prevaricaciones del clero. ¿Puede de ello deducirse que en todo tiempo las prevaricaciones han sido moneda corriente? No; sino que la iglesia les ha tenido tal horror, que ha hecho los más enérgicos esfuerzos para combatirlas.

Concluamos: la caída de un cura es una cuestión puramente personal, y para nada está en ello complicada la religión.

Pero es preciso ir más allá.

XI

Las moscas del estercolero

Los insectos así llamados, sólo se posan sobre los depósitos de estiércol. En un campo florido, entre los céspedes y las plantas odoríferas, se ven tres ó cuatro puntos en que sale algo del abono, y es para estos insectos un desierto el prado y son pequeños oasis estos asquerosos depósitos.

En la tribu literaria tiene sus semejantes esta clase de insectos. Los escritores materialistas, espiritualistas, etc., no tienen vista sino para ver entre los innúme-

res soldados de la legión sacerdotal otra cosa que la media docena ó cosa así de curas infieles. Estos constituyen para ellos y para sus lectores el clero católico. Una colección admirable, cuya sola lectura ha proporcionado al catolicismo tantas almas leales, los *Annales de la Propagation de la Foi*, en donde la apostólica abnegación de muchos millares de sacerdotes católicos brilla con divinos resplandores, revista cuya tirada es de doscientos mil ejemplares, y traducida á todas las lenguas europeas; archivos tan gloriosos para la patria que ha dado el ser á tales héroes como para la Iglesia de quien constituyen el batallón sagrado, son apenas conocidos por los lectores de la *Revue des Deux-Mondes*, del *Siecle*, de la *Presse*, de la *Opinion national*, etcétera., etc. Conténtanse estos periódicos en hacerles saber que todos los años algunos fanáticos van á turbar la conciencia de los buenos ¶indios que queman vivas á las mujeres, ó la de los pobres africanos que practican en enorme escala los sacrificios humanos; pero guardan absolu-

to silencio sobre las modestas virtudes de los sacerdotes, que á millares, entre nosotros, honran su ministerio por una fidelidad constante á los graves deberes de su estado. Cuando más, á grandes intervalos, el elogio aislado de algunos miembros del clero, que así aislados, parecen al lector hombres también aislados en la masa sacerdotal.

En revancha, están en acecho, estos malvados, para repetir de un extremo á otro de Francia ciertos hechos escandalosos, verdaderos ó supuestos, que puedan afligir al cuerpo sacerdotal. De ellos toman nota, los cuentan, los comentan, los amplifican, los interpretan y vuelven sobre ellos por cualquier motivo. El lector, aturdido, concluye viendo en el clero una pandilla de malvados.

Suponed á un hombre que yendo á segar en un campo cubierto de millares de espigas fecundas, coge diez, veinte, treinta espigas echadas á perder y compone un haz y lo lleva donde quiera gritando: «Ved lo que he hallado en aquel campo; es, pues, su tierra, estéril y maldi-

tal.» Tal hombre, que miente diciendo la verdad, es la imagen fiel de los difamadores actuales del clero. Se escribe un libro, se fabrica una novela en la cual se deslizan cinco ó seis anécdotas poco honrosas para los miembros del clero que en ellos figuran, y de tales documentos se sirven para usurpar la nombradía de escritores de fama; después vienen á granel las recriminaciones, las invectivas, los sofismas, las calumnias; y una parte del público, que sólo ve los sacerdotes de muy lejos, toma este escrito odioso y feísimo por un retrato.

El sacerdote católico es espiado por una multitud de ojos siempre en acecho por el odio, y su menor imprudencia es acto continuo descubierta y trasformada en crimen fácilmente. La magistratura y la policía no conceden privilegios al cura de quien se sospecha; la publicidad más asombrosa es fácil á los denunciadores del sacerdote que ha faltado. De los diarios de la capital la maledicencia pasa á innumerables hojas locales. Nunca ha sido tan difícil como hoy al clero el

subsistir en posición de la reputación que se merece.

Entre los doce compañeros del Hombre-Dios, hubo un perverso. ¿Quién, aun entre nuestros más esforzados enemigos, osará decir que hoy de cada doce sacerdotes hay uno malo? ¿Que nuestra Francia, entre 60,000 curas, tiene 5,000 émulos de Judas? ¿Qué de gritos, qué de clamores cuando en una diócesis donde son mil los curas, la voz pública ha señalado cuatro ó cinco escandalosos, lo que viene á ser uno por doscientos!

La vista de un mal sacerdote excita el horror en todas partes. ¿Por qué? Porque es un espectáculo al que no se está acostumbrado; porque es una monstruosidad extraordinaria. Sólo la infernal habilidad de los que manejan la pluma para acercar, juntar y encadenar los hechos más aislados, puede convencer á algunos ignorantes de que son innumerables los malos sacerdotes.

La vista de un mal sacerdote excita el horror en todas partes. ¿Por qué? repetimos. Porque un instinto invencible ha-

ce sentir que una espantosa caída ha precipitado á aquel hombre de una altura á la que no llegan los demás. Cuando, por ejemplo, un ministro protestante comete un acto gravemente reprehensible, ¿quién piensa en indignarse? Su falta parece igual á las de los demás hombres y nada más, porque no tiene él aquel carácter divino que imprime á un crimen la efigie del sacrilegio. La emoción causada por la caída de un sacerdote católico es la prueba más elocuente de que aquél, sobre su frente entonces deshonrada, llevó un rayo divino (1).

Que se encuentren en la iglesia católica

(1) El 17 de junio último, Mr. Welher, ministro evangélico de Berlín, investido por algún tiempo de las funciones de *Superintendente general* de los protestantes de Silesia, se ahorcó. La *Gazette de la Croix*, diario evangélico, excusa este suicidio por la consideración de las tentaciones violentas que atormentaban al infortunado, que «se creía condenado por el juicio de Dios vivo y personal.» Va el diario más lejos y hace el panegírico del suicida en estos términos: «El recuerdo de los cargos y fieles trabajos de Welher en los negocios del reino de Dios y la causa del Señor, estará siempre presente en nuestra memoria y será agradable al Ser Supremo.» (*Gazette de la Croix*, julio 1864.)

algunos malos sacerdotes es muy natural; pero que se encuentren en tan corto número es lo que debe llamar la atención notablemente. Hé aquí por qué:

A pesar del cambio sobrevenido en la posición material del clero, aun algunos jóvenes de natural indolente, y nacidos además en la pobreza, pueden ver en el sacerdocio católico un estado cómodo y relativamente lucrativo y llegar sin vocación al rango de ministros del santuario. Mercenarios sacrílegos, entrados en el aprisco, no por la puerta, que es Jesucristo, sino por la ventana, furtivamente, como los ladrones, ¿deberá sorprendernos que lleven después una vida poco edificante?

Tanto éstos como los divinamente llamados corren variados peligros. Si están sostenidos por gracias especiales tienen también especiales deberes. Son soldados armados con armas de precisión, pero que deben marchar al frente de la columna de asalto. Algunos son heridos y caen. Es preciso fijarse en esto.

Por fin, este mundo descreído, que

tanto se escandaliza con la caída de algunos sacerdotes, está haciendo esfuerzos incesantes para provocar su ruina. Los viejos del santuario nos han enseñado que muchos años antes de la Revolución francesa, el partido filosófico trabajaba con actividad suma para alterar la fe del clero, lo que venía trabajándose desde muy lejos. Los jóvenes eran engañados con precaución, y paso á paso se extendía hasta el santuario mismo el germen de la incredulidad. Más tarde los programas de las sociedades secretas contenían ya cláusulas muy expresivas sobre el designio resuelto de corromper al clero, solo medio eficaz, decían y dicen estos malvados, de quebrantar su influencia. En cierta época, en Italia, los carbonarios habían llegado á tal estado de demencia que esperaban obrar sobre los cardenales y hacer nombrar en época no lejana un papa débil. El Todopoderoso se rió de sus criminales esperanzas dándonos Pío IX.

Personas muy formales tienden mil lazos al sacerdocio: ya es un fingido entu-

siasmo por sus virtudes, ya la mira de una dichosa reconciliación entre él y la sociedad moderna, ya se hace el vacío alrededor del eclesiástico fiel á sus deberes, mientras al cura fácil en las concesiones, al cura mundano, se le inciensa y festeja: ningún medio de seducción falta, y luego cuando un desdichado sucumbe, todo cambia en un momento. Se liga al desgraciado á la picota de la publicidad, en donde se le tiene por largo tiempo expuesto á la irrisión de las turbas, mientras se dice con sonriente mofa: «¡Católicos, ved ahí vuestros curas!»

¡Lejos demí la idea de plantear ante el mundo las causas atenuantes del sacerdote infiel! Debía luchar, debía recordarse de la consagración divina, debía morir antes que mancillarse. Pero, los que se muestran tan satisfechos de una caída de la que son los instrumentos, ¿tienen derecho de insultar al desgraciado? ¿Tienen, sobre todo, derecho de insultar con tal motivo á la multitud de curas que con despecho de sus satánicos esfuerzos permanecen firmes?

No, señores, estos profanadores del lugar santo no son *nuestros sacerdotes*. Allí donde el espíritu católico vive en las masas populares, donde las familias más formales autorizan con santa alegría á su hijo más virtuoso para que se consagre al servicio de Jesucristo y de las almas, donde las vocaciones generosas no son estorbadas, antes bien son aplaudidas, y, en fin, donde el sacerdote en su ministerio encuentra aquella veneración universal que le recuerda á cada instante la sobrenatural grandeza de su sagrada dignidad; el cura edifica con altas virtudes, y los escándalos sacerdotales son poco menos que desconocidos. Los sacerdotes que deshonran al santuario son los hombres que vosotros habéis llevado á vuestro campo, los que leen vuestros periódicos, los colaboradores de vuestras industrias literarias, los admiradores de vuestras celebridades, los partidarios de vuestras doctrinas, y no son, no, *nuestros sacerdotes*, sino que son *los vuestros!*

Id, pues: llenad bien vuestra canasta.

Tened vigías en todas las alturas, no para señalar á los salvadores, sino á los bandidos, todos los naufragios sacerdotales. Pero tiráis contra vuestras tropas y demostráis, por vuestro celo en reproducir el menor hecho difamatorio, la firmeza del cuerpo que difamáis. Id, fijad en todas las esquinas los nombres de todos los sacerdotes condenados por la Audiencia. El público se enterará de la estadística, y gracias á vosotros sabrá que sobre una cifra de 120,000 sacerdotes, religiosos y religiosas, en 21 años, se han encontrado 72 acusados, que da un promedio de 4 por año, 1 por 30,000! Si preguntamos relativamente á una de las clases más justamente distinguidas de la sociedad laica, la de los notarios, su misma estadística nos da 1 por 873 (1).

Como el soldado francés está orgulloso de formar parte de nuestro ejército, por más que pueda codearse con un cobarde, así el sacerdote católico estálo de llevar su sotana, por más que este traje haya

(1) Oficial.

podido cubrir el pecho de algun sacrilego.

El hombre leal, dejando á los insectos zumbadores el estiércol que les atrae, ruega á Dios por la conversión del mal sacerdote y no imputa en modo alguno á los sucesores de Pedro y Pablo las miserias del imitador de Judas.



XII

Testimonio involuntario de los renegados

Un irrecusable testimonio en favor del clero católico es el que, sin imaginarlo siquiera, deponen los renegados, los *secularizados*.

No se trata aquí de curas caídos sencillamente, para los que sólo podemos sentir y expresar el sentimiento de una fraternal compasión, dando nuestra vida para devolverles la paz de la conciencia y la amistad de Dios; sino que se trata de los desertores audaces que, habiendo faltado al honor sacerdotal, se

van con la cabeza erguida y la blasfemia en los labios á hacer armas contra la Iglesia en el batallón del libre pensamiento.

Estos son aquellos sacerdotes que, sin pensarlo, proporcionan una prueba palmaria de la honradez de los otros.

Si, en efecto, el cuerpo sacerdotal fuese una vasta asociación de piadosos imbéciles ó de malvados atrevidos, los hombres que se separan de sus filas deberían distinguirse por sus conocimientos superiores y por sus virtudes más elevadas.

En los primeros siglos cristianos fueron muchos los que de los altos puestos de la filosofía pagana pasaron á las filas del sacerdocio católico; los que así cambiaban eran los más doctos y los más formales. Su lealtad se prueba por la grandeza de los sacrificios que llevaron á cabo y por la muerte espantosa que sufrieron: su genio por las obras inmortales que nos legaron.

Hoy mismo, del seno de la Iglesia protestante, salen para abrazar el sacerdocio

católico hombres en los que los mismos adversarios no pueden menos que reconocer las altas prendas intelectuales y morales, como los Spencer, los Wilberforce, los Newman y tantos otros. Hemos conocido muy particularmente á uno que, después de haber dejado un muy opulento beneficio en Inglaterra, vino á sentarse á nuestro lado en los bancos del gran seminario, y ha vuelto á su patria con la verdad católica, que constituye su única riqueza.

Mas ¿ por qué puerta un sacerdote católico sale del cuerpo de que forma parte? Sólo una existe, y ésta es la puerta del vicio.

La Revolución francesa, á semejanza de un viento impetuoso que agita las ramas de un árbol gigantesco del cual desgaja las secas y podridas, ha producido un cierto número de secularizaciones. ¿ Quiénes fueron? Oigamos á un autor que con multitud de datos á la vista ha escrito la *Histoire de l'Eglise de France durant la Révolution* (1). Habla de la Iglesia cons-

(1) Fager.

titucional, es decir, del clero rebelado contra sus jefes legítimos, sin haber abjurado todavía el cristianismo y dice:

«Cuantos tenían aún un resto de fe y de honor, se apresuraban á salir de una iglesia que se deshonoraba de día en día para descender hasta el último grado de envilecimiento. La iglesia constitucional se hizo menospreciar hasta por sus mismos partidarios, y sólo le quedaban curas en otro tiempo censurados, ó ignorantes á quienes su notoria incapacidad había obligado precedentemente á descartar del santuario, ó fugitivos de conventos y que ya de tiempo avergonzaban á su orden y desconsolaban á sus superiores. Poco tardaron estos mercenarios en mostrarse tales como eran, esto es, aficionados á la borrachera y al libertinaje. Uno de sus protectores, oficial municipal de Nantes, hombre de valor y gran revolucionario, hizo en aquella época una declaración muy significativa: «Es preciso reconocer,—dijo,—que tales juradores son pésimos sujetos; si estos... hubiesen podido solamente ser hipócritas durante un

año, hubiérase asistido á su misa y la constitución haría su camino... ¿Por qué, pues, las personas honradas no prestan el juramento?»

Las gentes honradas, es decir, la inmensa mayoría del clero católico con el episcopado á su cabeza, no lo prestaron porque tenían la suficiente ciencia para comprender que tal juramento era sacrilego, y bastante corazón para preferir la deportación, el ahogamiento y la guillotina al sacrilegio. En cuanto á los demás, no supieron tampoco sostener durante algunos meses la hipocresía, en la que el clero, al decir de nuestros calumniadores, es hábil en extremo.

¿Hablaré de esos apóstatas cuyo solo nombre excita el horror de la posteridad? Sí, hablaré de ellos. Su infamia fuera de raya dice elocuentemente de qué altura han caído. Como Judas, el sacerdote que pisotea la gracia sacerdotal no puede ser un criminal ordinario. El traidor á un Dios á quien tanto se ha acercado no puede ser más que un monstruo.

Lebón, Schnéider, Góbel, Expilly: ¡qué nombres tan siniestros!...

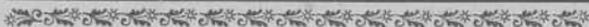
Al comenzar la Revolución, Lebón salió del oratorio y se hizo constitucional; y al poco tiempo, protegido por su compatriota Robespierre, fué nombrado alcalde de Arras y luego procurador síndico del departamento. Acusado de moderantismo por el comité de salvación pública, prometió corregirse y cumplió su palabra. Estableció un tribunal revolucionario del cual nombró él mismo los jueces y el jurado, y la sangre corrió á torrentes. Un juez de paz, padre de doce hijos, habíale, en otro tiempo, condenado á pagar diez francos de multa: pues este juez de paz, su escribano y los testigos, perecieron en el cadalso. Lebón llevó consigo á su concubina al tribunal; y ella, de palabra ó por señas, dictó sentencias de muerte y amenazó á las víctimas y á los jueces, y en seguida la digna pareja se daba, á imitación de los antiguos romanos, el delicioso placer de ver morir á los hombres.

Schnéider, educado gratuitamente por la caridad católica, salió de su convento, como Lutero en otro tiempo, por un agravio inferido á su orgullo, y entró en las

sociedades secretas, se adhirió al cisma y de vicario general del obispo intruso paró en acusador público ante el tribunal criminal. Entonces empezó sus espantosas jiras, de las que ha guardado tanta memoria el departamento, y entró en Strasbourg borracho de sangre, en un carruaje arrastrado por seis caballos, con su guillotina, su mujer, sus jueces y sus verdugos.

Esta es la historia compendiada de algunos desfrailados modernos. Podría la lista continuarse hasta nuestros días. Verger era un secularizado.

El desfrailado, el sacerdote católico violador de las obligaciones de su sacerdocio y *audazmente* impenitente, excita el desprecio universal y vive la vida de un paria, de un *maldito*, y aquellos que apoyaron, aplaudieron y pagaron su apostasía ni por amigo le aceptan. Para todos se llama Judas. Ningún libre pensador le concedería la mano de su hija.



XIII

Argumento decisivo

Si se encuentran en la legión sacerdotal algunos miserables indignos de su glorioso uniforme, encuéntranse también sacerdotes que se distinguen de sus hermanos por virtudes eminentes: que el clero tiene al fin y al cabo sus héroes. Gigantes de la ciencia, gigantes de la caridad, sus nombres están en la boca de todos. Me es difícil hablar de los que viven, y ¡cuántos podría mostrar á los enemigos del sacerdocio católico! Yo sé un obrero alemán que llegado á capellán

ha prestado en su país inmensos servicios á la clase trabajadora organizando el compañerismo sobre bases cristianas y públicas. Yo sé un canónigo francés que, después de distribuir por entero entre los pobres su fortuna patrimonial, 200,000 francos, se hizo capuchino, sí, capuchino y compañero de los pobres sus hermanos, con los que hasta la muerte compartirá las privaciones. Y sé de otros que en la flor de su edad están ajados, minados, encorvados hacia la tumba por las fatigas de un ministerio gratuito entre las clases que sufren; y son hoy día muchos más de lo que parece estos hombres de abnegación y sacrificio, pero se esconden y sólo los desdichados les conocen. Cuando Dios les llama á sí, su gloria se divulga, y el pueblo, á quien han amado y socorrido, acompaña llorando su féretro. Si en esta hora solemne la fisga de la impiedad se dejare sentir, la indignación popular aplastaría al hombre bastante osado para decir ante su tumba: «Obreros, venis á dar el último adiós á un impostor.»

Pero el mundo es así. Un sacerdote comete una mala acción y al instante se levanta por toda la prensa una batahola que aturde. Por el contrario, diez curas, cien, mil, practican en la oscuridad, durante toda su vida, las más difíciles virtudes; muchos se honran con actos de un sacrificio sin medida: silencio en toda la línea. De ahí la extraña idea que del sacerdote católico se forman los crédulos lectores de tales publicaciones.

Para juzgar con equidad al clero sería preciso conocer los nombres y las obras de sus grandes hombres; y ¿qué vendría á ser entonces la imputación odiosa y estúpida de credulidad y de impostura? Sólo tomaré dos nombres de todos conocidos: San Vicente de Paúl y Pío IX.

San Vicente de Paúl no era ni con mucho una cabeza desorganizada, y lo demuestra la admirable sabiduría con la que llevó á buén término todas sus obras de caridad. No era tampoco un ignorante, después de estudiar la ciencia religiosa durante siete años de trabajo incesante, el que desenmascaró el primero la

artificiosa heregía de los jansenistas y á quien Richelieu consultaba como al hombre más instruído de su tiempo sobre los negocios más graves y diversos. ¿Era un charlatán? ¡Es preciso ser Mr. Ernesto Renán para insinuar que el *buen Vicente* ha podido fabricar falsos milagros!...— El discípulo no es, en verdad, mayor que el maestro, y el hombre que hace de Nuestro Señor Jesucristo un pastor sentimental, cándido, algo loco y mentiroso, bien puede imputar el charlatanismo á San Vicente de Paúl.

¡Y Pío IX! Cuando se quiere conocer el fondo del corazón de un hombre es preciso estudiarle principalmente en las situaciones y las ocupaciones que ha elegido él mismo. Y ¿quién no sabe la historia del joven conde de Mastai? Renunciando temprano á todas las ventajas que su nombre, su fortuna y su talento auguraban, quiso ser cura, y al serlo quiso ser el servidor de los pobres y se encerró en un hospicio de Roma fundado por un albañil piadoso llamado *Tata Giovanni*, y compartió sus cuidados con los

obreros enfermos y con los huérfanos. Algo más tarde dirigía con un desinterés sin límites la casa de San Miguel, inmenso establecimiento en que la juventud obrera se formaba para la industria y las bellas artes. Cuando la Providencia le hizo aceptar honores y por fin llegar al pontificado supremo, su corazón no cambió un punto. Él compartió con los incendiados de Limoges las limosnas que recibía de los cristianos, y nosotros mismos le habíamos visto vistiendo una sotana blanca que usaba ya de largo tiempo y á la que cuidaba mucho para poder dar algunos bocados más de pan á los indigentes de Roma.

Lo que hacía San Vicente de Paúl en París y Pio IX en el Vaticano, durante diez y ocho siglos lo han hecho y lo hacen todos los días millares de curas. ¡Y estos espíritus tan sosegados, tan aplicados al trabajo, tan juiciosos, tan firmes, serían crédulos fanáticos! Estos generosos imitadores del Dios de Caridad serían unos charlatanes! ¡Esto es mil veces imposible!

Lector, tú no lo crees de ninguna manera. Concluyamos, pues.

No se es verdaderamente hombre sino bajo condición de saber conducir el razonamiento hasta la conclusión.

Es imposible considerar al clero católico como una asociación de fanáticos ó de malvados: si el clero católico no es en su conjunto ni ignorante ni engañador, si *sabe la verdad y dice la verdad*, DEBE SER ESCUCHADO y la humanidad no puede esperar su destino, la feliz inmortalidad, sino bajo condición de conformarse á sus enseñanzas.

Hemos mostrado cuán razonable es escuchar al cura: vamos á demostrar cuán irracional sería escuchar á sus acusadores.

SEGUNDA PARTE

XIV

Los sacerdotes en paletó

La mirada menos atenta descubre ya en la sociedad, ya en el corazón del hombre, dos corrientes opuestas: busca la una á Dios, se le acerca, aspira á una unión completa y definitiva con Él; huye la otra de Dios, rompe las ligaduras que á Él le unen y sueña la independendencia, es decir, la separación absoluta de Dios, que es su soberano Maestro.

El Cristianismo integral, ó la Iglesia católica, obrando por medio de su sacerdocio, da plena satisfacción á la primera

de estas tendencias, en la que, por la obediencia y el amor, el hombre se une á su Criador, y cuantos le buscan con humildad y amor, escuchan desde luego las enseñanzas católicas. Pero el amor divino, más que otro amor cualquiera, necesita el sacrificio para disfrutarse. Si la fe católica promete una eternidad de dichas, exige en cambio una vida llena de combates, y sobre todo que el hombre, reconociendo espontáneamente su dependencia á su Criador, le obedezca como á Maestro y le ame como á Padre. Todo esto es justo, pero hierde los instintos de orgullo, de sensualidad, de egoísmo y de independencia, y hé aquí explicado por qué el vínculo bendito de la religión parece á una multitud de hombres una cadena insoportable, que conviene romper, si se quiere ser verdaderamente libre y dichoso.

Principiando por no amar á Dios, concluyen rápidamente en no servirle, y ¡hélos ya libres como el borrico del desierto! Solamente, en lugar del yugo de Dios, llevan el de sus pasiones; y tales

hombres, que resisten audazmente al Todopoderoso, son impotentes para resistir las tentaciones de la carne.

He abocetado el retrato de los impíos vulgares. De entre tal turba surgen hombres que se adjudican á sí mismos la misión de gobernar, disciplinándolos, á todos aquellos revoltosos. Nuestros excelentes compadres se han hecho interiormente esta reflexión:

«El instinto religioso es indestructible en la humanidad. Salido el pueblo del catolicismo, si se le abandona á sí mismo, volverá á él, como vuelve á la casa paterna el hijo pródigo, ó bien vendrá á ser parecido á las bestias feroces y dañino como ellas. ¿Por ventura no fuera un buen negocio fabricarle algunas religiones modernas? El pueblo ama lo que parece nuevo y tiene poca simpatía por lo que ata: sirvámosle, pues, según sus deseos. El nos escuchará, lo que es lisonjero, y comprará nuestros libros y se suscribirá á nuestros diarios, lo que es lucrativo. Aplaudidos y ricos, habremos conquistado al mismo tiempo la *honra* y

el *provecho*. Descendido más abajo que nosotros, desembarazado por nosotros de su conciencia católica, más dura que el acero, ya no nos menospreciará y nos llevará en triunfo y se dejará llevar y dará su sangre por la realización de nuestros designios. No perteneciendo ya á la Iglesia, pertenecerá por completo á los que hayan sabido adularle con habilidad.

»Su independencia intelectual y moral no tiene más defensa que su confianza en los hombres negros, que se atreven á proclamar la igualdad de los espíritus vulgares y los superiores ante la enseñanza bajada del cielo. ¡Fuego contra el clero!»

Y dispara toda, toda la mosquetería literaria.

Vosotros, caballeros, que vais tan heroicamente á la guerra contra el clero, permitid que os sometamos á una ligera inspección.

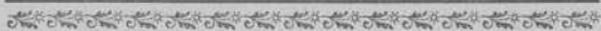
¡Nada tenéis que temer!... El sacerdote católico lleva un traje que le descubre á todas las miradas. Donde quiera que vuestras filípicas han excitado las pasio-

nes populares contra él, su tranquilidad, y hasta su vida, se ven amenazadas. ¡Qué de veces, gracias á vosotros y á vuestros predecesores, la sangre de un cura ha sido derramada por algún matón á quien sólo su odio al sacerdocio impelía!

El escritor anticlerical no lleva signo exterior que le dé á conocer. Reconociendo, no corre peligro alguno. Las poblaciones, dóciles á la voz de su párroco, no emplean la violencia contra los enemigos de sus creencias y de su clero. La redacción en masa de la *Opinion Nationale* y la de *Le Siècle*, y de muchos otros periódicos de su laya, pudiera atravesar la fiel Bretaña, sin tener que lamentar ni un rasguño.

Vuestra fortuna, bien lo sabéis, está tan segura como vuestra vida. Nosotros atacamos solamente vuestra reputación usurpada, porque la caridad, más bien que prohibírnoslo, nos lo exige. Cuando el lobo, cubierto con la lana del cordero, se introduce en el rebaño para devorarlo, es preciso gritar: «¡El lobo!» Cuando hombres hábiles, ambiciosos, emprendo-

res, poderosos, se presentan al pueblo como libertadores, y le quitan, con la fe de sus padres, la sola esperanza que no engaña y el solo consuelo que no falta jamás, nos conceden el derecho de preguntarles:—¿Con qué títulos afirmáis que se debe abandonar la cátedra del sacerdote católico y acudir á la vuestra? ¿Quién sois?



XV

Su ciencia

¡Nosotros somos *la ciencia moderna!*—
Está bien, caballeros: ¡sois la ciencia moderna, pero nosotros, los sacerdotes católicos, somos LA CIENCIA ETERNA! Existen muchos órdenes de conocimientos. Un gran químico puede no haber jamás abierto un libro de códigos y un jurisconsulto eminente puede ignorar hasta la nomenclatura de los elementos químicos. Los sabios universales son rarísimos. Cada cual sabe sólo lo que ha estudiado concienzudamente.

Para excitar al hombre al trabajo, le ha obligado Dios á investigar las leyes del mundo material y sus aplicaciones. Tiene, nuestra época, la dicha de poseer hombres eminentes en estas materias; pero la cuestión religiosa es de un orden diferente.

La cuestión religiosa es cuestión de hechos y cuestión de principios; es histórica y filosófica. La historia ó conocimiento de los hechos pasados reposa sobre los monumentos, los libros y la tradición. La historia del Cristianismo, siendo la más importante de todas, se apoya en innumerables monumentos, en libros escritos desde su origen y transmitidos de mano en mano con religioso respeto, y en tradiciones muy públicas, perpetuadas de un extremo á otro del mundo durante mil ochocientos años.

Cuando, después de esto, pasados ya cerca de veinte siglos, algún fugitivo de seminario, y que, aventurero, ha permanecido sólo algunas semanas en el país donde Nuestro Señor Jesucristo vivió, viene y nos dice: «Hasta que vine yo al

mundo nadie había entendido una *j* de la historia evangélica. Yo sé lo que Jesús hizo, dijo y pensó, mejor que los discípulos y los oyentes de sus apóstoles. Yo, á 1863 años de distancia, gracias á mis lentes de ateo, he visto mejor de lo que veían por sus propios ojos los contemporáneos del hijo de María;» evidentemente que tal fulano representa un ridículo papel. Pretende ser la encarnación de la ciencia histórica moderna: los hermanos tres puntos y sus amigos lo proclaman en todos sentidos y á voz en grito. Pero la verdadera ciencia histórica moderna, confirmando por nuevos descubrimientos los resultados asegurados por la ciencia histórica antigua, proclama con fuerza siempre creciente la verdad del Evangelio y la divinidad de la Religión, fundada, para el bien de los hombres, por el Hombre Dios.

. Son, pues, bien poco diestros los impíos de nuestro siglo.

Multitud de personas habían olvidado algo las pruebas históricas de la Religión. Muchos cristianos sabían la histo-

ria evangélica con suma vaguedad. Entonces, esos aturridos creyeron poder presentar, bajo el pomposo título de *ciencia moderna*, una historia desfigurada, esperando que, merced á las recomendaciones de una prensa cómplice, la muchedumbre la aceptaría confiadamente. Pero era tarde. No estamos ya en la época en que Voltaire y demás de su jaez mentían y calumniaban casi sin contradictores. Tenemos una prensa católica, y sabios católicos cuyo número aumenta día por día. Aun entre los mismos incrédulos, no son escasos los eruditos de incorruptible lealtad. La pretendida ciencia moderna ha sido cogida en sus lazos. La novela de Mr. Renán ha hecho que por doquiera se leyeran los verdaderos Evangelios, y la fe en Nuestro Señor Jesucristo ha sido por todas partes reanimada.

Han querido ellos *trabajar* los hechos brillantes sobre los que la Religión se apoya. Los hechos han resistido. La roca permanece intacta: sólo los martillos de los demoledores han sido los que se han roto.

Es facilísimo, para una pluma atrevida, anunciar que en un cierto libraco ha descubierto que el Hombre Dios no resucitó realmente; como en el año 3887 será fácil afirmar, sacándolo de otro libraco, que Napoleón no dió la batalla de Austerlitz.

Lo difícil es lograr que se acepten semejantes bufonadas.

Caballeros de la ciencia moderna: sabed bien que cuando la predicación del Evangelio empezó, tropezóse en nuestro planeta con hombres tan expertos y con críticos tan inteligentes como vosotros: estabase en el gran siglo de Augusto. Los sabios de Roma, de Grecia y del mundo entero, no hubieran aceptado el yugo severo de la cruz si no hubiesen existido pruebas *evidentes* de la verdad de las narraciones apostólicas. Barato os sale á vosotros el permanecer librepensadores. A ellos había de salirles caro el convertirse al cristianismo. De ahí se deduce, pues, que abrieron bien los ojos; que examinaron detenidamente si sería posible rechazar, en nombre de la razón,

el yugo de la cruz; que conocieron y pesaron los argumentos del Cristianismo de los alejandrinos y otros heréticos; que se esforzaron en ir á la Iglesia católica, como se esfuerzan todos los días aquellos que de entre vosotros se deciden por ir á confesar; es decir que obraron pura y exclusivamente por su propio impulso.

Si la historia evangélica no hubiese sido cierta, las pasiones humanas que tan vigorosamente combate no hubieran aguardado al siglo XIX para derribarla. Si la historia evangélica fuese sólo una fábula, vosotros, hombres de tanto magín, poseeríais contra ella algunos argumentos sólidos y no os hubierais visto obligados á aceptar como de texto esa novela que, basada en la falsificación de documentos históricos, ha venido ha ser objeto de risa para el mundo sabio.

¡Pero vosotros volvéis á regoldearos en la filosofía!—La filosofía es la ciencia de los principios. En nombre de esta ciencia hacéis aplicación á los dogmas cristianos de la elección arbitraria que en

nombre de la historia imponéis á los hechos: cada uno de vosotros compone, para uso de las generaciones futuras, un cristianismo razonable. No puedo entrar con vosotros en una discusión de detalles, por otra parte innecesaria. Siendo la razón una facultad del hombre, ha existido en todos los tiempos y sería difícil demostrar que de ella están desprovistos los católicos actuales. Los católicos, y sobre todo los sacerdotes, han tenido siempre una viva inclinación á los estudios filosóficos: á ellos se emplea un tiempo considerable en los seminarios. Si nuestra religión hubiera sido filosóficamente absurda, sea en su conjunto, sea en algunas de sus partes, no hubiera precisado aguardar vuestras publicaciones para notarlo. Después de algún tiempo nuestros dogmas hubieran desaparecido arrastrando los preceptos y el culto en su ruina. Una religión que ha civilizado el mundo, que ha reinado sobre las naciones más civilizadas y que permanece después de diez y ocho siglos, no puede ser una religión absurda. Si el razonamien-

to hubiese podido perjudicarla, serían hoy inútiles vuestros labios.

Comenzad por entenderos vosotros mismos; por formular claramente y demostrar con limpieza los artículos de vuestro *Credo*, y examinaremos entonces vuestras pretensiones.

Por lo que toca á vuestra incrédula ciencia, tengo, al fin, mis buenos señores, una postrera preocupación, ó, si queréis mejor, un último escrúpulo. Sé perfectamente cómo se las componen los sacerdotes católicos para estudiar á fondo la cuestión religiosa, pero no conozco de igual manera la naturaleza de vuestros estudios religiosos. ¡Escribís sobre tantas cosas y escribís tanto! (¡Si por lo menos pasarais los días y las noches en una austera soledad, rodeados de libros!) Vuestros mismos jefes de fila, los Jourdan, los Bedolliere, los Renán, los About, tienen con frecuencia descuidos tan notables, ignoran tan cándidamente cosas que una cocinera católica sabe perfectamente, que nosotros, sinceros, nos hacemos involuntariamente esta pregunta:

«Los grandes escritores de la incredulidad, ¿se limitan, quizás, á pillar, de paso, las viejas diatribas de escritores cien veces convencidos de ineptitud, de falsedad y de impudencia? Y su ciencia, ¿será acaso una simple ciencia de *copistas*, más celosos que eruditos?»

Nosotros, los curas, leemos con atención las efímeras producciones de nuestros contradictores, las citamos con exactitud y las combatimos lealmente. ¿No podríais dispensar el mismo honor á la venerable doctrina que han aplaudido, amado y practicado sesenta generaciones sucesivas?

Pero no lo hacéis. No aceptáis la lucha: á los católicos que os provocan á una discusión pública, seria, respondéis con un silencio más prudente que valeroso.—¿Por qué?

¡Recientemente habéis tenido una ocasión tan propicia! Uno de vosotros, redactor de los *Débats* y de la *Revue des Deux-Mondes*, gran dignatario de la Francmasonería, etc., había dado al público un libro, cuyo éxito debía invali-

dar al sacerdote católico y reducir á polvo las Iglesias. De todas partes, entre nosotros, se levantó un tremendo grito, no de miedo, pero sí de indignación.

Pronto á los gemidos del cristiano ultrajado en su fe sucedió una estridente tempestad de silbidos. Miembros eminentes del clero católico contestaron enérgicamente á los incalificables medios usados por el insultador de Cristo.

¿No era aquel el oportuno momento para demostrar, *textos en mano* y en una argumentación contradictoria, que el Obispo de Nimes no sabía el hebreo? que el P. Gratry, al ocuparse de lógica y sofística, confunde lastimosamente la una con la otra? que Mr. Freppel y el abate Meignán ignoran el estado de la Exégesis en Alemania? que, en fin, la intolerancia clerical, emplea ella, la primera, los procedimientos poco delicados que reprocha en los demás?

El autor, con el desdén trascendental de una liebre que huye por menosprecio á los sabuesos que se acercan, ha guardado un estoico silencio, y sus com-

padres, con casi absoluta generalidad, le han imitado.

¡Oh! ¡Cuán caritativos sois, señores librepensadores!...

XVI

Sus obras

Así como en nuestros días los escritores anticatólicos estudian poquísimo el catolicismo á quien combaten, por ignorancia ó por malicia desfiguran también su historia y exponen del todo transformados sus principios. Cuando se trata de religión tienen toda clase de derecho á renunciar al título de sabios.

Del examen de su ciencia pasemos al de su vida. A ello nos obligan ellos mismos, pintándonos como seres movidos por la ambición y el interés.

¿Cuáles son, pues, los móviles de esos bravos Cincinnatos del folleto?

Durante algunas horas, todos los días, sentados en un blando sillón, con el cigarro en los labios, escriben con vertiginosa rapidez frases humanitarias, pagadas á tanto la línea, según una tarifa proporcional al rendimiento presumible de su prosa. Hecho esto, y esto está listo en un santiamén, procuran darse la gran vida. «Algunos conozco,—dice Jacobo Bonhomme,— y lo poco que de ellos sé me basta para guardarme de considerarlos como oráculos. Se les ve fumar en el boulevard, probar todos los licores de los cafés, elegir los restaurants más en boga; van al bosque de Boloña en carruaje y frecuentan los teatros. En una palabra, salvo el tiempo que emplean en escribir, y no es este el trabajo que mejor les emplea, sólo les veo divertirse mañana y tarde, y llegada la noche no quisiera yo seguirles á todos muy de cerca, porque sería indiscreción» (1).

(1) ¿Cómo, pues,—decía alguno no há mucho,—la hija de M* (celebridad anticlerical de las más nota-

Que se diviertan si tal es su gusto: nada nos importa. Que tengan perros, caballos y enredos; que vivan en consecuencia con sus principios, y que, contando poco en la otra vida, busquen con avidez los placeres de ésta: no iremos á turbar sus fiestas. Pero, ¿cómo se las componen para no conocer que en sus labios y en su pluma la pretensión de juzgar, de criticar y de corregir la religión es tonta y ridícula? Una costurera,

bles) ha concluído separándose de su esposo? «¿Quizás,—se repuso,—M* habrá elegido un yerno de su especie?» La mayoría de estos moralizadores de la familia viven de la familia alejados, no ven en la mujer más que un instrumento de placer y un estorbo en los hijos: guardan, pues, el celibato, para disfrutar mejor, mientras que el sacerdote lo guarda para servir mejor. Si por ventura se casan, ¡que de tormentas en aquellos hogares de los que Cristo y su sacerdote han sido ahuyentados! Con justicia se juzgan á sí mismos cuando se dan el nombre de *bohémios*.

Y porque estos *bohémios* saben lanzar en sus escritos, sobre una trama profundamente licenciosa, algunas pajitas de moralidad teatral, muchos millones de franceses les escuchan con la boca abierta y lágrimas de enternecimiento en los ojos. ¡Oh credulidad de los incrédulos!

disertando sobre el perforamiento del San Gotardo, ó el canal de Suez, sería menos bufa que las nueve décimas partes de esos escritores discutiendo, algunas horas después de una excelente cena, el dogma de la vida futura, el precepto de la mortificación, ó la utilidad del poder temporal del papado.

Vuestra religión, sublimes educadores de la humanidad, es conocida y practicada muchísimo tiempo há. Cada cual puede aprendérsela solo. Vivir para el deleite, como el bruto, á fin de satisfacer plenamente los apetitos de la carne; cubrir tan grosero sensualismo con un barniz de filantropía para halagar al orgullo del espíritu; *adorarse á sí mismo*, en suma: no hay necesidad de vuestros libros para llegar á tanto; bastan los malos instintos de nuestra naturaleza.

Pero, sin que seáis dignos de la cuerda, no obráis el bien lo suficiente para tener el derecho de dar lecciones al clero católico. Fuera de unas cuantas suscripciones fastuosas, ¿dónde están vuestras limosnas? La vida elegante y comfortable

que lleváis no os permite, y lo creo perfectamente, hacer más de lo que hacéis. Yo busco, sin hallarle, el Vicente de Paúl de los periodistas. Son conocidos muchísimos sacerdotes que para fundar un hospital, para dar un asilo á la infancia abandonada, han sacrificado su exiguo patrimonio y se han impuesto las más duras privaciones. Clerófobos: ¿hacéis otro tanto? El pueblo os conoce solamente por vuestras frases y conoce al sacerdote por sus sacrificios.

Por la mañana, mientras reposáis de las fatigas de una noche de placer, el sacerdote, que quizás ha velado junto al lecho del agonizante, va á la iglesia, donde ruega por los que no ruegan nunca. Poco después, en el dichoso confesionario, contra el que disparáis vuestros dardos más mordaces, anima á la perseverancia á la obrera indigente ó á la humilde doméstica, que un lector de vuestros escritos asedia con lúbrica asiduidad; inspira la paciencia á la madre de familia que ve el porvenir de sus hijos disipado por un marido partidario.

de vuestra moral; arranca del vicio al pobre niño á quien uno de vuestros corifeos acaba de revelar los tristes secretos del mal con la libertad de sus palabras. Más tarde, á la hora en que tomáis el camino del café, toma él el de la casa en que hay penas que compartir y lágrimas que enjugar. Cuando vosotros partís para un paseo delicioso, él se encamina á la choza ó á la cabaña del pobre. Por la noche los bolsillos de ambos estarán vacíos; pero él con su modesta pieza de plata habrá sacado una lágrima, y vosotros, con vuestro oro, habréis gozado y nada más.

Es en vano que nos mostréis aquí ó allá cinco ó seis curas avaros ó viciosos: no podéis impedir que la muchedumbre se aperciba de que para los pequeños de este mundo, para su instrucción, para su bienestar, para su dignidad, para su inmortal porvenir, hacen los sacerdotes católicos cien veces más de lo que hacéis vosotros. Os servís del pueblo, al que aduláis porque os enriquece. El cura sirve al pueblo, al que no adula poco ni

mucho, porque le ama con amor sincero.

El arzobispo Affre yendo espontáneamente á las barricadas, seguido de sus vicarios generales, para afrontar la muerte por su rebaño; y Mr. Ledru-Rollín saltando prestamente por el postigillo para poner en salvo su preciosa vida, mientras que en las calles millares de hombres sucumbían por haberle escuchado, hé aquí, oh pueblo, al escritor humanitario que derrama voluntariamente su tinta, y al sacerdote que sabe derramar su sangre!

XVII

Los periódicos

En los pasados tiempos, llamados los felices tiempos antiguos, no existía ni telegrafía eléctrica, ni ferrocarriles, ni conscripción, ni exposiciones universales; pero aventajaban á nuestra época en que podía vivirse más equitativamente. El hombre, con poco dispendio, se procuraba habitación, vestidos y alimentos. Dábase por feliz con esas tres cosas, y aguardaba pacíficamente la gran felicidad y la opulencia inmensa de la eternidad. Hoy las habitaciones, los vestidos

y los alimentos cuestan caros, y para colmo de desdichas es preciso añadir tres otras cosas, no menos indispensables: el café, el tabaco y el periódico. Y es tanto el dinero que se emplea para las dos primeras de estas necesidades modernas, que los presupuestos de los Estados perderían totalmente su equilibrio si de momento la universalidad de los ciudadanos se acomodase á vivir como sus padres, sin tabaco y sin café. El periódico es una necesidad contemporánea tan imperiosa como sus dos compañeras. Como á un héroe de abnegación se citaría, y se le designaría como á digno de un premio Montyón, al hombre que para disminuir las privaciones á su familia sacrificase el café, el tabaco y el diario, ó solamente uno de los tres.

Dejémonos del café y del tabaco, con los que nada tenemos que ver directamente. Se puede, por otra parte, usar de ellos con moderación: sólo su exceso es digno de censura. Detengámonos en el diario.

Todos los días, con la rapidez de la

flecha y la regularidad del reloj, la administración de Correos lanza sobre toda la superficie del territorio grandes rectángulos de papel ennegrecido recientemente. El suscriptor recibe su periódico.

Así, cada día, el mismo hombre ó la misma asociación de platiqueros adoctrina, á la misma hora, á millares de franceses esparcidos desde Dunkerque á Bayona y de Niza á Quimper Corentin. El diario viene á ser, de este modo, una máquina de poder moralmente irresistible. La gota de agua que cae sin interrupción sobre la piedra concluye por desgastarla. Por esto habrá apenas un cerebro, fuerte como el diamante, que resista á esa lluvia cotidiana de alegatos variados y hábiles en favor de la misma causa.

Debe de antemano saberse que un diario no es otra cosa que un informe sin fin en favor del mismo sistema. En él se habla mucho de imparcialidad á pesar de que se la practique rara vez. Se ha preconcebido una idea y todo debe tender á ella: la verdad si guía al objeto de-

seado; la mentira si la verdad no conduce á la idea.

Hace algún tiempo que, en una librería, uno de nuestros amigos halló un desconocido, ocupado en vender libros de piedad al propietario del establecimiento.

—Debierais,—dijo el librero,—guardar esto para vuestra esposa y para vuestros hijos.

—¡Bah! yo hago dinero de todo.

A lo que repuso nuestro amigo sonriendo:

—Pero no de vuestra conciencia, por lo menos.

—De ella como de lo demás, caballero, porque yo soy periodista.

Y partió.

Queremos creer que no todos los periodistas librepensadores ratificarían tan cínica respuesta, pero sabemos de más de uno que, mediante retribución proporcionada, pleitea alternativamente el pro y el contra bajo nombres supuestos; y cada temporadita el honrado público admira la incomparable elasticidad de

conciencia con que un periodista, pasando de una redacción á otra, modifica y cambia sus convicciones.

El suscriptor ignora con cuánta docilidad los que así se llaman escritores independientes obedecen al comité de redacción, cual comité recibe el santo y seña del banquero judío que, propietario del periódico ó de los fondos, lo es, por consecuencia, de todas las plumas que cultivan tal barbecho, para obtener en él la fortuna de los redactores. A su vez el banquero judío ha recibido, en los tenebrosos conciliábulos de la Francmasonería, instrucciones de algún déspota desconocido, á las que debe someterse escrupulosamente.

Si, pues, por casualidad, un periodista, tiene conocimientos exactos de las materias que trata; ¿cómo, á través de tantos obstáculos acumulados, podrá la pobre verdad llegar á ver la luz?

¡Ejemplo reciente, mordaz, notorio, memorable! Poco há que un muy conocido académico, Mr. el Príncipe de Broglie, llevó á la *Revue des Deux-Mondes*

un artículo, en el que señalaba muy cortésmente, según es su costumbre, algunas de las innumerables falsedades que esmaltan la famosa *Vida de Jesús*. El director, Mr. Buloz, no quiso reconocer á su redactor y le dió con la puerta en las narices. Entonces, personajes tan respetables como Guizot y Saint-Marc Girardin se interpusieron en nombre de la imparcialidad. ¡Tiempo perdido! Mr. Buloz ha jurado que ni un solo rayo de verdad cristiana verá la luz en su revista. Mr. Buloz ha decidido que uno y otro hemisferio han de admirar la novela de Renán bajo la palabra del turiferario Havet. ¡Y, quizá hoy por hoy, algún lector persa de la *Revue des Deux-Mondes* se imagina que el gran Renán no ha sido contradicho, y lo que es más, que no puede serlo en manera alguna!

En otra ocasión, el *Journal des Débats*, sí, el atildado y solemne *Journal des Débats*, trataba á Mr. Wallon de una manera igual á la que empleó la *Revue des Deux-Mondes* con el Príncipe de Broglie, como todos los días la *Independance Belge*, el

Siècle, la *Opinion Nationale*, etc., etc., tratan á sus contradictores católicos.

Siguiendo este sistema, el periódico librepensador acaba convenciendo á sus suscritores. Cedamos ahora la palabra á un observador competente. En una carta al *Grand Journal*, fechada en 6 de marzo de 1864, Alfonso Karr cuenta la siguiente anécdota:

«Recuerdo que en una época en que habitaba en las costas del Océano, el maestro de escuela de una pequeña población vino á suplicarme le prestase alguno de mis periódicos. Por un sentimiento mitad egoísta, mitad irreflexivo, mandé entregarle todos los días aquel que yo menos leía. Era este uno de los más apasionados, violentos, excesivos. Pasado ya algún tiempo, encontré al buen hombre por la playa y quedé admirado de las ideas falsas, absurdas, implacables de las que se había su espíritu impregnado: estaba envenenado por completo.»

Una vez envenenado el espíritu, sobrevienen las consecuencias naturales.

En el momento en que esto escribimos, un anciano sacerdote acaba de ser abofeteado por un obrero, en mitad de la calle, en Bruselas.

¿Qué había hecho el venerable anciano para merecer tal ultraje?

Ni siquiera la sombra de una imprudencia. El obrero no le conocía. Pero, oíd, lectores de qué manera se justifica el miserable, se vanagloria, toma una actitud heroica: «*Había dado palabra de maltratar al primer cura que encontrara: por lo demás, si así os conviene, haced que me lleven preso.*» Por esta vez, la anticlerical *Indépendance Belge*, ha reprendido al culpable, ó, mejor dicho, al desalmado. Pero ¿morigerará á alguno de sus lectores? Se escribe ó se propaga *El Judío Errante*, *Mlle. de la Quintinie*, *El Maldito*; se excita al pueblo en los teatros, en los que, en la forma más propia para impresionarle vivamente, la Religión y el Sacerdote son odiosamente desfigurados; se pinta á los representantes del Dios de caridad como enemigos del género humano; y cuando ya se ha con-

vencido al pobre pueblo de que los hombres negros son unos hipócritas, fanáticos, malvados, enemigos de la clase trabajadora, tienen el atrevimiento de fingir que se asombran y se irritan cuando un sacerdote recibe un insulto...

¡Tartufos de la pluma, sois más criminales que los perdidos que abofetean á los curas de blanco cabello, más criminales que los ciegos agentes de las sociedades secretas que aguardan la hora favorable para acuchillarnos! Porque ellos son ignorantes, ellos sufren, y son excitados por vosotros; triple circunstancia atenuante. Vosotros poseéis alguna instrucción, ganáis mucho dinero y os excitáis á sangre fría; triple circunstancia agravante. El hombre de blusa que nos insulta después de haberse embriagado con vuestros artículos, como con un vino espumoso, cree obrar como un buen ciudadano, y no es él quien ante el tribunal de Dios llevará la más pesada responsabilidad. Es culpable, no obstante, ¡vaya si lo es! porque no debía leerlos.

Nosotros comprendemos perfectamen-

te que vosotros, hombres de las clases trabajadoras, no podéis censurar por vosotros mismos las atrevidas afirmaciones de los periodistas que os engañan. Os precisaría mucho tiempo vagativo, y los días se os pasan entregados al rudo trabajo. Pero la Providencia os ha dado una señal: para saber lo que vale la filosofía religiosa de un diario, examinad su actitud ante las leyes de la moral.

Ved ahí lo que enseña la experiencia. Cuanto más un diario (lo mismo puede decirse en un libro) se muestra hostil á la Religión Católica, tanto más se muestra en pugna con la moral: cuanto más respeta las leyes eternas de la moralidad, tanto más respeta la Religión.

Vuestro diario engolosina á sus clientes con novelas inmorales, en las que del principio al fin se ostentan bastardías y adulterios, mujeres perdidas dotadas de toda clase de talento y de todas las virtudes, y mujeres honradas estúpidas y simples; canalla que triunfa, fugitivos de presidio heroicos, el crimen glorificado bajo las formas más seductoras y

atractivas; llamamiento incesante á los malos instintos que cada cual halla en sí, pero que todos, para permanecer honrados, deben reprimir en sí.

Vuestro diario desarrolla con marcada complacencia la crónica infame del *demi-monde*, en que la corrupción insolente devora vuestras hijas, coronadas un momento de ignominia, para caer muy luego en el cieno y morir en él desesperadas.

Vuestro diario enseña todos los días á no amar á otro que á sí, á no amar en sí más que la parte baja del hombre, la carne, y en ella satisfacer los caprichos presentes á expensas del porvenir.

Vuestro diario acelera en vosotros la fiebre del oro, la de la voluptuosidad, la del orgullo.

Vuestro diario acaricia, como una sirena, vuestros malos instintos; os excusa las más vergonzosas debilidades y os tolera evidentes infracciones á vuestros deberes.

Tales periódicos son evidentemente indignos de vuestra confianza. Vuestra

conciencia, que se subleva, os advierte el peligro que corréis. No digáis: «Este diario es más barato que aquellos que respetan la religión;» porque el veneno resulta siempre carísimo.

No digáis tampoco: «Los diarios que respetan y defienden la religión son menos amenos.» El salvaje de las selvas americanas podría responderos: «Hermanos, el agua de las fuentes es menos agradable á los labios que el aguardiente; pero éste daña, y aquélla refresca y vivifica.» El periodista, hombre de bien que se abstiene de criticar lo que desconoce, y el periodista cristiano proclamando la verdad que posee, evitan hacer vibrar ciertas fibras y especular sobre ciertos instintos. Por esto *emocionan* menos á sus lectores. Pero en esta especie de inferioridad está su honra y vuestra seguridad. ¡Ay, lector! no necesitas, no, las seductoras bellezas del vicio. Bueno, pero débil, tienes necesidad de ser alentado en la práctica de la virtud. Es de lamentar que no abunden más los periódicos buenos y de poco precio. Esta

laguna empieza, no obstante, á llenarse, apareciendo á menudo nuevas publicaciones semanales, sanas, interesantes é instructivas. De todos modos, mejor es no leer periódico alguno, ó leer uno insignificante, que perderos por la lectura de un diario impío.



XVIII

Cañón rayado de los artilleros de escritorio

¡Ojalá pudiera yo proporcionar á mis lectores aquel maravilloso anillo del que se dice que hacía invisible al que lo llevaba, é introducirlos misteriosamente en los consejos donde se elaboran las obras del periodismo anticlerical! Tengo para mí que recordarían la fábula del buen Lafontaine, *Les bâtons flottant sur l'onde*:

De lejos parecen algo...
Mas ¡de cerca!

Aquí un bravo notario de Normandía, más práctico en la lectura de contratos, arrendamientos y otras actas que en la del catecismo, que quizá no ha sabido nunca pasaderamente; allá un pelotón de san-simonianos, falansterios, icarios y otros utopistas que en su ruina se acogieron á un periódico cualquiera; un poco más allá algunos escapados de seminario, que bebieron apenas dos ó tres sorbos en las puras fuentes de la ciencia religiosa; en la reserva uno ó dos secularizados, que saben algo más que los anteriores, pero á los cuales la vergüenza sofoca y la cólera ciega; como escopeteros un enjambre de bachilleres siempre jóvenes, aprendices en la prensa, á quienes atraen los chismes y cautivan los papanatas; Havín, siempre serio; Jourdán, el inagotable creador de religiones y de operaciones financieras; Guérault, brillante estrella, en otro tiempo, del firmamento sansimoniano; About, *l'enfant terrible*, rencoroso aún con el pequeño seminario y el Vaticano, que le han sucesivamente desconocido: hé aquí, con algunas otras

plumas del mismo calibre, el batallón anticlerical.

En verdad que nada tienen de fuertes, y no obstante y por ello son peligrosos.

Primero, porque halagan las pasiones populares, y con tal motivo están excusados de razonar lógicamente para persuadir á sus lectores.

Segundo, porque hablan mal de la religión y de los curas. El mal es siempre más creído que el bien. Cuando se difama, las citas más vagas son las mejores, y por esto la táctica favorita de los clerófobos no consiste en formular contra tal ó cual sacerdote imputaciones precisas, sino en presentar al clero en masa como enemigo de la civilización moderna.

Pero tal insinuación, que tiene éxito, está dotada de una desvergüenza singular.

Lo hemos hecho ya notar al principio de este opúsculo: la civilización pagana, fundada en la tiranía de los fuertes y la esclavitud de los débiles, se ha derrumbado después de cuatro mil años de du-

ración. Los incrédulos, como Gibbón, los protestantes, como Guizot, convienen en atribuir el feliz cambio que ha experimentado la predicación del Evangelio al Sacerdocio católico. Si el Sacerdocio católico ha sido, desde su origen, y por espacio de tantos siglos, el iniciador de la civilización moderna y del progreso, ¿con qué razón le volvería hoy la espalda?

¿Qué progreso puede desagradarle?

¿El progreso material?—Los pobres, sus hijos, aprovechan de él y él mismo el primero, pues tiene habitación más sana, viaja con mayor rapidez, viste con más facilidad y vive más cómodamente.

¿El progreso artístico?—Tal progreso es poco sensible hace algunos años; pero el progreso de las artes, si existe, alegrará el corazón del sacerdote, porque obtendrá como consecuencia precisa y natural la belleza del santuario, uno de sus deseos más vehementes.

¿El progreso moral?—Toda la vida del sacerdote á él está dedicada, pues si tiene, á menudo, furibundos enemigos,

precisamente á la energía con que ha trabajado para tal progreso lo debe. La historia de Nerón, condenando al apóstol Pablo por haber guiado á su concubina hacia la vía del progreso moral, se renueva todos los días entre nosotros. Tú, leal obrero, no sabes la razón por que tal rico, tal sabio, tal que ocupa una elevada posición, difama al cura que ha dirigido á tu hija para hacer la primera comunión. El sacerdote en manera alguna te lo dirá: herido en la sombra por una mano dos veces criminal, sabrá callar y morir mártir de su deber sacerdotal y del secreto de la confesión. Pero lo que no te dirá el cura lo sabe tu hija perfectamente. Sí: el sacerdote es el instrumento providencial del progreso moral. Cuanto más un libertino se hunde en la depravación, tanto más crece su enojo contra el sacerdote: el día en que quiere volver á la virtud, toma el camino del tribunal de la misericordia en que el cura le aguarda. ¿Qué puede darse más significativo?

¿El progreso de las luces?—El mundo

entero estaba sumergido en las tinieblas y las sombras de la muerte, cuando el sacerdote le trajo la luz evangélica descendida de lo alto. Hasta las mismas ciencias humanas han sido, en todos los siglos, cultivadas con entusiasmo por el clero. A él únicamente debe la Europa moderna la conservación de las obras maestras de la antigüedad, despreciadas largo tiempo por la sociedad laica. Apenas ha comenzado á llenar entre nosotros las grandes lagunas que establecerá la persecución revolucionaria, cuando empieza ya á mostrar al mundo sabios de primer orden.

Antes que nosotros lo ha dicho un eminente publicista: coloca, amigo lector, en una línea paralela los funcionarios de la sociedad laica y los miembros del clero, los gobernantes y los obispos, los alcaldes y los párrocos, los empleados y los vicarios, y haz la comparación.

¡Y la instrucción popular! Por espacio de gran número de siglos, el clero, solo, supo con profusión admirable extenderla. Hoy por hoy suscita y sostiene las

vocaciones religiosas que dan á la infancia pobre el doble beneficio del ejemplo de una vida virtuosa y de una instrucción sólida. El clero, tanto por lo menos como los librepensadores, quiere que la juventud sepa leer. Pero el clero enseña la lectura y la religión al paso que los librepensadores enseñan la lectura y el indiferentismo. Hé aquí el secreto de su saña contra la educación *clerical*. Jamás ha visto á mal el clero la propagación de los conocimientos humanos: y si á menudo se ha visto obligado á combatir ciertos establecimientos laicos, lo ha hecho por la razón de que el espíritu que los animaba, era, á su vez, un espíritu irreligioso.

¡Ah! nosotros sabemos perfectamente que una sociedad ignorante no tarda en ser una sociedad corrompida; nosotros combatimos el error que envenena, pero no combatimos jamás la ciencia que eleva el espíritu y ennoblece el corazón; nosotros queremos el reinado de Dios sobre la tierra, y por esto queremos el progreso en todos sentidos, la perfección

misma, en lo que sea realizable en este mundo!

¡No obstante, queremos dar al agravio de nuestros enemigos su forma más seductora: *Los curas, dicen, salvo insignificantes excepciones, son hostiles á los grandes principios del 89!*

¡Ay! *los grandes principios del 89* tienen la inmensa desdicha de ser una expresión vaga, empleada con igual entusiasmo por tantos individuos de opiniones diametralmente opuestas que no se puede, en verdad, sobre este particular, razonar con fijeza. Lo que no se nos podrá negar es que la mayoría de los adoradores de tales *inmortales principios del 89* los oponen á los principios eternos del Evangelio. Los legisladores que los formularon en la célebre *declaración* tuvieron la intención muy positiva de que substituyeran al Decálogo revelado, relegado por ellos al olvido. Desde entonces se comprende con cuántas precauciones, con cuánta repugnancia debía el clero mirar los *inmortales principios* tomados á bulto y sin comentarios.

Pero, dejando aparte estas palabras irritantes, vamos al fondo de las cosas.

¿Qué quiere el pueblo?—El reinado de la justicia y de la caridad.—¿Acaso el sacerdote quiere otra cosa?

¿Qué quiere el pueblo?—Una honesta libertad.—El sacerdote detesta tanto ó más que el pueblo los excesos del despotismo, siempre funestos á la Religión, contra la cual indispone cuando la protege, y á la que comprime cuando está de ella descontento.

¿Qué quiere el pueblo?—El bienestar de las masas.—El clero desea el bienestar de las masas. ¿No es, por ventura, en general, hijo del agricultor y del obrero? La familia laboriosa, aquella es su familia y le es imposible no amarla.

No hay absolutamente una medida ventajosa á los intereses populares por la que el sacerdote no se interese. Con sus cortos recursos, y á pesar de la desconfianza y la oposición, ¡cuánto bien hace á su alrededor! Sus enemigos saben porque no le hace en mayor escala.

Pensad en ello, infortunados á quienes

explota el librepensamiento. Para dedicarse por entero á vuestra felicidad presente y futura, el cura ha hecho para siempre el más costoso de los sacrificios... Solitario en su habitación no puede tener otro consuelo que el de ver á su rebaño feliz y reconocido bajo su cayado. La prosperidad pública es su sola felicidad, la gloria del pendón nacional le es cara, y entre los elementos tan diversos de la civilización contemporánea sólo tiene anatemas para el vicio y los placeres criminales que son sus infames orígenes.



XIX

¡Basta de hombres negros!

Lector, supongamos plenamente realizados los deseos de los librepensadores. La vista de la sotana no fatiga más su mirada, los hombres negros están ya bajo tierra, las campanas están mudas, el púlpito silencioso, el confesionario desierto, los altares cubiertos de polvo. Ya no hay sacerdotes, y poco tiempo después tampoco hay católicos. La fe está muerta: sólo la razón impera en todas partes.

¡Destruyeros, destruid! Estáis generalmente persuadidos de que el pueblo

tiene necesidad de una religión cualquiera. A un soldado que parte para la guerra precisa darle, no un fusil de palo, sino un verdadero fusil que pueda cargarse y que dispare. En religión exigís menos: una sombra de verdad creéis de que es ya suficiente. Pero, aun así, esta sombra precisa. ¡A la obra pues! dotad al siglo XIX de una religión. ¿Qué le ofreceréis?

¿Se verá acaso á La Revelliere Lepaux, el teofilántropo, rejuvenecido en M. Havin, revestirse con el traje blanco y el cinturón tricolor para entonar himnos soporíficos á la buena Naturaleza y recitar á una turba congregada los artículos del *Siècle*? ¿Retrocederemos á las cándidas fiestas de la Juventud, de la Agricultura, de los Esposos, de la Soberanía del pueblo y de la Vejez, ha tiempo abolidas por la chifla y los licenciosos dicharachos de las verduleras? ¿Mr. Guéroul usará de nuevo su túnica escotada y su cinturón de cuero y la toca coqueta de Menilmontant? ¿La diosa Razón, en traje corto, reaparecerá en la plaza pública? ¿Los ga-

rabatos misteriosos del espiritismo, que han hecho perder la razón á tanta gente, reemplazarán la clara luz de la revelación evangélica? ¿El templo católico será transformado en taller masónico, accesible, mediante juramento, á los bодоques de todos matices, con tal de que no sean pobres (ya que esta sociedad de beneficencia exige de sus miembros que tengan medios para ser benefactores)? ¿O bien, para mayor simplicidad, se dará la preferencia á la religión de los solidarios que consiste en estas tres cosas: negar á Dios, morir como un bruto y hacerse enterrar sin oraciones?

Entre todas las locuras anticristianas y antisacerdotales de nuestra época, la más sólida es la francmasonería. Se extiende de un hemisferio á otro; está dotada de una flexibilidad tal que le permite aceptar todos los compromisos; evita los excesos demasiado repulsivos y las exigencias absolutas de las sociedades más radicales: alista con habilidad suma un gran número de personajes distinguidos; hace al cristianismo una guerra moderada en las formas aun-

que muy ensañada en sus intenciones; confía vencerle y ser su sucesora. Lo que ha hecho por Renán, el ateo declarado, y por Garibaldi, nombrado gran maestro de Italia, permite entrever los designios que se elaboran en sus tenebrosos conciliábulos.

A la cruz, la francmasonería sustituirá la escuadra. ¿Y después?... La cruz enseña las virtudes, produce el desprendimiento, consuela en los dolores, engendra esperanzas. La escuadra dice á los hombres que son iguales en derecho; pero la experiencia les demuestra su desigualdad en hecho. Ante este brutal símbolo ¿pensáis que los que más tienen se abajarán y se despojarán voluntariamente hasta el perfecto establecimiento del equilibrio? ¡No! pero los peor librados, por la fuerza ó la astucia, procurarán adquirir esta igualdad. Es cuestión de tomar á los hombres tales como son. Con la cruz, el egoísmo no está completamente vencido: concedido. Con la escuadra reinará exclusivamente. Y así, por una consecuencia inevitable, las miserias del paga-

nismo volverán á desolar la tierra, porque el paganismo no fué otra cosa que el *egoísmo servido por la fuerza* en un reducido número de seres, y en el resto, obligado por la fuerza á la desesperación.

Un hombre, que no es ni sacerdote ni católico, Mr. Guizot, ha dicho: *Para su bienestar moral y social conviene que Francia vuelva á ser cristiana, y no puede volver á ser cristiana sino permaneciendo católica.* Porque en efecto, después que un pueblo ha tenido la dicha de conocer y practicar la religión perfecta, no puede satisfacerle otra religión, cualquiera que sea. Si abandona al catolicismo, se despeñará hasta el abismo de la impiedad.

Un hombre sin Dios, un hombre que no conoce su Creador, que no le teme, que no le ama, es un ser bien miserable. No ha sacudido el yugo de la religión sino para caer bajo el del orgullo, de la ambición y de la voluptuosidad. A pesar de esto, casi siempre guarda en su corazón algún resto de educación religiosa, y algunos sentimientos elevados sobre-

viven en él á la ruina de las creencias de que son origen. Su madre, su esposa, sus hijos, adoran y rezan á su alrededor, y su fuego calienta algo aquella alma adormecida... Pero una sociedad sin Dios!!! La hemos ya visto en 1793: en nuestros días el falansterio ha probado de mostrárnosla, y sólo nos ha mostrado un lupanar. «El hombre nace bueno y la sociedad le hace malvado,» decía Juan Jacobo, lo que es completamente falso. El hombre nace con inclinaciones terribles: tan sólo la religión, cuando el hombre la practica, tiene el don de convertirle al bien.

Conozco yo á uno de los enemigos más encarnizados de la influencia clerical: el desdichado ha querido que su hijo único fuese educado conforme al método del autor de *Emilio*, esto es, sin oír hablar de religión hasta la edad de veinte años, y vino lo que el padre debiera haber previsto: el adolescente ha muerto corrompido por sus excesos, y á pesar de ello sigue el padre combatiendo á los clericales.

Oid aún: Dos esposos, librepensadores, en una pequeña población, dieron á su hijo el ejemplo del ateísmo práctico. Llega la edad de las pasiones y el mocito se abandona á ellas por completo. ¿Qué freno pudiera haberle detenido? Lanzado en medio de la vida parisiense, no tardó en contraer deudas inmensas. Esta es ordinariamente la historia de los hombres que no pagan escrupulosamente sus deudas con Dios. Una tarde, sus viejos padres se hallaban solos en una pequeña habitación, cuando él entra de súbito y les dice que le falta dinero y que quiere dinero por consiguiente. Los dos viejos le contestan dulcemente que ya le han dado cuanto tenían y que en la casa no hay ya cosa que lo valga. A tal contestación, lleno de furor, levantó el miserable el bastón que llevaba en sus manos sobre las cabezas de su padre y de su madre. Caen ellos á sus pies, magullados y teñidos en sangre, diciéndole: «¡Piedad, por el amor de Dios!» Y el parricida contesta: «¡Dios no existe!»

Los infelices probaron el amargo fruto de la educación irreligiosa que habían dado á su hijo. Él no creía en otra cosa que en "su razón" y todo lo sacrificaba á sus pasiones.

"Sin la religión,—decía Napoleón,—los hombres se romperían la crisma por la mujer más hermosa ó por la manzana de mayores dimensiones." Hé aquí porque Napoleón, para salvar la sociedad, restableció la religión y llamó de nuevo al clero entre nosotros.

Más modesto que nuestros pequeños grandes hombres, cuando se le propuso de sustituirse al sacerdote católico y dar al pueblo francés una religión de su cosecha, se contentó con encogerse de espaldas.

Encogió sus espaldas porque comprendía que el sacerdote católico no puede ser sustituido por persona alguna. Meditad bien este ejemplo, señores periodistas.



XX

La venganza del clero

A vosotros, acusadores del clero, el clero os acusa á su vez.

Conocemos vuestros designios: queréis aprisionar nuestra voz dentro del recinto de los templos para ahogarla en ellos; queréis reducirnos únicamente á evangelizar las mujeres y los niños, con la condición de que, al día siguiente de su primera comunión, los niños harán burla de nosotros, y que las mujeres, apenas salidas del sagrado recinto, llevarán una vida del todo mundana y nada rehusarán

á vuestros más criminales deseos. Queréis declarar completamente laica á la sociedad compuesta regularmente de laicos y de seglares, y expulsáis de ella al sacerdote como á seductor y como á carga inútil. Pero es poco aún: al ver al clero protestar contra este ilotismo odioso, proclamar la necesidad de su ministerio y combatir vuestras huecas teorías, le hacéis la guerra con la pluma, con la esperanza de hacerle perecer á fuego lento...
Y DE OCUPAR SU LUGAR.

Pues bien: no lo lograréis, porque esta raza que señaláis al desprecio y á las iras de los hombres, como un vil amasijo de ignorantes fanáticos ó de ambiciosos estafadores; esta raza, repito, es inmortal. No la anonadarán vuestras disertaciones, como no la han anonadado las cuchillas de los emperadores paganos, las horcas de la reina Elisabet, la guillotina de la Convención, el sable de los chinos ó el clima insoluble de los arenales del Africa, ó de las selvas de la India, porque tiene dos manantiales inagotables, Dios y el pueblo: Dios, que ha dicho á su sacerdo-

cio: «*Hé aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos;*» el pueblo, cuyo sacrificio dará siempre ministros á Jesucristo y servidores á sus hermanos.

La condición del sacerdote, exceptuado un pequeño número de situaciones, es dura.

Dura es en los países idólatras, y todos los años, de cada una de las naciones católicas, y de Francia en primer lugar, emigran gran número de sacerdotes al Thibet ó la China, á las islas oceánicas, no en busca de tesoros, sino de almas para Jesucristo.

En la *Revue d'Economie Chrétienne* (publicación que demuestra el interés que toman en el bienestar de las clases trabajadoras los curas y los sacerdotes católicos por ellos formados), leíamos poco ha un artículo sobre la *Región de las fuentes del Nilo*. En él se lee que de treinta y siete sacerdotes empleados en el espacio de diez años en las misiones del Alto Nilo, treinta y cuatro han fallecido en tan corto tiempo. Los *Annales de*

la Propagation de la Foi están llenos de casos semejantes. Uno de los fundadores de la misión de los Jesuitas en el Maduré, ha visto morir, en pocos años, quince religiosos de su Compañía. Uno de estos jesuitas sucumbió del cólera apenas llegado á la India. A la noticia de su defunción, un su hermano, miembro de la misma asociación, solicita y obtiene el honor de reemplazar en el campo del sacrificio al religioso herido por el terrible azote. El clima del África central devora los misioneros europeos; mas ¡qué importa! en Francia se ha formado una Sociedad de Misiones Africanas.

Dura es la misión del sacerdote en el aislamiento de una parroquia rural, en medio de una población por completo dedicada á sus faenas y á menudo rebelde á las enseñanzas y á las exortaciones de su pastor.

Dura es la condición del sacerdote, aun en los grandes centros, donde si sus beneficios son algo más considerables, necesita vivir en medio de cuidados y de conflictos que renacen todos los días.

Dura es en todas partes, gracias á las calumnias con que se les abruma, á las trabas que se suscitan contra su ministerio, á las deserciones que ocasionan las malas doctrinas entre las ovejas de su rebaño, á los escándalos suscitados por las excitaciones de los malos, á la perdición de almas que la impiedad obtiene con aterrorizadora sangre fría, sin pensar en el terrible juicio que les aguarda.

¡Y, á pesar de todo, el puesto del sacerdote, tan envidiado en otras épocas, y tan poco envidiable en la nuestra, humanamente hablando, jamás será abandonado! No nos destruirán, no nos amordazarán, no nos someterán, no; que á todo resistiremos. Ante la falsedad como ante el acero, ante las cobardes emboscadas de la novela anónima como antiguamente ante las tiránicas legislaciones de los césares, permaneceremos siempre de pie, y la hora llegará indefectiblemente en que seremos vengados.

¡No hay excusa que os valga! Los sacerdotes os han hecho grandísimo bien: á muchos de vosotros, á los que más se

distinguen por su inquina más refinada y más implacable, ¡cuánto bien os han hecho los sacerdotes!

¡No hay excusa que os valga! El sacerdocio católico no es una asociación oculta como la francmasonería, que, á pesar de su mote de *secreta*, anunció poco há el atrevido proyecto de hacerse reconocer como de utilidad *pública*. Se sabe bien cuales son las obras del sacerdocio; y éstas, sean cuales fueren las debilidades personales de algunos de sus miembros, no dan en manera alguna el derecho de escupirles en la cara.

¡No hay excusa que os valga! A pesar de vuestro progreso, el sufrimiento ejerce aún sobre la tierra un imperio que se extiende por todas partes. Las clases trabajadoras tienen sus penas, y aun las clases ricas conocen de sobras lo que son las lágrimas. Los sacerdotes son los consoladores, derramando aceite y bálsamos sobre tantas y tantas llagas, ínterin se aguarda el placer universal que anunciáis y que tarda tanto en llegar. ¿Con qué derecho venís, pues, á arrebatár una

persona que les consuele á tantos y tantos semejantes vuestros que sufren?

¡No hay excusa que os valga! Más que nunca son necesarias las virtudes en este mundo corrompido. En todos los siglos los curas han conocido el secreto de combatir el vicio y alentar la virtud. En todos los siglos han dado á la familia esposos fieles, padres celosos, hijos respetuosos, comerciantes honrados, obreros laboriosos, ciudadanos ordenados, soldados valerosos, administradores íntegros; á los miembros enfermos y separados del cuerpo social, amigos asiduos y caritativos. ¿Con qué derecho sustituyendo tan firmes convicciones con vuestras opiniones movedizas, sacudís el más firme apoyo de la virtud?

¡No hay excusa que os valga! Empleáis medios indignos, ocultáis el bien y exhibís y exageráis el mal. La *historia* de los *Santos* ofrece á quien se tome la pena de hojearla una larga y admirable cadena de sublimes ejemplos dados por sacerdotes católicos. *La Gaceta de los Tribunales* contiene, tres ó cuatro veces en cada año,

el triste drama de alguna caída sacerdotal. Vuestros lectores solamente por esta publicación conocen al sacerdocio católico.

Publicáis novelas infames sobre el clero; el lector debiera sospechar que todo lo que en ellas se cuenta es sólo producto del sueño impuro de la imaginación de un clerófobo; pero sabéis perfectamente que, amaestrado ya por vosotros, el lector, ante el tipo de un sacerdote hipócrita, codicioso, libertino ó imbécil, que le ofrece vuestra pluma, dirá: «¡He ahí el clero!»

¡No hay excusa que os valga! Por qué en definitiva nada serio podéis dar al pueblo en lugar de las creencias consoladoras y fortificantes que arrojáis de su corazón. Por mucho tiempo aún, quizá hasta el momento en que el cristianismo, más universalmente acogido, haya hecho triunfar completamente sobre la tierra con la paternidad de Dios, la fraternidad humana; la mayoría de los hombres ganará penosamente su pan en medio de grandes trabajos y de una desagradable

sumisión á superiores colocados más alto en la escala social. Hombre de trabajo y obediencia voluntarios, el sacerdote persuade con eficacia á su hermano pobre á amar el trabajo y resignarse á obedecer. Es verdad: él no le convierte en esclavo, sino que le enseña á estimar en más su conciencia y su honor que la vida misma, y en cambio le explica el enigma de su destino.

La vida actual no es otra cosa que una vida de prueba. En mano de cada uno de nosotros está el procurarse, por una eternidad, una dicha que aumenta por instantes con nuestros méritos personales y que nadie puede arrebatarnos. Para ayudarnos á conquistar esta felicidad, Dios mismo, apareciendo sobre la tierra, se hizo para siempre nuestro hermano, nuestro compañero y nuestro modelo.

Ante tan sublime doctrina ¿qué son vuestros ensueños filosóficos y vuestros sistemas, que se suceden como las olas á las olas en un mar tempestuoso? ¡Sólo sabéis predicar la adoración á los placeres; mas como no basta adorarlos para

alcanzarlos, tan sólo lográis aumentar los dolores á medida que aumentáis los deseos. Nosotros predicamos, en cambio, el culto de la cruz y nuestros discípulos hallan al pie de ella delicias inefables!

¡No hay excusa que os valga! El malhechor que en la sombra hiere y despoja á su semejante, á menudo ha sido arrasrado al crimen por el hambre: ¡pero vosotros no tenéis hambre! Si la tuvierais, el sacerdote no rehusaría, no, partir su pan con vosotros. Más honroso es mendigar que difamar. Pero vosotros no tenéis hambre. La credulidad humana ha pagado y pagará á peso de oro vuestros nocivos escritos. Uno de vosotros demostraba que la *Vie de Jésus* era un libro excelente por la razón de haber reportado 120,000 pesetas á su autor. (Sea así. Los cuatro viejos Evangelios han proporcionado á los pobres más millones que pesetas á su autor aquella obra.) ¡Pero vosotros no tenéis hambre! Sois ambiciosos solamente: queréis adquirir fama, fortuna, posición. Queréis medrar; y por la razón de que el Catolicismo di-

ficulta la realización de vuestros ensueños, es preciso que se desplome, y que el sacerdote, que es su defensor, desaparezca para siempre.

Heridos en lo más hondo de su corazón por ataques tanto más perversos y crueles cuanto se cubren con la máscara del amor á la humanidad y á la imparcialidad, los curas se vengarán.

Sí, nosotros nos vengaremos, y el mundo entero será testigo de nuestra venganza...

Nos aborrecéis porque estorbamos que paren en presas vuestras las almas populares. Nos aborrecéis y nos perseguís. Pues bien: en cambio haremos nosotros lo que toda vuestra habilidad es impotente á impedir.

¡Os amaremos!

Os amaremos á vosotros y á todos los vuestros.

Encargaremos á vuestros hijos que os respeten, aun después de que os hayáis hecho despreciables; excitaremos á vuestras esposas á permanecer fieles, aun á la vista de vuestras infidelidades; exhor-

taremos á vuestros servidores á soportar con paciencia vuestro genio, á no apropiarse de nada de lo que os pertenezca, á emplear el tiempo con conciencia; visitaremos á vuestros padres enfermos, y, dado caso de que hayan sido por vosotros abandonados, les impediremos maldiciros; oraremos por los difuntos que os son caros y por los que no oráis vosotros; apaciguaremos las rencillas de familia originadas, quizá, por vuestro proceder; nos esforzaremos en hacer que reine la paz en vuestro hogar y el orden en vuestras ciudades; después, cuando el soplo glacial de la vejez, ó la borrasca más rápida de las desdichas, habrán extinguido vuestra prosperidad terrestre; cuando iluminados por reflexiones más profundas, y desengañados, busquéis en vano en vuestros sistemas un consuelo y una esperanza; veréisnos volar á vuestro lado con palabras de fraternal ternura, desafiando, si es preciso, no sólo la fatiga y las injurias de los que os rodeen, sino las epidemias más terribles; nos vengaremos de la saña con que habéis

trabajado para hacernos desdichados en la tierra, abriendo ante vosotros las puertas de la felicidad eterna.

Y si algún día explota el volcán que ruge bajo nuestros pies; si la turba, que pensáis manejar á vuestro antojo, se os escapa y lleva hasta sus últimas consecuencias prácticas la religión del *yo* que le habéis enseñado; defensores del derecho de propiedad y de todos los derechos, los sacerdotes serán los primeros en sucumbir; pero su sangre, como la de su divino Maestro, aplacará los rayos del cielo y clamara misericordia. Tales discípulos, lógicos en alto grado, que aterrorizarán á sus maestros con la realización literal de sus teorías, reinarán por poco tiempo. Entonces se os verá á todos vosotros acudir á los curas salvados de la catástrofe, suplicándoles que devuelvan á la sociedad la estabilidad y la paz. Estos restos del sacerdocio diezmado aceptarán la pesada carga; sus piadosas manos curarán las heridas de la sociedad magullada, y tan visiblemente serán los salvadores de todos sus herma-

nos, que vosotros mismos les bendiciréis.

¡Así, así se vengarán los curas!

XXI

Entre dos enseñanzas contrarias es preciso
decidirse

A menos de vegetar voluntariamente como un bruto, lo que constituye el más infame de los crímenes, el hombre siente la imperiosa necesidad de conocer su destino y su ley. Por más que el individuo, aislado, reflexione, jamás llega á resolver clara y satisfactoriamente el terrible enigma. Debía caer ya en ello. El hombre, como la abeja, no puede vivir sino en sociedad. El que vive solo se desconcierta y no produce más que en-

fermizos sueños. Hé aquí porque tantos filósofos célebres, genios felizmente dotados, han dicho tan célebres tonterías. Se habían colocado en una situación contra natura; habían roto los eslabones de la enseñanza tradicional que les comunicara las luces desparramadas en el cuerpo social: miembros aislados de la humanidad son miembros muertos.

El hombre es un ser esencialmente hijo de la enseñanza. No puede saber de dónde viene, dónde va, y por qué senderos debe pasar sino aprendiéndolo de alguien. Trabajadores que no habéis estudiado, consolaos: aquí todos somos pueblo. Los más renombrados sabios, después de haber meditado largo tiempo estas materias, han parado todos, ó zozobrando, como Jouffroy, en el abismo de la duda universal, ó como Royer-Collard, Maine de Biran y Agustín Thierry, reclamando la enseñanza de Dios.

Sur Dieu, ha dicho un eminente pensador, *il faut entendre Dieu*. En Dios y la obra de Dios, el designio de Dios y la voluntad de Dios, por consiguiente en el

destino y la ley del hombre, criatura de Dios y servidor de Dios.

Pero Dios no revela á cada uno de nosotros su destino y su ley: si así fuera todos estaríamos perfectamente de acuerdo: se vieran, sin duda, inobedientes, pero no se verían incrédulos.

Sólo se oyen voces humanas. *El clero* enseña, *los filósofos* enseñan. Sus enseñanzas son contrarias. No atender ni á unos ni á otros es la peor de las determinaciones; es condenarse á una ignorancia incurable. Entre las dos enseñanzas contrarias precisa decidirse por una ó por otra.

¿Acaso, tú, lector, no has levantado muchas y muchas veces tus miradas al firmamento? ¿Y qué has visto en él? El sol y las nubes. A primera vista, las grandes masas de nubes que caminan majestuosamente por el espacio parecen aventajar en mucho al pequeño globo lejano que nos tapa por completo una nubecilla. Pero luego la observación demuestra la inmensa superioridad del astro sobre los vapores ligeros de la atmósfera.

La pequeñez aparente de su volumen no depende sino de su prodigiosa distancia; porque la nube comparada con la tierra es nada ó casi nada, y la tierra á su vez es un grano de arena comparada con el sol. El globo incandescente, subsiste desde el origen de los días; la nube apenas subsiste una hora, en formas constantemente fugitivas y variables. La nube no cubre al sol, que de lejos la disipa con el ardor de sus rayos: cubre sí los ojos de los habitantes de la tierra. La nube, en fin, ni visible fuera si el sol, penetrándola con sus rayos, no la iluminara. Su tamaño es del todo aparente, frágil, prestado: el del sol es sólido, real, duradero, y él el solo que de un polo á otro polo derrama la luz y la vida sobre la tierra.

¡Expresiva imagen de la enseñanza del sacerdote y la de los filósofos! Las hojas volantes de la filosofía oscurecen el firmamento de los conocimientos humanos. Y pasan por él rápidas como las nubes en un día de tempestad: vuestros ojos no ven ya al sol de verdad que ha-

bían admirado vuestros padres y que en vuestras niñez contemplasteis con tanta alegría. Todas las doctrinas humanitarias desarrollan ante vuestro espíritu, sobrecogido de vértigo, sus ondas caprichosas; á fuerza de mirar fijamente, os parece distinguir contornos fijos; mas todo esto pasa y deja el sitio á nuevas nubes no menos efímeras. Sin remontarnos á épocas demasiado lejanas, Lutero, Calvino, Zwinglio, Aecolampadio, aparecieron ante sus contemporáneos como astros de primera magnitud. ¿Quién se acuerda de ellos al presente? Nadie, ni aun sus hijos los protestantes.—Nubes que han pasado.

Poco después, Bayle, Locke, Bolinbroke, se alzaron y metieron ruido atornador. ¿Quién lee sus escritos?—Nubes que han pasado.

¿Y el gran Voltaire, y Juan Jacobo, y D' Alembert, y Helvetio, y Condillac, y Naigeón, y la famosa Enciclopedia? Algunos ciudadanos inocentes admiran todo aquel fárrago, pero ¿llegan á buscar en

él el nudo de nuestro inmortal destino?...

—¡Nubes que han pasado!

¿Y los doctrinarios de 1830, y los eclécticos, entonces tan en boga? Cousín, que creyó asistir al funeral de un gran culto, asiste, pensativo, á los de su filosofía, modificada de edición en edición, como la nube de minuto en minuto: las demás celebridades de aquella época están totalmente en el olvido.—¡Nubes que han pasado!

Más recientemente hemos visto el apogeo de las teorías falanstéricas. ¿Quién piensa en el falansterio en la actualidad? Una docena de pobres petates, ligeros de cascos.—¡Nubes que pasan!

Y de los profetas de la *idea*, hoy á la moda, los About, los Guérault, los Gourdan, los Renán, los Girardin, los Havín, ¿quién se acordará cuando otros nombres les habrán reemplazado en las columnas de sus periódicos?—¡Nubes que mañana habrán pasado!

Las *opiniones*, producto personal de los escritores que las inventan y propagan, los que ellos duren durarán tan sólo.

Nuevas utopías, sembradas por otros utopistas, engañarán á los alborotados venideros.

El hombre debe poseer, no *opiniones religiosas*,—y vuestros filósofos nada más pueden daros,—sino la VERDAD, la VERDAD CIERTA.

Pero consideremos la enseñanza del sacerdote católico.

En primer lugar noto en él el admirable carácter de ser impersonal. Como hombre, en las cuestiones secundarias que la Providencia ofrece á nuestro estudio, tiene sus opiniones particulares, mas como sacerdote no dice á su hermano: «Yo poseo una inteligencia excepcional y tú una ordinaria; por consiguiente, óyeme;» sino que dice: «Nosotros dos podemos descarriarnos: atendamos, pues, juntamente, respetuosos y reconocidos, lo que Dios dice á sus criaturas. «El sacerdote católico y el fiel católico, son, uno y otro, discípulos de Dios, é iguales ante la Palabra divina que aquél debe trasmitir sin poder alterarla ni en un ápice.

Humillante fuera unirse al carro de la filosofía; pero no lo es oír la palabra de Dios, que nos repite el sacerdote; eco, simple eco, de la enseñanza que ha recibido y devuelve.

Tal enseñanza prueba su origen celeste por los dos signos indiscutibles de la verdad: la *inmutabilidad* y la *permanencia*. La verdad no cambia y el error no dura. Lo que un sacerdote venerable decía un día á un ministro protestante, puede hoy repetirse á los ministros de la filosofía: «Después de oír uno de nuestros sermones, leed los de Bourdaloue y de Bossuet, los de Santo Tomás y San Buenaventura, los de San Agustín y de San Juan Crisóstomo; ascended hasta el siglo de los Apóstoles, ó seguid toda la tierra y oid sucesivamente los sermones que se predicán en París y en el más humilde villorrio, en Roma y en Londres, en Groenlandia y en las sabanas americanas: en medio de tanta diversidad de idiomas, hallaréis constantemente la misma Fe, el mismo Dios, el mismo Cristo, la misma

Iglesia, el mismo Sacrificio y los mismos Sacramentos.»

Así, bien claro se ve, se borra la personalidad del sacerdote. Si tiene genio, revestirá la doctrina que predica de una vestidura deslumbradora; si está falto de talento, la presentará de una manera más sencilla. Si es un santo, edificará con su conducta á los que son sus discípulos; si deja de serlo, podrá darles malos ejemplos: todas estas suposiciones pueden suceder en la realidad; pero la esencia de su sacerdocio no depende, no, de tales variaciones accidentales. Desde lo alto del púlpito, enviado por el Obispo, que á su vez lo es por el Papa, sucesor de Pedro, enseña lo que enseñaron veinte millones de sacerdotes, cien mil Obispos, doscientos sesenta Papas, una multitud de Mártires y Doctores, los doce Apóstoles y Jesucristo mismo.

Al oír al más modesto vicario de la más modesta parroquia, oís idéntico concierto, porque aquel desconocido predicador proclama, como todos sus her-

manos en el sacerdocio, una misma fe católica.

Oyéndole, os asociáis á doscientos millones de hombres, que hoy por hoy, de polo á polo, aceptan sus enseñanzas, no en regiones bárbaras, sino en las más civilizadas de la tierra. Os asociáis á tantas y tantas generaciones despreciadas por un orgullo estúpido, por no conocerlas; las que, si no tuvieron nuestra industria y nuestras maravillas, tenían su razón y tenían corazón como nosotros. Vivís en la luz universal de la vida universal.

Pero no lo comprendéis aún; lo que vuestros periódicos enseñan es la nube pasajera: lo que enseña el sacerdote, aquello es el sol!...

¡Ah! ¡bien lo sé! el sol estorba muchas veces. Hay en nosotros dos humanidades, y el hombre inferior busca la sombra para satisfacer á su gusto y sin vergüenza sus deseos tenebrosos. Más fácil y más cómodo es oír á los librepensadores que á los clérigos. Más fácil es tomar pretexto de la caída de un sacerdote para

abandonar la Religión, que practicar los deberes religiosos.

Pero la vida actual es corta y la eternidad muy larga: los sofistas no poseen las llaves del cielo, y en la hora decisiva nadie llama al periodista: todos, todos los que pueden, llaman al sacerdote. Amado lector, hermano mío: ya que hasta la postrera página has leído este mi escrito, demuestras tener un alma recta y capaz de prestar atención á un consejo útil: óyeme.

El *sacerdote* es el HOMBRE DE DIOS, y su causa es la de Aquél que le ha enviado: no le abandones, no chancees de él, no prestes atención á los que le difaman.

Oyele, respétale, ámale, arrímate á él, que él es *tu mejor amigo*. Si dudas aún, alárgale lealmente tu mano para estrechar la que él te ofrece. ¡Cuán pronto dejarás de dudar!

FIN

APENDICE

Vamos á trasladar del Evangelio los principales pasajes relativos al sacerdocio.

Caminando *un día* Jesús por la ribera del mar de Galilea, vió á dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, echando la red en el mar (pues eran pescadores)

y les dijo: «Seguidme á mí, y yo haré que ven-gáis á ser pescadores de hombres.»

Al instante los dos, dejadas las redes, le si-guieron.

S. MAT. IV, 18, 19 y 20.

Andrés, hermano de Simon Pedro...

Y le llevó á Jesús. Y. Jesús, fijos los ojos en él, dijo: «Tú eres Simón, hijo de Jona ó *Juan*: tu serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro ó *pedra*.

S. JUAN. I, 40 y 42.

Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas ó *poder* del infierno no prevalecerán contra ella.

S. MAT. XVI. 18.

Los nombres de los doce Apóstoles son estos: El primero, Simón, por sobrenombre Pedro, y Andrés su hermano.

Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano, Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo.

Simón el Cananeo, y Judas Iscariote, el mismo que le vendió.

«En cualquiera ciudad, ó aldea en que entrareis, informaos quién hay en ella *hombre de bien* ó que sea digno de alojaros; y permaneced en su casa hasta vuestra partida.

Caso que no quieran recibiros, ni escuchar vuestras palabras, saliendo fuera de la tal casa ó ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies.

En verdad os digo de Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del juicio, que no la tal ciudad.»

«Quien á vosotros recibe, á mí me recibe;...»

S. MAT. X. 2, 3, 4, 11, 14, 15, 40.

El que os escucha á vosotros me escucha á mí, y el que os desprecia á vosotros á mí me desprecia.

S. LUC. X. 16.

«Que si tu hermano pecare contra tí ó *cayere en alguna culpa*, ve y corrígele estando á solas con él: si te escucha habrás ganado á tu hermano.

Si no hiciese caso de tí, todavía válete de una ó dos personas, á fin de que todo sea confirmado con la autoridad de dos ó tres testigos.

Y si no los escuchare, díselo á la Iglesia, pero si ni á la *misma* Iglesia oyere, tenle como por gentil y publicano.

Os empeño mi palabra que todo lo que atareis sobre la tierra, será eso mismo atado en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, será eso mismo desatado en el cielo.»

S. MAT. XVIII. 15, 16, 17 y 18.

Aquel mismo día primero de la semana (Día de Resurrección) siendo ya *muy* tarde, y estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús, y apareciéndose en medio de ellos, les dijo: «La paz sea con vosotros...»

El cual les repitió: «La paz sea con vosotros.» Como mi Padre me envió, así os envió también á vosotros.

Dichas estas palabras, alentó ó *dirigió el aliento* hacia ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo.

Quedan perdonados los pecados de aquellos á quienes los perdonareis y quedan retenidos á los que se los retuviereis.»

SAN JUAN. XX, 19: 21, 22, 23.

Después *de acabada la cena* tomó el pan, *dió de nuevo* gracias, lo partió, y dióselo, diciendo: «Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros: *haced esto en memoria mía.*»

S. LUC. XXII, 19.

Mas los once discípulos partieron para Galilea...

Entonces Jesús acercándose les habló en estos términos: «A mí se me ha dado toda la potestad en el cielo y en la tierra.»

»Id, pues, é instruid á todas las naciones *en el camino de la salud*, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

»Enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

S. MAT. XXVIII. 16, 18, 19, 20

En fin, apareció á los once *Apóstoles* cuando estaban á la mesa, y les dió en rostro con su incredulidad y dureza de corazón; porque no habían creído á los que le habían visto resucitado.

Por último, les dijo: «Id por todo el mundo: predicad el Evangelio á todas las criaturas.

El que creyese y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado.»

S. MARC. XVI 14, 15, 16 (1).

Los Evangelios nos presentan al sacerdocio fundado; los Actos de los Apóstoles nos lo presentan obrando y perpetuándose.

El capítulo X de los Actos, detalla la historia del primer concilio de Jerusalén. Un nuevo apóstol recibe la ordenación en sustitución de Judas; se establecen siete diáconos; la predicación evangélica y la fundación de las iglesias empiezan. San Pablo, en su Epístola á los Hebreos, compara larga y magníficamente el sacerdocio de la nueva ley con el sacerdocio, ya inútil, de la ley mosaica; prescribe á sus discípulos Tito y Timoteo las reglas que deberán seguirse para crear y gobernar al clero. Todo cuanto el Hombre-Dios dijo no está consignado en nuestros libros santos, pero lo que en ellos se consigna basta ampliamente á probar que Jesucristo ha querido establecer su Religión sobre su Sacerdocio, y que fuera de este Sacerdocio ó del clero católico no puede haber verdadero cristianismo.

(1) Traducción de Torres Amat.—Edición de la *Verdadera Ciencia Española*.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

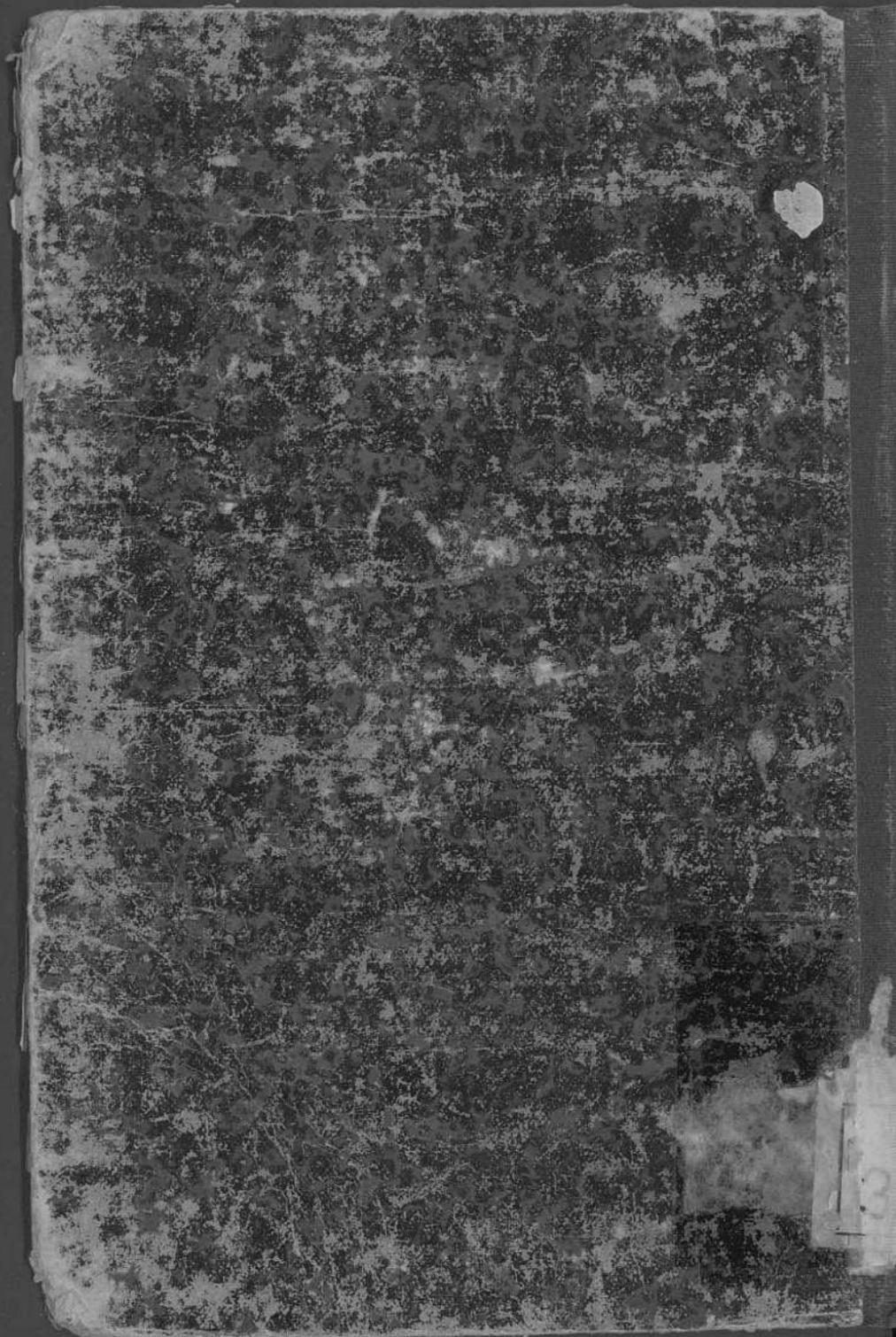
	Pág.
PRÓLOGO.	V
I. El carro del progreso y los hom- bres negros.	1
II. La Conjuración.	13
III. ¿Qué es un sacerdote?	23
IV. El sacerdote católico.	31
V. ¿Puede el cura equivocarse de buena fé?	42
VI. Moralidad de la superchería sa- cerdotal.	58
VII. De la superchería en la Iglesia católica.	67
VIII. Si el sacerdocio católico puede engañar al género humano. . . .	73
IX. La religión, el sacerdote, el di- nero.	87
X. Los malos sacerdotes.	99
XI. Las moscas del estercolero. . . .	105
XII. Testimonio involuntario de los renegados.	117
XIII. Argumento decisivo.	124

SEGUNDA PARTE

	Pág.
XIV. Los sacerdotes en paletó.	133
XV. Su ciencia.	139
XVI. Sus obras.	150
XVII. Los periódicos.	157
XVIII. Cañón rayado de los artilleros de escritorio.	170
XIX. ¡Basta de hombres negros!	180
XX. La venganza del clero.	188
XXI. Entre dos enseñanzas contrarias es preciso decidirse.	202
Apéndice.	213







LOS HOMBRRES NEGROS

151
100
100